

Nombre del autor: Ernesto González

Título: **BAJO LAS OLAS**

Subtítulo: **Tras las Huellas Brumosas de Marguerite Yourcenar**

Género: novela

Índice

cielo despejado

entre las olas

je te souvien, Mirielle Mathieu

los abismos

dormir o vivir

secuelas del amor

Laura Chang

dans mon village

el amante desconocido

el bien infinito

caminos

las visitaciones

...a la larga, la máscara se convierte en rostro

Marguerite Yourcenar

cielo despejado

*los hombres están dispuestos a sacrificar
su única posesión tangible, que es el presente.
antes o después, el tiempo nunca
puede ser adorado con impunidad.*

Aldous Huxley

Time Must Have a Stop

Golden Pension
Mount Desert Island
Northeast Harbor
Maine, 04662

31 de agosto del 2038

Querida Marguerite:

He estado esta mañana de visita en Petite Plaisance por segunda vez. Pasé un rato en el jardín y en el patio, tan hermosos como en los veranos en que Grace, tú y en los últimos años Jerry plantaban flores comunes o especies endémicas traídas por jardineros que te habían prometido no dañar las plantas madres.

Caminé por los alrededores de la casa asumiendo ya que mi estancia en esta isla tendría que prolongarse. El canto de las pisadas de tantos seres sobre las hojas secas, el olor a costa y esta abundancia de verde no pueden sentirse ni entenderse a plenitud en una semana. Decidí, entonces, que no sólo iba a pasar el resto del verano en Mount Desert, sino que también iba a contemplar la degradación del verde en esas tonalidades inefables del otoño, desde el seno de la naturaleza, como hacías tú por estos caminos. Y cuando termine el verano indio, que es como ese bostezo final que nos induce a dormir confiadamente, imitaré tus escapadas de invierno. No estaré aquí cuando arrecie el frío, el día se vuelva gris y caiga la noche a las cuatro de la tarde. Quiero que mis recuerdos de este viaje sean otros.

Al cruzar el corto puente de acceso a Mount Desert, por la Ruta 3, me dieron la bienvenida docenas de negocios, no la naturaleza como asegura la guía de turismo que traje. En el libro hay dos líneas que citan a Petite Plaisance como la casa donde residió una escritora francesa por casi cuarenta años, e instan a comprar en las librerías de Northeast Harbor las ediciones de lujo de sus libros a bajo precio. Supongo que sus cubiertas dan un toque de elegante sabiduría europea a las oficinas y a las bibliotecas hogareñas. Digamos que tu nombre puede sonar a prolegómeno aristocrático para una cena o para una reunión de negocios. De cuatrocientas páginas dedicadas a describir los hoteles, las pensiones y los mejores restaurantes del estado de Maine, las delicias locales

para el olfato, la vista y el paladar, los deportes acuáticos y terrestres que pueden practicarse, y las ferias y festivales veraniegos que se celebran en la región, te mencionan sólo unas diez palabras escritas, más de la mitad dedicadas a sugerir al lector la compra de una carátula con tu nombre en caracteres resaltados. Aunque sé lo poco que te importa, no deja de ser una incomparable desgracia.

El Parque Nacional Acadia sigue siendo uno de los tesoros de Mount Desert, como en la época que lo visitabas. No me he perdido la contemplación del anochecer desde el pico Cadillac, como me imagino que hayas hecho tú antes de que el turismo transformara esa área. Un planeta saturado de seres humanos y de sus detritos, le permite al Parque Acadia recibir seis millones de visitantes al año, dos terceras partes de los cuales tienen la bondad de no recorrerlo en sus autos sino en bicicletas, patines, patinetas y otros dispositivos para la diversión desarrollados por la tecnología cuyos nombres no conozco, para ser te franco. El área donde está enclavada Petite Plaisance, en Sea Shore Rd, es uno de esos pocos oasis que quedan entre tanto bullicio y movimiento. No lo creerás, todavía parece haber gente que lucha por encontrar un equilibrio entre el comercio que les permite vivir y la belleza que les permite respirar.

Lo menos que pude imaginarme fue la posibilidad de leer tus cartas y documentos sellados hasta el año pasado. Casi me había olvidado de ellos, si bien nunca de ti, y los años se sucedieron, a partir de cierto punto, como si no rotaran las estaciones y se hubieran estancado en uno de esos inviernos de Maine a los que nunca pudiste acostumbrarte. Conoces de sobra, y no porque lo hayas leído, cómo los años pueden volverse mero invierno aunque las estaciones regresen una y otra vez. Mi estación personal, anclada en la vejez y en la soledad de la cual había huido inútilmente, cedió ante la noticia y la felicidad de que podía descubrirte de nuevo. En los escritorios de la biblioteca Houghton, de Harvard, empezó este verano indio que ha durado un año.

Nunca esperé sobrevivir a mis amigos bibliotecarios, no me interesaba. Perdí todo interés hace mucho, cuando se tiene o todavía se simula tener. Si se viene a ver, ¿no es bastante lógico que un mundo tan necio acabe por desinteresarse a

uno? ¿Qué podía hacer? ¿Viajar, como tú? Jamás podré envidiar lo suficiente esa curiosidad que te sacaba de Petite Plaisance, con esa sólida vejez a cuestas, como si tuviera simplemente el peso de uno de tus libros, para dar interminables vueltas por tu celda. Hace años se me ocurrió emular el nomadismo que retomaste en tu vejez, y traté de seguir las huellas de tus viajes por la India, Egipto y Kenya. Al final decidí seguir tus rastros más intelectuales: visité Capri, Grecia y regresé a París.

París, nuestro París, si me permites la apropiación, se convertía por segunda vez en la ciudad donde se definía mi vida. ¿Qué hacer?, me preguntaba frecuentemente en ese viaje propiciado por un año sabático cuyo razón se suponía que fuera Marguerite Yourcenar y no Brian de Vito. Mientras redactaba mi siguiente trabajo sobre ti, sin adivinar que sería el último, pensaba en la decisión que tendría que tomar en los meses venideros. En la cena de Navidad, que mi hijo había planeado con antelación, tendría que decidir entre rehacer un matrimonio fraguado treinta y tantos años atrás en las márgenes y los puentes del Sena, que ya no ofrecía sino más de lo mismo, o continuar solo y con los ojos abiertos. ¿Qué hacer?, me repetía caminando por las riberas del Sena, regocijado de mi regreso, como si estuviera de nuevo acompañado por Helen. ¿Qué hacer?, me decía, ¿es que se pueden mantener los ojos realmente abiertos más allá de unos segundos? Aún no estaba seguro, pero la realidad era que tú ya tenías la respuesta. Y no es que la tuvieras, siempre estuviste predispuesta a tener sólo objetos útiles o significativos, quizás porque ya estabas o te dirigías hacia donde no se necesita nada porque se es todo. Estoy seguro de que en esa época ya habías empezado el proceso de convertirte en tu respuesta.

Cuando llegó el momento de decidir, acabé por volver a lo mismo. Regresé con Helen, y con lo que ello acarrearía. Nunca tuve esa determinación tuya que te hacía libre en medio de tanta esclavitud, tan ligera a pesar de tu inexorable sobrepeso. Cuánto he lamentado, desde entonces, no haber optado por imitarte. Lo que había aprendido no me daba suficientes fuerzas para actuar. El abismo entre pensamiento y acción sólo puede ser atravesado por una comprensión tan

profunda como irracional, es insalvable para la mayoría de nosotros. El miedo nos mata antes de que llegue la muerte.

El miedo, la soledad, separados, y los miedos a las soledades en interminables combinaciones, pesan tanto como esa compañía que parece airear nuestra celda y que a veces nos ahoga todavía más. Lo sabes de sobra porque experimentaste de todo hasta tu última hora. Ni soledad ni compañía te detuvieron nunca, ni siquiera en los años de inmovilismo en que respondiste con lealtad a la infinita dedicación de Grace y permaneciste diez años junto a su cama de enferma. Imposibilitada de viajar, lo que para ti significaba ver y ciertamente vivir, escribías docenas de cartas a amigos y desconocidos, con la pasión que ponías en crear tu obra y en continuarla, como si la literatura y la correspondencia formaran parte de una sola cosa que únicamente tú reconocías.

Jamás me cansaré de agradecerte la carta que le escribiste, a pedido mío y sin conocerme, a un admirador que había perdido la esperanza antes de tiempo, y a quien le pedías —tú, que siempre fuiste medio sorda para la música— que te mantuviera al tanto de la salida de su disco para comprarlo. Ray nunca pudo leer la carta que le escribiste y tampoco te fue devuelta. La guardé para mí pues ya no podía sorprenderlo con ese regalo extraordinario. En realidad no sé si la lectura de tu carta hubiera disuadido a Ray de hundirse hasta desaparecer en la corriente del Mississippi, como si de repente se hubiera olvidado de nadar. Sí sé cuánto odiabas la abdicación, y además admitías que la vida podía inducir, en seres desprevenidos, la devastadora e irreversible infiltración de la muerte física, comparable a la del cáncer que tan bien conocías.

Uno de los carpinteros que reparaban los daños de los brutales inviernos de esta región, en los techos de Petite Plaisance, te dijo una vez que no había mejor cura para los ojos cansados que contemplar el curso del agua. Creo que Ray escogió sumergirse en el Mississippi para buscar la cura definitiva a un cansancio mucho mayor que el de la vista, como hicieran varios personajes tuyos aquejados también por esa ausencia irreparable de no se sabe qué, que algunos no pueden sobrellevar.

No creía que una carta de un estudioso de tus textos, con un contenido desligado de la literatura, fuera a lograr una respuesta. Los años dedicados a estudiar, enseñar y debatir tu obra no habían podido mostrarme cuánto la habías superado. En diciembre de 1986, un año antes de que abandonaras tu celda, recibí en una postal de felicitación unas líneas tuyas disculpándote por la demora, junto a la carta que debía haber leído Ray. Tu deferencia, tu delicadeza, tus claves para la vida —que varios colegas míos han clasificado como de un didactismo inadmisibile, casi humillante para ellos y tus lectores— en mí surtieron el efecto contrario: me convencieron de que ya te habías convertido en tu mejor obra.

Te he comprendido mejor después de incontables años de lidiar con los laberintos intelectuales que nos proponías, y con el Laberinto, del cual, como te contestó Borges sosteniendo una de tus manos en el encuentro que tuvieron poco antes de su muerte, se podrá salir cuando lo haya hecho el último de nosotros.

Quizás no se cumplió tu deseo de mantener los ojos abiertos cuando te sobrevino la transición hacia la muerte, como aseguran tus biógrafos, porque ya tu mente había traspasado ese umbral. Aun así estoy convencido de que el acto físico de sostener la mirada en el minuto final, que según los budistas nos permite saltar existencias calcadas y en realidad inútiles, queda disminuido por el extenuante esfuerzo de sostenerla a lo largo de una vida como de veras te empeñaste e hiciste tú.

Por otra parte, debo confesarte cuanto me alegra que no puedas ver el estado actual de la celda que recorriste sin descanso. La indignación te hubiera hecho soltar una grosería en ese hermoso francés que hablabas y que nunca pude disfrutar en persona. No me refiero a la perenne gestación de guerras, ni al condicionamiento y control masivos disfrazados de buena vida, ni siquiera al saqueo de la naturaleza o a lo que es peor, al de unos seres por otros. Ya sabías cuán humano es todo eso y cuán inútil era tu compromiso con la vida. Lo que llamarías, creo, una obligada inutilidad. Me refiero a los contrastes. Viviste, que es casi decir vivimos, en un caos más intenso. Qué gris te parecería ahora

este planeta homologado, de una parte, por seres ávidos y consagrados a su total, siempre creciente y jamás satisfecha satisfacción, y de la otra, por seres carentes de lo elemental para subsistir. Te hubieras recluido en Petite Plaisance, sola o acompañada, y tus lectores hubiéramos disfrutado de un siguiente período de creación. Hubieras terminado de escribir ¿Qué? La eternidad y el proyecto que protagonizarían los animales. Ni sus inviernos interminables te hubieran sacado de Mount Desert. ¿O sí? Quizás, porque eras impredecible.

Sin embargo, en un mundo atraído por las actividades mecánicas, donde la gente anda con artefactos que eluden el contacto y la espontaneidad, los niños nunca llegan a saber lo que es el goce de aprender sino la obligación de volverse consumidores, y pronto, consumidores-productores, donde los viejos son como apestados y su sabiduría risible; en este mundo que te hubiera obligado a soltar un colérico «merde», algo inadvertido por las mayorías dormidas está pasando: la física cuántica ha descubierto paradigmas que comprueban lo que vienen diciendo desde hace cientos de años las filosofías del oriente y la cristiandad sin añadiduras humanas, y que seguiste a tu paso único. Ese nuevo acercamiento entre ciencia y filosofía te hubiera regocijado. Aunque debo agregar que ha pasado un siglo, y no hemos incorporado ese conocimiento a la cultura, lo cual significa que han sido escasos quienes lo han aprovecharlo. Seguimos hechizados por la flauta del mago, caminando detrás de él hacia ningún lugar, como ha sido siempre. Pocos han advertido su hipnotismo, y han desertado. Lo han pagado caro.

Entre otras causas no menos importantes, este encuentro entre física y metafísica acabó por decidirme a solicitar un año sabático para escribir una tercera tesis sobre ti. Era un proyecto que pretendía demostrar los estadios que habías atravesado. Deseaba probar el grado de disolución de tu personalidad, paso a paso, a través de tus experiencias vitales y literarias.

Uno de los instrumentos que usé fue la física cuántica, convertida en una creciente marea de contaminación en el mar de la certitud científica. La avanzada de la ciencia actual habla de caos, interconexión, sincronismo y sobre todo de la acción de la consciencia sobre la realidad que toca. Estaba

convencido de que te habías transformado en una indeliberada practicante de la física cuántica, en una agente positiva y eficaz dentro de este universo en cuya creación y disolución participamos todos. Quería demostrar que habías dejado de identificarte con la partícula que eras, para hacerlo con el Vacío que genera la vida.

En los textos sagrados ese Vacío se asocia con una palabra que ha acabado por perder su significado: amor. Confundimos la identificación, que es aislamiento y muerte, con el amor, ese vacío sin exclusiones que nos convierte en seres infinitos y vibrantes. Una palabra fundamental en el universo humano ha colapsado brutalmente para demostrarnos que hemos vivido en términos inversos. Yo quería probar cómo habías usado ese colapso para despertar a la realidad, morir para ella y renacer para una nueva. Quería probar que habías renacido en este mundo, con unos ojos abiertos al infinito, unitivos, capaces de saborear la totalidad.

Se me ocurrió vincular con la física cuántica nada menos que a la única escritora perteneciente a la Academia Francesa. Espiritualidad y física en los medios literarios y académicos, ¿te imaginas la ola de indignación que me azotó? Sin embargo, mis alumnos escuchaban, indagaban por su cuenta y traían información que debatíamos en clase. Se divertían al escucharme decir que Marguerite Yourcenar había sido un premio Nobel de Física abortado por la fragmentación del pensamiento contemporáneo, por su incapacidad de ver la totalidad. Estoy por pensar que el estudio de la cuántica sí le hubiera permitido a Ray soportar lo que veía, como le aconsejaste, y continuar viviendo con sus ojos abiertos, actuantes sobre una realidad que no podía comprender.

Por ahí está engavetada en la biblioteca de casa, la tesis que provocaba chistes de pasillos y una rabia académica que hubiera podido calificar de patética, de no haber sido, por encima de eso, un espantoso reflejo de la ignorancia en que vivimos. Como supondrás, nadie quiso publicar mi trabajo. No me importó en lo absoluto. Al escribir la última oración de mi tesis, repetí tu nombre decenas de veces, como habías hecho tú para despedirte de Zenón al poner punto final a

Opus Nigrum. Y por qué no confesártelo, al hacerlo te sentí cerca de mí. Idéntica experiencia he tenido estos días inolvidables en Mount Desert.

Hoy, después de una segunda visita que hice al que fue tu hogar por varias décadas, me dirigí a Somesville. Pierre, el señor que me mostró Petite Plaisance —incluso la planta alta, cerrada al público para evitar demandas por accidentes en la estrecha escalera que la comunica con los bajos de la casa— me había indicado cómo encontrar la cabaña en la que Grace y tú disfrutaron de estos veranos inigualables de Mount Desert y el terreno que habían elegido para enterrar las cenizas de ambas. Seguí las indicaciones de la manera en que creí haberlas entendido. Pierre tiene un acento amenazante en inglés, por el estilo del tuyo según me he enterado, y me pareció una descortesía hablarle en francés.

Continué manejando un rato. Visité una playa, y luego fui a otear los lagos y los impresionantes alrededores de Somesville. Descubrí una linda iglesia blanca con sus puertas abiertas, y fui a averiguar. En el pequeño umbral había desplegada una bandera gay, así que pensé que el azar me había traído al sitio adecuado. Entré. En el estrado protestante y árido, un pianista y la directora del coro ultimaban notas y cadencias para el servicio religioso. Me acerqué a uno de los pocos asistentes sentados en los bancos y le pregunté en voz baja dónde estaba el cementerio de Somesville. Se quedó pensando unos segundos, para decirme que no sabía, que quizás el pianista o la directora sí. Me acerqué al podio, me detuve en silencio frente a la mujer que enarbolaba un pliego de música y entonaba. Esperé. La mujer terminó de dar las notas, habló con el pianista y con otro joven, quizás su ayudante, y volvió a concentrarse en la lectura de la música, como si no hubiera nadie parado frente a ella. Te imaginarás que ya no me sentía de muy buen humor. Pedí disculpas, murmuré un saludo y lancé la pregunta a la cara de la directora coral. Me escuchó, respondió que lo sentía, que no conocía ninguno de esos sitios. Tomó aire para entonar. Antes de que emitiera la primera nota, le enfaticé que en uno de ese sitios estaba enterrada una famosa escritora francesa. Vivió cuarenta años en esta isla que adoró e hizo su hogar, repuse. Ah, susurró sin mirarme, lo siento,

pregúntele a esas personas sentadas en los bancos. Gracias, respondí de espaldas, caminando hacia la puerta.

Salí de la iglesia, seguí indagando. Estacioné en el supermercado del poblado, y fui a preguntarle al manager. Tampoco conocía ningún cementerio, como si no existieran. Me dijo que aguardara unos minutos, y llamó a una joven vendedora. La muchacha me invitó a salir del supermercado para orientarme mejor. Me indicó que regresara por la carretera hasta ver el puentecito blanco que me había llamado la atención y entrara por la primera calle a la derecha. Tenía que enterarme del sitio de tu tumba por boca de una persona común y joven. Subí al carro sonriéndome.

Apenas a unos centenares de metros de donde estaba la iglesia gay e inmaculada, se alzaba la cabaña que habitaron Grace y tú en esta isla, antes de que compraran y bautizaran a Petite Plaisance. Está frente a un arroyo sombreado que farfulla por un costado de las tumbas, cerca de la tuya. Esas paredes de madera rústica entre las cuales hubo sin dudas, más que felicidad, plenitud, las encontré rodeadas de risas y juegos infantiles. Aunque nunca quisiste tener hijos porque no deseabas generar sufrimiento en un mundo que parece diseñado para ello, sino mitigarlo, te hubieras detenido a contemplar a estos cuatro niños que veranean con sus familias. Grace, igual que hacía en las temporadas de fiestas, hubiera organizado sus juegos y hasta hubiera jugado con ellos como una niña más.

Por supuesto, esta familia de veraneantes pasa sus días en la casa de dos plantas que da hacia la carretera principal. Tu cabaña la usan para almacenar sus muebles pasados de moda y sus electrodomésticos, casi nuevos, que esperan por una venta de patio o una rifa de caridad patrocinada por la iglesia.

A los niños les llamó la atención mi fisgoneo. Los saludé y les expliqué por qué estaba allí. La madre de uno de ellos se asomó a la terraza de la casa de verano. Bajó, se nos acercó y conversamos. Caminamos hasta el borde del arroyo, ¿y qué crees que pasó? Al despedirme para ir en busca de tu tumba, que está a unos pasos, los niños le pidieron permiso a la mujer para

acompañarme. Ella nos miró con perplejidad y dijo que iba con nosotros. El mayor hizo un inadvertido gesto de frustración.

Caminamos conversando y bromeando por la ribera del arroyuelo. Uno de los muchachos avistó una pequeña cruz de madera con tu apellido escrito en letras negras, que resultó ser una pista. Continuamos buscando. Luego de unos minutos desalentadores, otro descubrió, en un ligero promontorio lleno de verde y frente a una piedra grande, un sendero con tres placas casi perdidas entre las plantas. Las placas eran pequeñas, insignificantes. Las fotos en los libros de tus biógrafos eran engañosas.

Cada placa medía si acaso la mitad del tamaño de las de tus mascotas. Las habías enterrado en el impresionante patio de Petite Plaisance con ayuda de Grace o sola, según la etapa de tu vida en que fueron muriendo; una de ellas, por un accidente imperdonable. Los restos de tus amadas mascotas siguen descansando a un costado de la senda que atraviesa el patio del que fue tu hogar por cuatro décadas, protegidos por la sombra densa y permanente de árboles y pinos poderosos cuyos orígenes y edades apuesto a que conocías. Puedo asegurarte que su recuerdo se mantiene vivo en ese deslumbrante espacio verde, blanco buena parte del año, que les destinaste detrás de la casa, rodeado además por varios tipos de helechos que no sabría decirte si sobreviven al invierno o si alguien se dedica a sembrarlos cada primavera siguiendo las órdenes que dejaste.

Una vez reunidos frente a tu tumba, los niños me pidieron que les tradujera tu epitafio al inglés. Les informé que esa oración la habías puesto en boca de uno de los personajes de tus novelas. La leí despacio: «Ojalá pueda Aquel, que acaso es, expandir el corazón humano a la medida completa de la vida». Cuando terminé, los niños se fundieron unos segundos con el silencio del camposanto. Ni serios ni sonrientes, permanecieron silenciosos, absortos. Hasta que, como puedes adivinar, la mujer nos interrumpió diciendo una tontería que no recuerdo. Creo que la miramos atónitos, y nos preguntó qué sucedía. Estaba incómoda.

A una pregunta del mayor, le respondí que no había que ser familia para vivir con una compañera cuarenta años de felicidad y adversidades. Uno quiso saber cómo habías muerto. Estuve a punto de hacer una disertación acerca de la muerte, como creías que había que educar a los niños para que se resguardaran de esa infección de miedos que nos encargamos de transmitirles desde temprano. La mujer, con expresión horrorizada, me dio las gracias y se los llevó. Me prometió comprar tus ediciones de lujo en una de las librerías de Northeast Harbor. Los muchachos, imitando al mayor, me abrazaron y besaron. Sus besos me recordaron a la joven desconocida que viste buscando en su cartera una moneda para echar en la fuente del Buda, del Rockefeller Center. Al verla desencantada, fuiste a su encuentro tendiéndole una de veinticinco centavos, y la joven te lo agradeció con una sonrisa y un beso que no olvidarías nunca. Sensualidad sin el menor erotismo, anotaste, estado exquisito que los obsesionados de esta época no conocen.

Me quedé solo, me acomodé en la hierba junto al sendero que separa las tres placas, junto a la tuya. A unas pulgadas está la de recordación a nombre de Jerry, y una bajo la cual yacen las cenizas de Grace, a quienes llamabas dos de los acordes más bellos de tu vida. Hurgué en uno de los bolsillos de mi pantalón y extraje un sobre de carta, amarillo y seco por el tiempo, que abrí y cuyo contenido roció alrededor de tu tumba. Me quedé unos minutos observando con gusto cómo parte del rociado volaba con una racha de brisa que empezó a soplar. Las cenizas se depositaban sobre las tumbas, los árboles y llegaron al riachuelo que contemplabas como al vecino perenne de tu sepulcro, donde te bañabas los veranos.

Hurgué en mis bolsillos. Saqué la moneda que te había traído de Grecia y la coloqué entre la hierba renacida y verdísima, recostada a la placa en la cual habías ordenado esculpir tu epitafio, más pequeña que las de tus perros. Me asombró ver que la moneda no relumbró a pesar del sol de esa tarde de verano. Pensé que quizás la naturaleza se estaba confabulando con mi rito de agradecimiento, para que la moneda pasara inadvertida, como de cierta forma has pasado tú.

Me tendí, como una tarde hiciera Grace aquí, sobre el pedazo de tierra que habían comprado para enterrar las cenizas de ambas. Habían regresado de uno de esos insoslayables chequeos médicos, donde aparte de informarse de los estragos del cáncer en el cuerpo de la paciente, averiguaban por tratamientos recientes, aunque sus resultados no estuvieran comprobados. Grace, como era usual, se había ofrecido para que probaran en ella cualquier procedimiento o medicina en proceso de desarrollo.

El médico le repitió su agradecimiento, en el tono cortés con que rechazaba el ofrecimiento, y le confirmó que le comunicaría la posibilidad, de presentarse.

Apostaría a que Grace, con su insistencia en ofrecerse de conejillo de indias, podría haberle hecho perder la paciencia en alguna ocasión que él trato de disimular. Y la habrías reprendido, con esa manera suave, juguetona, que usamos para llamar la atención de los niños e intentar que mejoren su conducta social.

Esa tarde te pidió que la dejaras sola un rato. Quería desyerbar el pedazo de tierra que les pertenecía, y tal vez imaginarse qué quedaría de ella sin el dolor generalizado que cortaba su respiración y le impedía dormir, sin la angustia de dejarte sola y enfrentada a rutinas con las cuales no sabías lidiar. Tú asentiste de inmediato, creías en la importancia tremenda de prepararse para la muerte con los recursos que brindara el presente, de pisar despierta el terreno sagrado. Como si lo hubieran acordado entre las tres, tu mascota se quedó y fue a colearle al guardián, quien se acercaba a saludarlas.

Conversaron unos minutos de las trivialidades que disfrutabas compartir con la gente sencilla. Con esfuerzo, sin permitir que la ayudaran, Grace se sentó y comenzó a limpiar el marco de tierra que sería la tumba de sus cenizas. La perra caminó detrás del viejo, y tú te marchaste no sé adónde.

Al regresar, luego de dos horas, e irte aproximando a Grace, la imagen que distinguías acortó tus pisadas hasta detenerlas para contemplar a gusto. Una mujer engullida por el cáncer, que se negaba a morir pero sobre todo a abandonarte, yacía encima de la tierra que pronto guardaría sus cenizas envueltas en su chal favorito. Su rostro y su mirada inmóviles estaban dirigidos

hacia un cielo inmensamente limpio de nubes, mientras un viejo correteaba detrás de tu mascota entre las tumbas. Presenciabas una de esas estancias de la vida, cuyo aroma rebasa lo humano, y que se diluyen de inmediato en el ruido demencial que engendramos. Volviste a caminar, con lentitud, para no interrumpir sino quizás integrarte a esta conjunción de vida y muerte, tan extraña y tan real.

Un viejo ágil, es decir, un anciano que había ascendido hasta la plenitud de su infancia, gritaba, gesticulaba y reía persiguiendo a una perra que ladraba coleando con frenesí entre las lápidas. Y hasta que estuviste a su lado, e incluso después, Grace continuó yaciendo con sus ojos abiertos, sobre su tumba. Y todo, bajo un cielo que no pecaba de una sola nube.

entre las olas

*(tiene que) cesar toda distinción
entre vida y muerte
las ilusiones son
confortablemente neuróticas.*

Jiddh Krishnamurti

Libertad Total

cristalización es muerte

Virgilio Piñera

Carta a Jorge Mañaz

¿Cuál debe ser la actitud de una mujer vieja como yo, académica para más señas, ante la proximidad de su muerte? ¿Cómo se ve una ante lo que llamamos «el final de todo»? ¿Qué se piensa, qué se siente? ¿Qué hacemos los condenados a morir? Esas son las preguntas implícitas de la mayoría de mis entrevistadores en estos años. El morbo de la sexualidad, que no puede vender un rostro lleno de arrugas y un cuerpo desasido, se ha desplazado hacia el de la muerte, que vende, siempre que sea tratado con imaginación y cierto gusto. Hablar de la muerte suscita, como ese salpullido que se propaga a medida en que una se rasca, el tópico de la eternidad, cuya presencia ofrece tanto consuelo y vende. Sobre todo en un mundo que se desmorona y sí parece estar condenado.

Contrario a lo que mis entrevistadores y biógrafos imaginan, la muerte no empezó a acompañarme al paso irrevocable con que la vejez se iba aposentando en mi cuerpo y ralentizaba mi mente. La certeza de la muerte jamás dejó de acompañarme, aunque tampoco me convirtió en una mujer pesimista ni temerosa, sino lo opuesto. Sería el eco de la frase de mi padre, de que no éramos de aquí, de que estábamos de paso, el que me fue abriendo los ojos con anticipación. Michel me hizo vivir como si estuviera cruzando uno de esos impresionantes barrancos asiáticos que los pobres se ven obligados a atravesar para ganarse el sustento. Mi padre me hacía cruzarlo por un puente de madera estremecido por el aire y por mis pasos, a los cuales tenía que imprimir un movimiento constante, de diferentes gradaciones. La frase de Michel era un recordatorio de que nunca se llega al lado opuesto, lo importante era esa variable constancia que debía imprimirle al movimiento de instante en instante. Ahí estaba la vida real: en el instante.

Entonces, la muerte no me empezó a asediar con enfermedades, llegada la vejez. Las innumerables expresiones que adquiere la muerte habían estado conmigo desde la hora en que nací, cuando mi madre no pudo sobrevivirme; o la vida era la que estaba ahí, cuando en cierto sentido moría yo y se marchaba ella. ¿Cómo saber quién está menos muerto o más vivo? Mi juventud creía saberlo. La muerte había nacido conmigo, eso me decía con el orgullo inocente

de los jóvenes que desean diferenciarse del resto. Lo cierto es que vivimos con la muerte, no puede haber vida si no hay muerte, y no puede haber vida intensa si no estamos dispuestos a vivir muriendo. ¿Dónde termina una y comienza la otra? ¿Es que acaso el mundo no está lleno de muertos?

Michel fue acuciante en su insistencia de recordarme que estábamos de paso. Llegó a decirme que la muerte era una manifestación de amor y compasión en este caos que hemos generado y al cual llamamos vida. Según Michel, nada que tuviera la capacidad de vivir para siempre podía considerarse vivo, que las personas, los acontecimientos, las relaciones, los encuentros —recalcó haciéndome sonrojar— son como las octavas musicales que se armonizan o no unas con otras. Al final, me dijo ya en su cama de enfermo, como si lo hubiera vivido, lo importante no es la disonancia o la armonía sino descubrir cuándo la octava ha terminado, porque ahí es donde tenemos que abandonarla, morir para ella, con lo que eso implica: morir para la seguridad, para lo que nos es familiar, para lo que nos entrega identidad, estatus. Quien persista ya está lidiando con lo muerto y está muerto. Tenemos que ser libres y tener la fuerza suficiente para empezar la próxima octava.

Cuando todavía estaba en el proceso de conocer a mi padre, sus ideas me desconcertaban. Me provocaban unos choques de los que salía rediviva, vigilante. Lo único que le faltaba a Michel para convertirse en maestro zen, era la varita flexible e hiriente con que se le pega a los discípulos que se han quedado adormilados en el templo. Él había llegado a la conclusión de que sufríamos porque estábamos dormidos y anhelaba que no demorara en reconocerlo. Sabía, además, que no serviría de nada repetirme que había nacido en un mundo adormecido que no conducía a ninguna parte. La varita hiriente se encargaría de mantenerme alerta, y quizás, de que pudiera comprobarlo.

Mi padre moría sin cesar, por eso renacía y vivía con intensidad. El día que desapareció, sufrí mi primera muerte y mi primer renacimiento conscientes. La juventud muere a gran rapidez, por eso vive. Y yo era muy joven.

La muerte de Jerry es la última que he presenciado, antes de ser testigo de la mía. En corto tiempo voy a vivir mi muerte con la mayor presencia posible, con la

fuerza otorgada por mis muertes anteriores. Jerry, que es amor y vida, nació del seno de la muerte de Grace. Los años de enfermedad de mi compañera encubaron a Jerry, mi permanencia con la muerte me trajo vida. Y ahora, muerte de nuevo. La mía. Muerte que debe dar lugar a más amor y vida en algún sitio. Termina una octava. Frase que pudiera incitar a esas espantosas clasificaciones de escritora mística, contemplativa, a saber cuántos adjetivos delirantes. Es infinito el mundo conceptual en el cual vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser. Ese mundo no resistió ni una de las terminantes frases de Erick, el jardinero que tuvimos, ni ninguno de los preciosos silencios de Dick, nuestro carpintero. Se desmigaja de frente a la mirada de estos dos hombres, capaces de sentir en el silencio y sin intermediarios, la realidad completa.

Ese silencio que tanto tememos y somos incapaces de entender, es abundancia, una celebración que no cesa y el mejor alimento que existe. Ahí permanecen, con su silencio habitual, la habitación de Grace y luego de Jerry, el lecho que fue de una y del otro, la ventana que abrí para que escapara mi compañera envuelta en su último aliento, los libros que trajo mi joven amigo, los quejidos de ella, su falta de aire, la ingenua y renovada sorpresa de él ante la belleza, tan portentosa como la mía.

Ese silencio es una danza que deberíamos vivir despiertos o que debería servir para despertarnos. Michael, Grace y Jerry, tres de los acordes más bellos de mi vida, fueron seres conscientes de su propia danza. Nunca llegaron a ser lo que clasificamos de triunfadores. Ni falta que les hizo acumular bienes, nutrir la vanidad ni probarle nada a nadie. Los tres derrotaron a la vida, porque cada uno en diverso grado despertó a su feroz hipnotismo y pudo verla como es. Vencer la ignorancia los transformó en verdaderos triunfadores.

je te souvien, Mirielle Mathieu

*hacer la pregunta correcta
es solo la mitad del conocimiento*
Mahoma

*¿podemos hallar algo que no cambie?
solo el pensamiento cree que sí.*
Steve Harrison
Doing Nothing

Había regresado a París, solo, después de treinta años. No sé por qué no había vuelto a una ciudad a la que me unían tantos recuerdos. Bueno, sí lo sabía. Uno hace sus planes, toma decisiones que deben llevar a cumplirlos y al final ve que casi nada salió como esperaba. Es así. Al menos, para mí, ha sido así. De todas formas, no me perdonaba mi prolongada ausencia de París.

En casa había tenido tiempo de sobra para buscar y comparar los precios en una ciudad que iba a conocer de nuevo. La soledad tiene innumerables aspectos positivos, uno de los cuales es que mi mujer no me interrumpa para saber qué comida congelada deseaba comer —como si existiera ese tipo de diferencias—, entre un sinfín de preguntas que ella se contestaba de inmediato. La ausencia de Helen, de sus decisiones en voz alta enmascaradas de preguntas, y de sus vericuetos que conducían a imponer sus deseos, eran el mayor beneficio de mi soledad. Mi tranquila, larga y disfrutada búsqueda virtual había arrojado precios parisinos astronómicos para un simple profesor de francés como yo. Al final había encontrado una habitación en un hotel cerca de la Plaza de la República, con baño adentro, por cuarenta euros diarios, que no estaban mal para el mes de mayo. Recordaba esa área. Esperaba alquilar un estudio por allí para vivir unos meses.

En una de nuestras caminatas por París, Helen y yo habíamos llegado hasta esa plaza y habíamos seguido por una avenida que pasa cerca de dos antiguas terminales de trenes, en busca de la iglesia del Sagrado Corazón. Una de esas terminales, la Gare du Nord, ahora es sede del tren rápido hacia Londres. Si me decidía a visitar Inglaterra, donde también podría hallar material para mi tesis, la ocasión estaba a la mano. Libertad para ir a donde me diera la gana en un año sabático, eran los restantes logros de mi soledad. Con casi sesenta años en mis costillas, y soltero, me sentía como un jovencuelo a la expectativa de las sorpresas que el viaje me había reservado.

Helen y yo nos habíamos enamorado de París desde nuestro primer viaje, a principios de los setenta. Nos habíamos conocido en el curso de francés avanzado, en la universidad. Helen lo había estudiado desde niña. Su pronunciación impecable y mi interés por perfeccionar un idioma tan fascinante,

nos acercó. La atracción que ambos sentíamos por la cultura francesa, impulsó sin dudas la atracción mutua que sentimos. Al acabar el curso, ya estábamos en París de vacaciones ese verano.

Ese primer viaje lo hicimos acompañados por Harry y Tracy, nuestros compañeros, quienes estaban más interesados en las filosofías orientales que en ampliar el conocimiento del francés o de la cultura francesa. Estuvieron dos días con nosotros, y visitamos el Arco de Triunfo, la Torre, el Louvre, los lugares que vienen a ver los turistas, y a paso rápido, pues el objetivo final de nuestros amigos era la India.

Helen no lo decía, por supuesto, pero estaba horrorizada por la idea de nuestros amigos de abandonar París para ir a un sitio tan lejano y tan pobre. ¿Qué podría haber de interesante en la India? Si lo que Harry y Tracy buscaban era un gurú, en nuestro país teníamos suficientes ejemplares exóticos de hindúes y otras nacionalidades desconocidas, que hablaban de reencarnación y amor universal. Ya habían estado en dos retiros espirituales, en California y en Inglaterra, según nos habían contado de pasada.

Helen jamás permitió que una conversación de gurúes y retiros espirituales se extendiera demasiado. Los temas que no consideraba divertidos los alejaba con un corto sacudón de cabeza y con un salto visual fuera de nuestro grupo, dirigido a cualquier cosa que nos rodeara en ese momento por insulsa que fuera. De inmediato, Harry, Tracy o quien nos estuviera acompañando y palpara la reacción de mi novia, tenía la amabilidad de cambiar de tema. Incluso, cuando se hablaba de filosofías orientales en ausencia de Helen, el que avistara su proximidad se encargaba de romper el diálogo con una frase referida al tiempo. El sol, el calor, el frío o la lluvia servían de puente dialogístico para que mi futura esposa se sintiera a gusto al incorporarse al grupo. Una vez que los amigos recientes reconocían los temas que aburrían a mi novia, también establecían esa autocensura que llegó a adquirir la impavidez de una tradición. Yo, claro, enamorado del físico y del glamour de Helen, no estaba consciente de esa censura, inimaginable en una época de rebeldías. Y no podía menos que darle la razón a mi novia en relación con la actitud de nuestros amigos. ¿Qué

necesidad había de ir hasta la India para ver un gurú, si los teníamos en nuestra amada patria y con la variedad de precios y propuestas esotéricas que requería el mercado? En esa ocasión nos preguntamos si no serían unos esnobistas.

Helen y yo permanecimos en París, que por entonces era una verdadera fiesta. En la ciudad se sentía la intensidad de Edith Piaff, la Baker era noticia y Nina Simone estaba en las carteleras. Se adoraba la música de Aznavour, Legrand y Paul Mauriat. La voz de una Mirielle Mathieu, al poco tiempo de haber aparecido en un programa de televisión para jóvenes talentos, ya había entrado en el panteón de la inmortalidad francesa. Acompañados de amigos artistas y escritores veíamos cine europeo, íbamos a los teatros, a las exposiciones, descubrimos a Michel Tournier.

En ese viaje alguien mencionó a una escritora excéntrica y talentosa que vivía en una isla congelada de Maine, y nos preguntó si era conocida. Helen respondió insultada que no, ¿a qué escritor en su sano juicio se le pudiera ocurrir mudarse para esa región congelada? ¿Cómo van a poder funcionar las neuronas en las cercanías de la frontera con Canadá?, dijo y se rió. Y, claro, nos reímos, pues eso era lo que ella esperaba.

El día que llené mi solicitud para entrar al programa de doctorado en literatura francesa, pensé que esa decisión había nacido en mi primer viaje a París, en los comentarios acerca de la escritora que vivía con su amiga en una isla de Maine. El tiempo estaba fenomenal, desde el aeropuerto sentí que había regresado a Francia con buena pata. Me bajé del metro en la Plaza de la República y ascendí a la calle escuchando gritos y chiflidos que venían del exterior. La salida del metro, en plena plaza, estaba rodeada por una multitud de vociferadores. Busqué con la vista la causa del alboroto, hasta descubrir las pancartas y los cartelones que cargaban los manifestantes.

No recordaba que era primero de mayo, Día del Trabajo, que los norteamericanos celebramos en fecha diferente a la que lo hace el resto de los obreros del planeta. Me detuve a echar un vistazo a la situación. Entre los carteles que repudiaban a Bush, se destacaban unos identificados como maoístas que rechazaban el revisionismo. Mejor que el odio universalizado a

Bush, me pareció saludable que existieran diferencias entre los comunistas, que no los hubiéramos homologado. Quedé sorprendido con la variedad de propuestas existentes en la manifestación proletaria, diferente de nuestra anodina democracia, donde la libre expresión ha colocado una línea que cruza el político que se aventure a ver su imagen pública despedazada, y el que no sea conservador tiene que ser liberal. Hubiera querido ver cómo respondían los locutores de la televisión americana a los calificativos que le endilgaban al Presidente. Los grandes medios de comunicación ganan dinero a través de su revisionismo de la verdad. Hubieran magnificado una frase, exigido disculpas urgentes al transgresor de la libertad de expresión o desempolvado una aventurilla que pusiera en peligro la sagrada institución del matrimonio. Escandalizan para salvar una entelequia.

Al menos los franceses habían incorporado el vocablo solidaridad a su credo político. Por cierto, nunca pude conseguir que mis alumnos entendieran el significado de esa palabra. Confundían solidaridad con caridad. Se los expliqué de mil modos, tratando de que descubrieran los matices. Abordamos el tema en varias clases, hasta que me di cuenta de que estaba perdiendo el tiempo. Solidaridad será siempre un neologismo para un país joven, despiadadamente individualista. Al ver las caras de mis alumnos, que casi me acusaban de quererles enseñar un término bárbaro, decidí abandonar mis intentos de ensancharles la mente. Evocando esas imágenes de mis clases, caminaba entre los manifestantes. Decidí sumarme a sus voces indignadas por la guerra en Iraq y la homogeneidad neoliberal y globalizadora. La clonaglobalización.

Acomodé mi equipaje en el suelo y tomé aliento para incorporarme al coro que empezaba a entonar la Internacional. Los asistentes, comunistas, revisionistas, maoístas y de tendencias irreconocibles, unimos nuestras voces para entonar la canción del proletariado mundial. Nunca he sabido cantar, y nunca sabré, pero este himno soso, como son los himnos en definitiva, se descolgó por mis oídos con el placer de una de esas baladas de la Mathieu. Lo entoné a pulmón, rodeado de fotos del presidente de mi país y de letreros que lo describían a la perfección. Regresaron las consignas y las arengas. Acabé por quitarme el

abrigo y colocarlo arriba de mi mochila, para poder añadirme mejor a los gestos de los convocados y vocear ¡Bush, terrorista! con el ardor de mis circunstanciales camaradas franceses y de otras latitudes. Había hasta una avanzada latinoamericana que voceaba en español y a la que acudí a sumarme. El parentesco entre el francés y el español nunca me fue tan útil que en este rato de euforia anti-Bush.

La necesidad de una ducha caliente para aliviar mi cansancio, y la ansiedad por andar a mis anchas por una ciudad tan amada luego de treinta años de ausencia, desliaron mis furias ideológicas. Me despedí de mis camaradas cercanos y partí hacia mi hotel entonando todavía las consignas.

Un negro alto, con un francés impecable, me atendió en la recepción del hotelito situado a unas cuatro cuadras de la Plaza de la República. Me instalé en mi habitación, me di una ducha hirviente y salí a la calle. El día seguía precioso. Era una anticipación del verano, sin asfixia. Había unos sesenta y cinco grados, que se sentían fuertes bajo el sol. El barrio estaba repleto de cafés, panaderías y pequeños negocios. En las aceras y las calles la cantidad de cabos de cigarro igualaba a la de motocicletas. Tenía que caminar en una alerta constante para evitar un cabo de cigarro lanzado por algún parisino sentado en un café o a las puertas de un establecimiento, o para evitar que me atropellara un motociclista. Con un día tan hermoso, no quería meterme en el metro. Continué mi marcha hacia el sur, buscando la Rue du Temple para acortar la distancia en dirección al Sena. En una media hora, con almuerzo árabe incluido, me encontré con uno de los imponentes costados de El Louvre. Ya no me detuve hasta la medianoche.

En los primeros cuatro días en París, recorrí los sitios que Helen y yo habíamos descubierto a paso tranquilo y que habíamos hecho nuestros, después que Harry y Tracy se marcharan a la India: la iglesia de la Madeleine con su apariencia de templo griego, ahora ennegrecida por el dióxido de carbono, donde asistíamos a conciertos de música de cámara; la del Sagrado Corazón, en la colina donde contemplábamos a gusto la ciudad; los museos, las galerías, las librerías y las márgenes del Sena encendidas en la noche. Paseábamos sin

descanso por sus riberas desiertas a horas tardías, admirando las sobrecogedoras fachadas de los edificios.

Una noche tropezamos con Rudolph Nureyev que salía por un portón en compañía de unos amigos. Helen lo interrumpió, se presentó e hizo que le firmara un autógrafo en una esquina de un ejemplar de la revista Elle que guardaba en su bolso. De inmediato le explicó que era arquitecta y se mostró interesada en ver el patio interior del edificio «si es posible, o en un próximo regreso a París». Nureyev se disculpó, les pidió unos segundos de espera a sus amigos y fue a mostrarnos el pequeño y acogedor patio, con una sonrisa y una afabilidad sinceras. Y en verdad, ¿quién no le sonreía a mi atractiva y carismática novia por esa época? ¿Quién se iba a resistir a complacer a una joven tan bella y con tanto glamour? Helen siempre mencionaba el encuentro con el bailarín, enfatizando la belleza del patio por encima del nombre del artista. Sus gestos, su tono de voz, al contar la anécdota, casi inferían que había sido obligación del bailarín mostrarnos además su apartamento y las obras de arte que coleccionaba, como al final ocurrió.

Después de esos encuentros con celebridades en los cuales era mimada como una chiquilla, Helen me echaba una mirada altanera, para hacerme recordar que había sido una mujer condescendiente al elegir como novio a un simple estudiante de literatura francesa. Lo recuerdo con claridad ahora. A Helen le sobraba encanto, hay que reconocerlo. Y le sabía sacar partido, hay que reconocérselo también. Yo me beneficiaba de los contactos y relaciones, ¿por qué iba a sospechar que sus miradas condescendientes iban a provocarme deseos aniquiladores a la postre?

Cuando se cansaba de apabullarme con descripciones, citas y anécdotas relacionadas con la arquitectura parisina, cruzábamos los puentes, desatinados, y nos deteníamos en el Point Neuf, el más antiguo. Agarraba a Helen por la cintura, la sentaba en el muro y nos quedábamos abrazados, en silencio por fin, absorbidos por la belleza y la historia que se sienten en esta ciudad.

Hasta pasé por el Olympia, donde asistimos a un concierto inolvidable de Mirielle Mathieu, luego del cual nos prometimos matrimonio en plena calle. La atmósfera

que generaba su voz, suscitaba el amor con una fuerza descomulgada. Esa noche, con el acento de la Mathieu fresco en la memoria, nos prometimos confianza y fidelidad eternas, y una vejez inseparable. Fijamos fecha. Nuestro hijo se concibió como una resonancia de aquella noche perfecta, en el cuarto viaje que hicimos a París. Paul iba a verse obligado a amar esta ciudad tanto como nosotros.

Repasé mis recuerdos en la esquina donde nos detuvimos para comprometernos hasta la muerte. Sonreí. Acabé por soltar las carcajadas, sin importarme qué pensarían los transeúntes. No sólo la vida nos había negado lo que habíamos planeado. París había cambiado demasiado y no para bien. Habíamos llegado con las hamburguesas, las cafeterías Starbucks y los centros comerciales. Los Campos Elíseos vibraban de comercio y la ciudad mantenía su salud financiera gracias a los que andábamos por sus calles. En cuanto a Mirielle Mathieu, le había preguntado por ella al joven francés que me tocó como compañero de viaje en el vuelo. Su respuesta fue cortante: ¿Mirielle Mathieu? Ahí está, creo. Enseguida se colocó sus audífonos. Escuchaba rap francés. Lo leí en la carátula del disco que sujetaba, marcando con una pierna el ritmo que le habíamos exportado. Me indigné.

La clonación que no lograron los comunistas la hemos acabado por imponer los norteamericanos. En unos lustros el planeta quedará teñido de culturas clonadas. Y nos extraña que haya franceses que no quieran escuchar el inglés. En realidad nos extraña lo que no se avenga con el supremo estilo de vida que hemos descubierto y propagado como una metástasis. Estuve musitando obscenidades contra mi país y la clonaglobalización, como la llamaba en mis clases, hasta darme cuenta que la negatividad me impedía disfrutar de mi estancia en la ciudad amada.

Las caminatas por París me recordaron los años que tenía. La vena medio estrangulada de mi pierna izquierda se había coloreado de un gris oscuro presagioso, por lo que decidí de mala gana amainar mis desplazamientos callejeros para retomar la redacción de mi controversial y probablemente

desechable tesis acerca de Marguerite Yourcenar. Si nadie la publicaba, tenía listo un texto digerible acerca de sus hábitos de viaje.

Años atrás, a causa de mi pobre actividad física, una vena inflamada había sobresalido desde la mitad de mi pierna izquierda hacia abajo, dibujando en mi piel una delgada víbora morada. Como no me molestaba, pospuse el procedimiento de corte y extracción de la vena, que apostaba a que se repetiría cuando el cirujano comenzara a tratarla, tanto por las condiciones de la patología como económicas. Me lo había advertido: la víbora podía reaparecer. Lo que no mencionó fue que jamás dejaría pasar la oportunidad de embolsarse unos cuantos miles de dólares, al recortar la vena incalculable en tres intervenciones. Cada corte de vena duró unos cuarenta minutos y le costó cinco mil dólares al seguro y cuatrocientos a mí.

Llegado al punto en que la víbora resultaba molesta y poco estética en mi situación de soltero renacido, acudí al cirujano, que era otro e idéntico en sentido médico. En cuanto regrese de París nos dedicamos a realizar los cortes necesarios, le dije al tipo que no apartaba sus dedos ni sus ojos del potencial de mi extremidad izquierda. No dejes de usar la media, sentenció con mala cara palpando los dólares obstruidos a lo largo de mi pierna, que él se encargaría de hacer circular. Lo convencí de comenzar la extracción de vena y dólares en unos meses. Por nada del mundo permitiría que mi año sabático quedara interrumpido con una seguidilla de extracciones «necesarias» para mi salud.

¿Dónde terminaba la necesidad de aligerar mi pierna y dónde empezaba la inversión de tiempo de mi cirujano? ¿Cómo saber si el procedimiento era urgente o no? La famosa segunda opinión estaba tan infundida de potencial económico como la primera. ¿Buscar una tercera? ¿Para qué? No confiaba en los médicos.

Ya había confrontado el problema cuando mi presión arterial, baja, había decidido moverse en sentido contrario. Mi paranoia con los médicos se agudizó porque me tomaba la presión en casa y el resultado era un mínimo por encima de lo normal. En el chequeo, el médico la hallaba alta y gesticulaba ofuscado al escucharme decir que estaba tomando la pastilla en días alternos para no

habituarme. Me hizo una última advertencia. Yo seguí, a cuenta y riesgo, con mi investigación independiente.

Descubrí que mi presión alta estaba vinculada a las conversaciones telefónicas que sostenía con mi ex mujer. Helen seguía imponiendo su voluntad a larga distancia. Ahora se trataba de la hora en que yo recogería al niño, a dónde lo llevaría, a quién y qué vería él en casa y un prolongadísimo etc. El hallazgo del binomio presión arterial-Helen, normalizó una patología y evitó los desembolsos en pastillas que me querían endosar de por vida. El médico perdió un paciente, el seguro me agradeció el hallazgo y la auto-curación, y yo me sentía como si hubiera acabado de cumplir dieciséis años.

los abismos

*y aún más, pudieras indignarte y tratar de matar
a ese extraño (que te ha mostrado el camino de escape),
y luchar por tu prisión, y hasta sacrificar tu vida
con tal de permanecer prisionero.*

Maurice Nicoll

Psychological Commentaries on the
Teaching of Gurdjieff and Ouspensky

En mi cuarto de Mont-Noir la penumbra no logra evitar que me despierte la mirada de mi padre. Ninguno de los dos aparta sus ojos del otro. Esos segundos, Michel es un recién nacido como yo. Está viviendo conmigo su nuevo nacimiento. Ha acabado de morir para la muerte de mi madre. No ha acumulado sufrimiento ni frustración. En él no hay acumulación de ningún tipo. Su peso mental es muy ligero, diría que inexistente. Yo siento su ligereza, o sea, su felicidad, como él siente la mía. Nos seguimos mirando unos segundos. Entre nosotros dos nunca habrá ni una pizca de ese malestar tan generalizado en el mundo moderno, que evita la mirada directa y la clasifica de mala educación, por conceptualizar de alguna forma un reclamo de vínculo real.

Estoy dormida ya, Michel me besa y se va. Sale al casino, a jugar, y luego irá a encontrarse con una de sus amantes. Regresará al amanecer, y todavía con el sudor pegado a la piel, con olor a mujer, se asomará a mirarme. En ese momento no estaré ahí para recibirlo con mis ojos abiertos, a él no le importará y se quedará mirándome sin sonreír unos segundos. ¿Qué sentido tiene sonreír en presencia de la felicidad? Hará un esfuerzo para no acariciarme. Una de sus manos se paraliza en el aire, ¿cómo se le ha podido ocurrir despertarme con una de sus habituales palmaditas en mis rodillas? ¿Es que no ve que estoy rendida?

Michel nunca me toca el rostro, cuando me besa es como una mariposa. Aprovecha mis rodillas para tocarme con deseos, cree que mis extremidades deberán ser tan poderosas como los soportales de Mont Noir, pues en unos años voy a andar sola por un mundo que cambia a perpetuidad, y es casi imposible mantener el equilibrio entre dos abismos que tiran de una con igual fuerza. Es imposible, y urgente, si se quiere vivir despierto. Estamos de paso, recuérdalo, nos podemos ir mañana, me repetirá como para que aprenda a morir para cada minuto y en esa muerte encuentre la fuerza y el equilibrio necesarios. Esta caricia de mi padre se ha trasmutado en una suerte de iniciación.

El iniciado real es dúctil en su relación con el mundo y consigo. Es roca que resiste el oleaje que le llega desde la vida y agua que se filtra entre las acantilados o desciende bajo las arenas. El iniciado es flujo y reflujo, sístole y

diástole, no y sí, y por encima de eso es no-sí. Pocos son capaces de reconocer que resiste a través de su fluidez. Como ha sido siempre, la máscara que usamos no nos permite ver al prójimo, sino su máscara, que es el reflejo de la nuestra. Romper en el silencio ese espejismo, nos convierte en iniciados, en seres vivos. Hay millones de seres que se están iniciando a esta hora en mayor o menor grado.

Mi iniciación es intensa, prolongada. Mi padre sabrá cómo colocarme entre los dos abismos. Entonces, mi consciencia se ampliará para darle la bienvenida a la otredad, a pesar de su inherente resistencia a permitirlo.

A falta de los senos de mi madre, los dedos de Michel se han convertido en mi primer vínculo con una piel ajena. Mi nana Barbe se convertirá en mi segundo vínculo, cuando me levante en vilo con sus brazos rollizos, me arrope con sus caricias y me llene el cuerpo de besos. Barbe, además, me regalará la primera imagen de un cuerpo femenino desnudo, al verla salir del baño con un candelabro en la mano y una toalla en la otra, para irse a secar con hermosa paciencia junto a la chimenea. Eso ocurrirá después, al empezar a descubrir mi cuerpo a través de la belleza del de Barbe, en los espacios cambiantes que dejan las sombras, en los desplazamientos imperceptibles de sus manos por sus brazos y piernas. Nunca se me ocurrió interrumpir a Barbe, como si desde mi usual escondite aprendiera los sencillos gozos femeninos provocados por las gotas que iban muriendo, por las intermitentes sombras y el silencio que iban describiendo esa muerte. Los dedos de Michel, los besos y la piel de Barbe.

Una madrugada que regresaba de juerga, Michel fue a asomarse por la puerta de mi habitación a darme sus buenas noches tardías y silenciosas. Al notar mi ausencia fue a buscarme al baño y por los corredores de la casa. No sentí sus pasos suaves que pretendían evitar, si regresaba tarde, que lo escuchara mi abuela. No sentí sus pasos o no pude sentirlos. Era uno de esos instantes, bello y atesorable, cuando Balbe se erguía ante la chimenea y daba vueltas muy lentas para que sus últimas humedades perecieran por la cercanía de las llamas. Y a mí me brindaba una perspectiva nueva, con cada giro suyo, al cambiar de posición el candelabro o al levantarse del sofá para aproximarse a la chimenea.

Barbe me mostraba ángulos insólitos de su belleza, del disfrute que puede sentir una mujer consigo misma, al arrastrar lentamente y en plena soledad, gotas moribundas de agua sobre su piel.

Sonriente, Michel me abrazó por detrás, en el rincón de la escalera donde me asomaba a contemplar a mi niñera. Me levantó con una expresión de complicidad, y me devolvió a mi habitación con pasos sigilosos, como si hubiéramos regresado juntos de una farra. Me colocó en el lecho, me contempló unos segundos sonriéndome, y acentuó el gesto de complicidad colocando dos de sus grandes dedos en mis labios.

Por un acuerdo tácito nunca hablamos de esa noche, nunca la mencionamos en nuestras conversaciones íntimas. Ahora creo que los gestos de Michel eran cómplices en muchos sentidos. Me decían que atesorara el ritual femenino que había contemplado, quizás para evocarlo un día a solas, o para guardarlo como imagen artística en una memoria que él se encargaba de desbordar con belleza. Asimismo, Michel me pedía que evitara seguir mancillando las noches de Barbe. Los niños entienden y respetan los signos que reciben en la intimidad y en el silencio. Decidí, recuerdo que con cierto esfuerzo, olvidar a Barbe y a su reinado en las madrugadas de Mont-Noir, donde las humedades fenecían a gusto y las sombras conspiraban entre sí en vías de morir con el amanecer.

Decir que Michel era un ser adelantado para su tiempo, resulta demasiado trillado, demasiado estúpido. ¿Cómo clasificar a un padre que desdeña las reglas en general y las de su morbosa madre en particular, con una frase veloz, casi ininteligible, en medio de nuestras conversaciones de filosofía, literatura o al terminar sus lecciones de inglés? Yo interrumpía sus explicaciones para quejarme de mi abuela, de la delicadeza que exigía para con sus muebles que mis prisas infantiles olvidaban y volvían a maltratar, de su parloteo insípido y aburrido acerca de sus joyas, sus adornos, sus horarios, su mundo rígido, milimétrico, sus discursos acerca de la gloriosa historia de acumulación de bienes de la familia.

Mi abuela me daba vértigos que Michel curaba con una palabra, convenciones, un guiño y una carcajada que intercalaba en nuestras conversaciones con la

importancia que pudiera tener en esos instantes, digamos, un corto acceso de tos. Mi padre tosía: convenciones, ya sabes. Y proseguía leyéndome a Chateaubriand, a los griegos o me regañaba por mi pésima pronunciación en inglés. Nuestra intimidad cómplice, que ya era inmensa, continuó creciendo cuando nos mudamos a París.

Desde el apartamento de la Avenida Antin, de la mano de Michel, descubrí los museos, los monumentos y teatros, los pasteles y las iglesias. Con Michel aprendía a disfrutar de la variedad de la vida, infinita si uno lo desea. Salir de la iglesia para entrar a una pastelería, se volvió tan corriente como tomar un trago de agua después de un bocado de comida. Junto a Michel, la alegría era indiferenciada. Cada expresión de la vida era sagrada.

El rito ortodoxo es prolongado y muy hermoso, y me impresionó desde la vez que fuimos a la iglesia rusa de la calle Daru. Adentro la gente escribía, a saber qué sueños deseados, qué esperanzas de sanación o qué maldiciones en unos papelitos que doblaban y colocaban al lado de las velas, mientras las voces de los solistas y del coro me conmovían de nuevo. Una vez dejé a Michel conversando en la entrada con sus amigos rusos y entré con impaciencia a colocar en la cesta no recuerdo qué ansias escritas, qué figuraciones de mi infancia encantada. O quizás lo que plasmé en el pedazo de papel fue el resultado de mi primer acto de placer por ceñir unas cuantas sílabas, y de pasada, exultar parte de la irrecuperable felicidad que me desbordaba en el transcurso de esos años.

Michel y yo viajamos a menudo. Me lee autores ingleses a la espera del tren, en el viaje. Leo, mi pronunciación no mejora. Será que ya nació mi obsesión con el idioma francés. Me rectifica, repito mal, nos reímos. No siento la diferencia de edad, es un goce constante estar con mi padre. Su humor y su alegría son de una calidad distinta. Aunque hay algo en él que no consigo tocar. Es esa libertad de la cual está impregnado, que me transmite. No seas así, no pienses en eso, no hagas esto. Nada de eso. Si acaso: Hazlo, es una convención, una regla, cumple con ella y deséchala. Sigue. Sobre todo, lee, conoce lo que se ha escrito, parece sugerirme, cuando me compra un libro a la salida del metro o me

trae uno a casa. La vida es rica e interesante si tienes en cuenta que no somos de aquí, que nos podemos ir en cualquier momento.

Cuando Michel hacía un comentario de una persona, era porque un escándalo hacía imposible evitarlo. Le pedían opinión, y su contestación era cortante, incómoda, por compromiso. Los errores nunca eran individuales sino del grupo, llámese familia, sociedad, países. Política, cultura, a veces religión. Michel no podía juzgar a un individuo. Ni cuando comprobó que Barbe me llevaba al prostíbulo donde trabajaba, y me dejaba jugando y conversando con sus compañeras en el salón lleno de humo e impregnado de sexo, probablemente un par de horas.

Es que la gente no se satisface nunca, me comentaría, y hacen lo que sea para llenar una codicia que no cesa. Es una trampa terrible, pues nos colocamos de inmediato en una posición miserable, de carencia. El deseo nos ciega y no nos permite disfrutar lo que tenemos, lo que nos rodea, donde está la belleza. Perdemos este minuto único, ¿en pos de qué?

Las ideas de Michel iban teniendo un efecto acumulativo e inconsciente en mí, y es curioso, no recuerdo que me confundieran. Las asimilaba, a esa edad.

Michel despidió a Barbe y olvidó el asunto. Ese fue mi primer sufrimiento consciente: la ausencia de Barbe, de su deslave de besos por mi cuerpo, de sus juegos y risas. De la inolvidable imagen de mujer desnuda y húmeda que se contempla y va a secarse pacientemente bajo el pobre resplandor de un candelabro. Me he enterado, hace unos meses, que se casó con un guardabosques y tuvo varios hijos. Que me escribió tres cartas. Por órdenes de mi abuela, y a espaldas de Michel, se interceptaron las palabras escritas que hubieran secado mis lágrimas primerizas, como hacía la calidez de la chimenea de Mont-Noir en la piel de mi niñera.

Me he imaginado la vida de Barbe en el campo. La he visto adentrarse en el bosque que cuida su marido y caminar hacia la ribera de un río cercano. Se ha metido en el agua con pisadas lentas, no por miedo al frío ni a resbalar sino para recibir el contacto líquido con la presencia requerida. Luego de unas juguetonas brazadas, la he visto salir a secarse, caminar entre los árboles, hablarles y girar

muy despacio en busca de una brisa que seque sus poros, que los roce, los palpe, que la envuelva en un abrazo permanente, como si la caricia de un hombre, de tantos hombres, jamás hubieran sido ni pudieran ser suficientes para ella.

La muerte de Michel fue otro de mis grandes sufrimientos, atemperado por mi juventud y por sus palabras que me impulsaban a seguir adelante. Pedí que me dejaran unos minutos con el cuerpo de mi padre. Estábamos esperando por mi medio hermano. Intuía que no iba a venir. No desea contemplar la muerte de cerca y va a excusarse de mil formas. No me importa. Aquí estoy sola con Michel, por última vez. Sus brazos descansan a los costados de su cuerpo, una de sus manos se ha ahuecado, es como un molde que corro a llenar con una de las mías. Ahora te olvidaré por unos treinta años, como hubieras querido, Michel, los jóvenes tienen que olvidar y vivir, conocer a fondo esta estación de paso. Te olvidaré por treinta años. Voy a discernir qué es vivir, sin dejar de vivir. O sea, voy a intentar morir mientras vivo. No creo que pueda llegar a ser tan libre como tú. No obstante, voy a hacer el intento.

El temor real del comunismo no debía ser el capitalismo. Tampoco el capitalismo debería temerle al comunismo. Hombres como Michel son la verdadera amenaza de ambos sistemas y de cualquier sistema político que pueda surgir de esas dos entelequias, que no sea capaz de integrar individualidad y sociedad mediante un diálogo constante, abierto y dinámico. Hombres como Michel amenazan todas las estructuras que hemos creado hasta ahora, no porque vayan a destruirlas, sino porque carecen de significado para ellos, y los seres humanos vivimos a través de los significados. Las estructuras, es decir, las cárceles, con esa seguridad que nos brindan y que tanto disfrutamos, no significan nada para quien muere de instante en instante y vive de verdad.

Hay un miedo atroz cuando el mundo personal se desploma y uno comprende la obligación de avanzar, sola o no. Se siente un miedo indescriptible, y con posterioridad, una inconmensurable libertad. Una tiene que morir para ese miedo, raíz de todos los miedos. Michel sacrificaba ambos, miedo y dolor, y

después sacrificaba el sacrificio. Estaba vivo, vibrante. Nosotros, por el contrario, preferimos la cárcel, las cárceles que hemos generado y de las que estamos tan orgullosos. La despedida a mi padre había sido una suerte de anunciación para mi juventud.

Luego, al llegar la madurez y empezar mi vida con Grace, creí haberme desprendido de un estado de sometimiento, de esclavitud, al cual me entregaba a gusto. Esa joven ansiosa de reconocimiento, de aceptación, no era yo, era alguien que tomaba mi lugar. Creo que fue una bendición haberlo visto. Y hubiera sido mejor haberlo aceptado antes. Hubiera estado más bendecida, o sea, viva, aunque habría dado la impresión contraria.

La presencia silenciosa de mi padre me ha despertado. Sentí que estaba ahí y no pude menos que mirarlo, sin moverme un milímetro. Siento unas caricias fugaces en mis rodillas y pies. Los miro. Estoy inerte recibiendo el aleteo de los dedos de Michel, impregnados del olor del cuerpo femenino que han recorrido hace un rato. Estoy pasiva, no he pedido satisfacer ningún deseo, ni hambre ni sed, ni sueño, ni me sobreviene ningún bostezo. Me siento vacía, sin deseo ninguno. Es el deseo mismo el que se da a conocer, me visita lleno del olor a madrugada de sexo.

dormir o vivir

*entre Tú y yo persiste un "yo"
que me atormenta.
ah, que tu compasión disuelva
ese "yo" que nos separa.
Hallaj*

Mi tercera mañana en París me desperté temprano y me observé la pierna. Mi vena continuaba coloreada de un gris violáceo, a pesar de la media larga que el médico me había dicho que no me quitara. Había tenido que viajar con cinco de ellas. Era hora de detener las caminatas y trabajar en mi tesis.

Bajé a desayunar. Al salir del minúsculo elevador y caminar hacia el comedor, escuché unas palabras que supuse eran del negro que me había atendido: Mierda, mierda, al demonio. Sí, en efecto, era el negro, que salía de la cocina y casi me tumba al pasar al lado mío para ir a posesionarse detrás del mostrador de la recepción. Medio atolondrado encontré la única mesa vacía, justo frente a la puerta de la cocina, y me acomodé a disfrutar del desayuno continental incluido en el precio de mi habitación. Adentro de la cocina una mujer fregaba. Otra, vieja y obesa, creo que la dueña del pequeño hotel, farfullaba gesticulando como si la discusión se hubiera prolongado dentro de sí. Eché un vistazo lento alrededor de mí, avergonzado de haber aterrizado en el comedor a mitad de la disputa. La gente seguía desayunando como si nada hubiera ocurrido. Nadie parecía extrañado o molesto por la explosión de palabrotas del negro. Estábamos en París después de todo. Terminé de desayunar y subí a mi habitación a planear el día.

De mi año sabático había usado cuatro meses, uno de ellos en la biblioteca de Harvard consultando los documentos de Marguerite Yourcener a disposición de los investigadores. No había encontrado nada nuevo. De mantener mis gastos bajos, podría pasar una buena temporada en París antes de visitar Mont Noir y el centro de documentación en Bruselas, dos de las causas oficiales del viaje. Era hora de trabajar. Me metí mi computadora portátil en la mochila que había traído para usar por el día, y salí a buscar un café.

Los fines de semana primaverales son un deleite en esta ciudad, por lo vacías que quedan sus calles. Los parisinos se han marchado. Se ven unos pocos turistas buscando sitios abiertos donde relajarse y tomar un refresco. Descubrí un café abierto cerca de la Ópera. Como no quedaba ninguna mesa vacía en la acera, entré y escogí una pegada a los cristales que hacían las veces de pared del establecimiento. Desde allí podía contemplar una preciosa vista del barrio.

Había una pareja de jóvenes sentada en una de las mesas de la acera, nos separaba el cristal. Saqué mi computadora de la mochila, la encendí y le pedí un expreso al camarero. Mientras en la pantalla aparecía la secuencia de imágenes e iconos, volví a fijarme en la pareja. En mi cabeza se proyectaba una secuencia muy diferente. Eran dos jóvenes, fascinados por París, como habíamos estado Helen y yo. En el mapa, apenas abierto en la pequeña superficie redonda de la mesa, marcaban el próximo destino a visitar, tomaban vino, sonreían y conversaban. Ella le acariciaba el rostro con incredulidad. A él se le acentuaba el brillo de la mirada con cada caricia que recibía. A ella, su incredulidad la volvía silenciosa, miraba alrededor tocando el pelo de su compañero, sobándole las mejillas, pasándole el dedo índice por el mentón. Parecía haber conjugado la belleza: tocaba a París con los ojos y a su compañero con los dedos incrédulos. Mi mujer siempre fue demasiado egotista como para acariciarme tan seguido y menos en París donde se sentía regir. Sus estudios de arquitectura parisina la llevaban de un descubrimiento al siguiente, de una comparación a la próxima, donde escuchaba su elocuencia y apabullaba a sus oyentes con su erudición y su pronunciación intachable. Mi campo era la literatura francesa, ya se sabe que hablar de libros es menos atrayente que describir estilos de iglesias, plazas y edificios. No, no recuerdo que Helen me haya acariciado nunca así. Ninguna mujer que se crea con el mundo a sus pies podrá acariciar nunca con la preciosa incredulidad que reflejaban los ojos de la joven. Recuerdo que Tracy acariciaba a Harry como a un compañero. En esa época nuestros amigos tenían una relación tan arraigada, que su expresión no era amorosa sino de camaradería. Tracy, sin gestos maternos, Harry, sin abrazos protectores. No necesitaban probarle nada a nadie, ni siquiera creo que se necesitaran entre sí. Eran un par de compañeros que vivían el presente con una vehemencia quemante y generaban compañía donde estuvieran. La gente se sentía a gusto con ellos, como uno se siente bien al lado de personas sin grandes conflictos. Su relación con el mundo los había completado tanto como la que tenían entre sí. Habían participado en actividades de lucha por los derechos civiles y en contra de la guerra en Viet-Nam; habían sido activistas de las campañas ecologistas y a

favor del consumidor que comenzaba a liderar Nader, por las libertades de los homosexuales. En una protesta a favor de los derechos de los gays, en Nueva York, la policía los arrestó. Fingieron ser hermanos. La detención se complicó cuando un guardia los vio besándose. Tuvieron que explicar que eran una pareja bisexual, pues la policía quería sumar, a la acusación de desorden público, la de incesto.

No conozco una causa social donde no estuvieran involucrados. Donaban dinero, del poco de que disponían, se iban a las calles a repartir volantes, a convencer a la gente, escribían cartas a congresistas y senadores. No paraban de viajar, de comunicarse con jóvenes y viejos. Vivían en una intensa ósmosis con la vida. Su actitud era de aprendizaje constante, dinámico, sin vínculo con el ansia de alcanzar una vida cómoda y segura, que nos guiaba a Helen y a mí.

Los cuatro la pasábamos bien. Fumábamos y escuchábamos en voz de Harry, acompañado por su guitarra, las canciones de Bob Dylan y Joan Báez que mi novia calificaba de insulsas a espaldas de ellos. Nunca tuvimos una discrepancia seria, lo cual no es fácil de lograr en presencia de Helen. Si complicaba las cosas, Harry y Tracy le daban la razón. Y se tiraban la foto desde el ángulo que mi novia encontraba mejor o esperábamos a que se desocupara la mesa que a Helen le gustaba en un restaurante. Siempre tenía la última palabra. El apasionamiento que nuestros amigos sentían por la vida, los volvía tolerantes hasta con las estupideces de mi glamorosa pareja.

Luego del chasco de Viet-Nam la vida de Larry y Tracy dio un viraje drástico. Jamás volvieron a hablar ni a interesarse en nada que no fueran sus carreras, sus trabajos, sus inversiones y el futuro retiro en un sitio soleado. O se habían aburrido de una lucha que no conducía a ninguna parte, o habían recordado que eran tan norteamericanos como el resto de los que vivíamos en América, nombre de un continente despojado que hemos asumido sin rubor. El dinero era una cosecha madura que nos esperaba, era cuestión de tomarse el trabajo de salir a recogerlo. Y eso fue lo que hicieron nuestros amigos: recoger su cosecha de oportunidades en América. Olvidaron que el que sueña es porque está dormido.

El que alcanza el sueño norteamericano —adjetivo asimismo confuso que convierte a la América del Norte en una región soñadora—, está posiblemente más dormido que el resto de los mortales, pues la realidad no sueña sino que se mueve, quita y da, pone y dispone a su caprichosa e inexplicable manera. El sueño norteamericano da la impresión de estar fijo, de ser seguro, impertérrito, y la realidad es fluida, se mueve en total libertad, sin contar con la opinión de los despiertos ni con el grado de sueño de los dormidos. La fuerza soñadora de América había trastocado la libertad de nuestros amigos, que antes fluían con la realidad, en un sueño profundo del cual sólo se despierta muy tarde o nunca.

Cuando Tracy se graduó y consiguió su primer trabajo como periodista fija de televisión, ya Larry se había iniciado en los ajeteos de la Bolsa. Las carreras de ambos seguían en ascenso. Existía la posibilidad de que Tracy tuviera su programa de entrevistas en un importante horario nocturno. Por lo que sabía de ellos, estaban llegando a la plenitud de la vida que habían cuestionado en sus años juveniles. Ya Helen y yo habíamos entrado en una crisis permanente, aunque vivíamos juntos y buscando un arreglo por el niño. Helen y Tracy habían permanecido en contacto, Larry y yo no tanto. Apreciaba como siempre a mi amigo de correrías, pero cada vez tenía menos que ver con él. ¿Qué punto en común podía existir entre un corredor de la Bolsa y un profesor de literatura francesa? Bueno, parecía existir y se llamaba Ray.

Nuestros amigos compraron una casa en los suburbios, que la compañía de Helen se encargó de renovar. El negocio de mi mujer ya había crecido lo suficiente como para generarle prestigio y clientes adinerados. La renovación de casas y la decoración de interiores son mercados inextinguibles. Ya se sabe lo rápido que nos aburrimos de todo y cómo volvemos a gastar para volvernos a aburrir. Los psicólogos y los escritores de auto-ayuda lucran con el reciclaje del aburrimiento humano, Helen lucraba con una de las causas, que son legión: el ambiente casero.

Después de mudarse, nuestros amigos recordaron la crianza religiosa contra la cual se habían rebelado en su juventud, y regresaron como hijos pródigos al catolicismo. Era una iglesia cercana a su casa, con un nombre de santa, creo

que Ita, exótico y por ello encantador. Además, la proximidad es muy conveniente a la hora de asistir a misa y a la socialización dominicales, y para cumplir con el voluntariado del Día de Acción de Gracias, Navidad y eso. Querían que bautizáramos a Ray. Así que, de pronto, los cuatro volvimos a vincularnos, no al estilo de los viejos tiempos.

Helen y yo nunca habíamos abandonado la iglesia, estábamos en apariencia preparados para nuestro papel. Allí teníamos un buen amigo sacerdote, gran conocedor de Juan de la Cruz y de Teresa. Helen le transmitía su glamour a la congregación, después de las infrecuentes misas a las que asistíamos, y yo conversaba con Lorenzo, que era incansable en su afán de vincular a San Juan y Santa Teresa con las religiones orientales. Me repetía que nuestras mentes occidentales estaban muy mal preparadas para establecer eso que en términos estrictamente religiosos se denomina contacto directo con lo divino. Si no cambiábamos de manera de pensar, nos íbamos a quedar siendo semillas. Y hemos nacido para florecer, aseguraba.

Lorenzo era italiano y había servido por cinco años en la pequeña iglesia de los carmelitas, cerca de casa. Quizás la mitad italiana de mi personalidad se conectó con Lorenzo desde que escuché su homilía, me simpatizó su estilo sacerdotal poco común. En unos meses nuestra amistad creció alrededor del tema de los maestros de la iglesia católica y su conexión con otras religiones y filosofías. Jamás nos referíamos al dogma. Hablábamos de Italia, país que yo no conocía, o Lorenzo me contaba sus problemas.

Esta es mi iglesia, no te lo niego, pero qué estrecha me queda, me dijo una tarde con un desaliento que me sorprendió. No me contó los detalles del asunto. Me repitió que una iglesia que había contado con dos revolucionarios como Juan y Teresa, no debía retroceder e ignorar las realidades contemporáneas y contribuir a generar sufrimiento en la gente. Es inconcebible pensar que la iglesia genera sufrimiento, repitió. Y es una realidad. Lo ha sido desde su fundación. Sus convicciones volaban lejos del entramado de intereses y control. Cuando oficiaba misa y comentaba las escrituras, su énfasis era la búsqueda de la libertad a través de la comprensión de la realidad. Insistía en que viéramos,

observáramos, que nos colocáramos en una posición pasiva. El camino final del que desea conocer la totalidad, es la rendición. El camino de la acción desemboca en la rendición, ¿por qué no rendirnos ahora?, aseguraba en sus sermones oscuros. El yo fragmentado, gris y soñador tiene que rendirse para que emerja eso inmenso y real que somos. La comprensión es la mejor arma del ser humano, y comprender es rendirse.

Me imagino los problemas que Lorenzo debe haberse buscado dentro de su iglesia. Y me siguió asombrando cuando Helen perdió su segundo embarazo, con el que tratamos de salvar el matrimonio.

Mi amigo cura me habló en ese susurro con que acostumbraba a conversar con la gente, muy diferente de sus arrebatos en los sermones, donde pedía a gritos a la gente que no hiciera nada sino que vieran y entendieran la realidad. Me iba a decir algo que yo no podría repetir, tendría que usar mi creatividad de profesor para explicárselo a Helen. Luego de un preámbulo que me llenó de curiosidad, me aseguró que el embrión humano no tenía vida en sí, que le leyera el fragmento de la Biblia referido al nacimiento de un ser, en el instante en que toma el aliento y se convierte en un alma viviente. Le dije que mi mujer estaba convencida de que el feto se movía y estaba con vida, ¿cómo iba a persuadirla de lo contrario si era lo que cualquier madre en ciernes percibe? Es lo que repiten los maridos y la familia. No es el feto el que se mueve, me dijo, es la energía vital de la madre, ahí no hay alma, su vida es la vida de la madre, no está separado, no hay vida ni independencia. Por una razón natural su cuerpo ha rechazado ese embarazo, le ocurre a millones de mujeres en el mundo. Habla con ella. Que se separe del sufrimiento.

Miré a Lorenzo y le dije que era asombroso cómo todavía tenía capacidad para sorprenderme. Ah, se sonrió levantándose, me tengo que ir. Estaba claro que Lorenzo no conocía a mi mujer. Ni se me ocurrió intentar repetirle nada del tema. Helen no era una de esas millones de mujeres que hay en el mundo, quienes pasan por idénticos problemas. Ella era Helen Westerfield, diferente del resto.

No intenté nada, no me atreví. Me limité al rol habitual del marido que apoya a su mujer ante una tragedia semejante. Helen se apegó a su sufrimiento unas

semanas, como si se tratara de un objeto que hubiera roto o se le hubiera perdido, hasta que sus proyectos se lo sacaron de la cabeza. Lorenzo jamás volvió a hablar de ello. Ni yo. Ese era una de esas cuestiones «sensibles», como calificamos lo que no entendemos o no deseamos cuestionar, que se deja para los debates por televisión que cierran entre sonrisas. Salgamos de compra o llevemos a caminar al perro, y que siga el show.

Unas cuantas sesiones de preparación con el cura de Santa Ita acabaron por volvernos padrinos de Ray. Nos vimos apadrinando un muchacho que lo menos que deseaba era que una persona mayor interviniera en su vida. Era lo que reflejaban su expresión y sus gestos en las sesiones de preparación con el cura. Encuentros que sirvieron para conocernos mejor.

Después de la misa y la conversación con el sacerdote, almorzábamos en un centro comercial. Ese verano pasamos varios domingos en casa de Tracy y Larry. Nuestros hijos habían trabado amistad. Yo la pasaba mucho mejor con los dos muchachos, en el estudio de Ray, escuchando la última canción que había compuesto o hablando de un sinfín de cuestiones, desde literatura, arte y política, hasta pornografía y marxismo.

En la sala, mi mujer agarraba la batuta para disertar acerca de sus recientes conceptos de decoración y renovación de propiedades, sus proyectos en marcha y los que iba a emprender, las personalidades de sus clientes, sus viajes, sus amistades, sus gustos y disgustos referentes a las ropas de moda, sus nuevas posesiones en el negocio de bienes raíces y cómo le molestaba que nuestro jardinero no mejorara su inglés básico. Helen abandonaba el podio unos segundos para descansar de sí y permitir que descansáramos de ella, y Larry comenzaba su infinita consultoría de inversiones en la Bolsa. Afirmaba, se supone que bromeando, que le cobraría a Helen por los consejos. Tracy, por su lado, creo que ya estaba inmersa en una depresión crónica que la hacía hablar alto y reírse con estrépito. No sé cómo podía controlarse frente a las cámaras de televisión. En el trato personal ya se había vuelto desvariada como Helen. Los tres juntos, si no me sacaban de quicio, me aburrían hasta el infinito.

secuelas del amor

*aquella calma tan propicia para los
trabajos y disciplinas del espíritu,
se antoja uno de los efectos
más bellos del amor.*

Marguerite Yourcenar

Memorias de Adriano

Un piano cerrado, que jamás volverá a tocar la intérprete a que se ha acostumbrado, transmite el único silencio que puede volverse insoportable. No hay instrumento que haga un tributo así de triste a la partida de su músico.

Ha de ser, quizás, porque las cuerdas del piano vibran con una transitoriedad que nos recuerda la nuestra, y nos obligan a estar irremediamente presentes, como un decreto mórbido y angustioso que no podemos eludir. O tal vez porque Grace quedaba entretejida en los sonidos que emitían sus dedos, como una nota más. Ver a Grace tocando era ver la música, era un llamado a lo vital, a lo realmente vital que no retrasa ni esconde su paridad con lo mortal. Contemplar a Grace sentada al piano era apresurar el paso de la primavera, que todavía ni estaba en camino.

A los primeros acordes se acercaban unas ardillas al portal de Petite Plaisance y aparecían por sus alrededores preciosas liebres de patas blancas, pájaros comunes, carpinteros, ciervos, castores. Y en ocasiones, un deslumbrante zorro rojo, falcones y un águila de cabeza calva que no dejó de mirar hacia la casa. Hasta un enigmático búho y unos patos negros estuvieron entre los asiduos espectadores de Grace. Surgían, sin falta, con las primeras notas que alentaba en el teclado, como si las esperaran. Revoloteaban, caminaban o se posaban en el patio, el jardín y adentro de la pequeña terraza que tenemos a ese costado de la casa, donde está la habitación acondicionada para la música. Se aquietaban mirando hacia adentro, donde la pianista tocaba sin darle importancia a sus invitados, sin reconocerlos, creo que para contagiarse de su inocencia o para robársela.

Grace ya no me preguntaba si me molestaba la música. Al cabo de un rato, cansada, comenzaba a tocar una despedida melancólica, una de esas tonadas sureñas que rememoran el sudor en los campos de algodón, la nostalgia de una patria perdida o al Creador. Los espectadores comenzaban a replegarse con lentitud, se detenían a volver la cabeza y regresaban sin aceptar que los sonidos se hubieran disuelto. No pocas veces amanecieron en la terraza. Y no pocos sustos nos dieron cuando, recién mudadas a Petite Plaisance, veíamos una

sombra moverse afuera y creíamos ser espiadas. Y éramos espiadas, no había dudas.

Un piano cerrado, definitivamente callado para su intérprete, es una imagen demasiado negra, y me ha mostrado el único silencio odioso que puede concebirse. Un piano que no volverán a tocar las mismas manos, es un amante desgajado, el dolor silencioso de las cosas no es menos merecedor de alivio que el de los seres. Lo primero que haré después que termine el tormento de Grace, será venderlo, regalarlo. No voy a resistir su soledad, su silencio. No podré tenerlo, no quiero.

Hace un rato Dee Dee me aseguró que Grace no iba a salir del estado de inconsciencia en que ha caído, sino para morir, así que corrí a colocar junto a su oído la cajita de música, iniciando el ritual del adiós que le había prometido. El alma, al igual que los niños, sí sabe escuchar. Dee Dee, por ser enfermera y haber presenciado tantas muertes, sabe de eso. Me dijo que había notado cierto despertamiento de los signos vitales de Grace, luego que cerré la cajita y regresó el silencio a la habitación. Está comprobado que hay cierto avivamiento en las últimas horas de un moribundo, y Dee Dee insiste en responsabilizar a las notas de Haydn que hice sonar en los oídos de mi compañera. Sonreí, y bajé.

Vuelvo a la carta que me he pasado dos días contestando. Me atraso en responder la correspondencia, no siento deseos de escribir. Prefiero quedarme a solas y olvidar que en su habitación de los altos hay una mujer que ha estado sufriendo hasta donde nadie resiste, y que sigue adherida a la vida, es decir, a su sufrimiento. ¿Cómo puede una desear vivir en esas condiciones? ¿Qué fuerza es esa, interminable, que no cede a las evidencias, no acepta lo obvio? Creo que Grace está horrorizada de pensar en cómo va a ser sin ella la vida en Petite Plaisance. Yo también lo he pensado. Sin embargo, no hay nada peor que el sufrimiento sin resquicio, ¿no es ese el material en el que se sustenta la vida? ¿No es la felicidad un estanque claro donde el dolor viene a beber cada vez que le place?

Una reúne sus recuerdos hermosos, recurre a ellos como a esa corriente de agua límpida que corre por el riachuelo de Somesville, al frente de la que fue

nuestra cabaña, una cree poder apacentar la realidad con el sabor de los buenos tiempos, necesita respirar por unos segundos, una se pierde...

Es curioso cómo un hecho trivial puede alterar drásticamente el curso de dos vidas. Una noche de febrero en el bar del Wagram, mi hotel preferido de París, una extraña interrumpió la conversación que yo sostenía con un amigo.

Grace se levantó de la mesa contigua, pidió disculpas, se presentó y expuso su punto de vista sobre Coleridge con una rapidez pasmosa, convencida. No dijo que era graduada de literatura inglesa, ni hizo falta. De inmediato me pareció más interesante la personalidad de esta desconocida, que el tema que había provocado su acercamiento. En ese encuentro, además de su inmovible seguridad, su inteligencia y sensibilidad, me impresionó el grado de calidez que subyacía en sus gestos, en sus palabras, hasta en esa manera suya de disentir, como si dejara abierto un resquicio al interlocutor, y desde su disensión fuera posible entender el punto de vista del otro, acogerlo, permanecer vulnerable a él, dejar entrever que habría una próxima vez, y que para entonces habrían jalonado desde los dos un terreno común de comprensión.

Jamás había encontrado un ser cuyo ímpetu de pensamiento igualara tanto al de la aceptación. Y su manera de acoger a los demás, no era una formalidad. Tampoco era una actitud, algo adquirido. La mirada de Grace acogía a la vez que argumentaba porque no sabía rechazar nada por completo. Pese a mi furor intelectual de esa época, que a menudo me cegaba, pude distinguir la incomparable personalidad de esta mujer.

Grace había estado en Francia desde el mes de enero. Había venido a visitar la tumba de una prima que había fallecido en un convento. Su invitación a que visitara Estados Unidos, me hizo sonreír. ¿Qué iba a hacer una intelectual en ese joven país? ¿Cómo se le ocurría esa idea ridícula? ¿Acaso no le había dicho que era escritora? No tendría renombre todavía. Me conocían sólo unos cuantos críticos, artistas y autores. El reconocimiento vendría con los proyectos que iba a finiquitar, con los que iba a emprender. ¿Qué haría una escritora fuera

de Europa? Por momentos, la ingenuidad de Grace debilitaba la positiva impresión que me había causado.

Esa noche en que la conocí, la evocación posterior del hecho me hizo recordar a mi padre. La porosidad de esta mujer me recordaba la de Michael. Fue una conmoción entrever la posibilidad de que yo pudiera estar equivocada y Europa no fuera el centro del universo, de que una parte de mí permanecía cerrada y me estaba asfixiando, extinguiendo. El espacio incluyente que denotaba la mirada de Grace, me estaba mostrando mi asfixia interior, hasta una despreciable solemnidad que me seguía a dondequiera.

A la mañana siguiente me despertaron unos toques en la puerta de mi habitación. Grace me avisaba, con un camarero, que por nada del mundo fuera a perderme la vista de unos pájaros que volaban y se posaban hermozeando el invierno en las azoteas que rodeaban al hotel. Fui a buscarla, y acabamos contemplándolos a gusto desde una ventana del corredor.

En abril, Grace regresó de Inglaterra y partimos de viaje. Dejamos París sin plan ni explicaciones. Partimos como dos seres alados que previeran una caída o el colapso de sus espacios imaginables, posibles. Como si se nos hubiera ofrecido una última y corta oportunidad antes de ese colapso.

En Italia le mostré las cuatro imponentes basílicas de Roma y las no menos impresionantes iglesias de los barrios. Nos saturábamos de Tintoretto, Caravaggio, Bernini. Rafael, Sansovino. Decidimos omitir nombres y comentarios y admirar calladas aquel desbordamiento de belleza.

En la Iglesia de Jesús no nos aburríamos de presenciar el gigantesco mural del techo, desde donde caían en el infierno los pecadores, nosotras entre ellos. Los rostros fantasmales y horrorizados, las figuras convulsas, se desprendían de las alturas, por el centro y las columnas del templo, y oíamos sus gritos, sus súplicas o sus entregas voluntarias al suplicio. Hasta que nos sentimos atormentadas también, por una tortícolis que estuvo a punto de arruinaros la noche. Durante las tardes, entrábamos a escuchar el órgano y el coro en una de las iglesias de los vecindarios.

Nos fuimos al sur. Nápoles, Sorrento. Pasamos unos atardeceres inefables en la Marina Piccola de mi querida Capri. Y nos dirigimos a Milán, donde nos detuvimos unos días. Luego continuamos hacia Verona y Padua, camino de Venecia.

En Dorsoduro nos perdimos al anochecer de nuestra segunda jornada en Venecia. A un joven que nos observaba con curiosidad, le preguntamos cómo regresar caminando a la Plaza de San Marcos. No se vayan de este barrio sin ver la iglesia de San Nicolás, una de las más antiguas, nos recomendó con orgullo y nos señaló donde hallarla. A pesar de lo agotadas que estábamos, seguimos sus indicaciones. Era una pequeña y deslumbrante iglesia medieval que no sé cómo se me había escapado en mis viajes anteriores. Nos recibieron las notas de un órgano confiado a los dedos vigorosos de un Antinoo veneciano cuya digitación era desconcertante. No era de esperarse semejante comunión de belleza en un barrio de Venecia que apenas acabábamos de explorar.

Recorrimos la iglesia sujetas a los acordes barrocos que resonaban desde los altos, a paso muy lento, casi imperceptible, pues intuíamos que estábamos viviendo una experiencia inédita. Nos sentíamos unas intrusas, una entrometidas e invasoras que en pago habían sido invadidas. No queríamos perder una sola nota, ni un rincón, del sitio extraordinario, trasmutado en una suerte de metáfora de reencuentro con esa parte de nosotras, oculta y silenciada, que por alguna razón extraña y odiosa olvidábamos.

Presenciamos una misa preciosa, comparable a los rituales ruso-ortodoxos de mi niñez, que Michel me enseñó a interpretar y a amar. Saludamos al párroco y esperamos a que bajara el joven organista, estudiante del seminario, para congratularlo por su interpretación. Tenía unos veinte años, hablaba un inglés perfecto y conocía las desventuras, las muertes y los renacimientos de los templos de la ciudad. Grace y yo intercambiamos la mirada cómplice con la que a partir de esa tarde íbamos a reconocer la llegada de un ser significativo para ambas. En la iglesia de San Nicolás de Dorsoduro nació esa complicidad. Invitamos al seminarista a un pequeño café cercano.

Después de casi dos horas de haber disfrutado de la compañía del joven —que poseía una cultura aplastante, una sonrisa y una simplicidad pegajosas—, el vino y la confianza acabaron por soltar la lengua de Grace. Nos costaba creer que el muchacho, cuya belleza evocaba el perfil de Antinoo, hubiera renunciado a lo que la vida podría haberle deparado. ¿Qué podía haberlo impulsado a renunciar a vivir, si es que de veras lo había hecho? Nadie renunciaba sin recibir, la naturaleza humana no funciona así ni para las cosas sagradas. Nuestra curiosidad saltaba a la vista, él no daba muestras de inquietud ni de fastidio.

Grace, que no profesaba ninguna religión, y yo que había hallado en el ritual un sosiego tremendo, estábamos seguras de que no se renuncia a la vida sino luego de una gran crisis y de una gran guerra interior. Y, lo supe con posterioridad, tampoco se renuncia sin haber descubierto un destello desconocido y con un sabor totalmente distinto al de las emociones acostumbradas. Quizás el profundo sosiego que me dejaba el ritual, se convertía en una sustancia penetrante, indecible. De lo que estábamos seguras era de que el ser humano sólo da cuando sabe que va a recibir. ¿Qué esperaba recibir este Antinoo veneciano a cambio de su renuncia? ¿Sería auténtica? Parecía que sí. ¿Y qué había vislumbrado? ¿O qué había recibido ya?

Grace le preguntó a boca de jarro si su juventud no extrañaba la vida. El joven se sonrió, aseguraría que reprimió la risa. No, respondió, no extraño nada en lo absoluto. ¿Qué podía extrañar? ¿Una novia, casarme y en seguida buscar una amante o varias? ¿O saltar de una relación a la próxima, con la esperanza de que va a ser la definitiva? ¿Tener hijos que van a pasar por una confusión que no se explica nunca? No, no extraño nada en lo absoluto.

¿Y los deseos?, insistió Grace, en tono impertinente, sin percatarse o sin querer percatarse de que me molestaba que lo acorralara. ¿Qué se hace con los deseos?, repitió Grace ignorando mi desazón, mi mirada suplicante para que cambiara de tema. Nuestro Antinoo permaneció seguro, relajado. Agarró su copa todavía con remanentes del vino casero que habíamos celebrado, la vació de un tirón e hizo un reiterado gesto de aprobación con la cabeza. Se secó los

labios con la servilleta y habló: Con los deseos no puede hacerse nada, Grace. No nos damos cuenta de que no hacemos nada, nadie hace nada, la vida ocurre del único modo posible en que puede ocurrir. Es mecánica y estamos atrapados en ella. Los deseos se repiten y nunca se satisfacen. Sólo podemos tratar de ver, de descubrir que es así. Eso sí lo podemos hacer, ver que no podemos hacer nada. Después que lo descubramos, quizás estemos capacitados para hacer. De lo contrario, estamos dormidos.

Decirle a una mujer como Grace que los seres humanos no podíamos hacer nada, era, peor que un insulto, un golpe bajo. Mi nueva amiga se echó hacia atrás, tosió y no pronunció una palabra. Su delicadeza había ganado esta corta batalla en contra de su reacción. Ya había empezado a conocerla. Corté el silencio recordándoles la hora. Nos despedimos del músico, pensador y practicante, le prometimos regresar a saludarlo en una próxima visita a Venecia. En el vaporeto, de vuelta al hotel donde nos hospedábamos detrás de la plaza de San Marcos, Grace no hizo ningún comentario. Se limitó a contemplar los palacios que daban hacia el Gran Canal y a proponerme que visitáramos por la mañana la isleta que veíamos al frente, donde se alzaba la iglesia de San Giorgio Maggiore.

De Venecia nos dirigimos a Grecia, que para mí era retornar a casa. En Atenas alquilamos una habitación a unos pasos de la Roca Sagrada. Esa primera jornada ateniense de paseo, al bajar a la calle vimos, a través de una puerta entornada, un gallo encima de una butaca, en lo que debía ser la sala de una casa humilde. Supusimos que sería la mascota de un niño.

Pasamos el día entre el Partenón y las cariátides, admirando la vista de Atenas y de las colinas que la rodean. Bajamos al Ágora. Ambas sentíamos una armonía y una paz raras, muy hermosas, nos parecía estar hasta protegidas, nunca supimos decir de qué o por quién. Mis amigos griegos enseguida se sintieron a gusto con la americana impresionada por Atenas. Y eso que todavía no la había llevado a las islas. Grace no era sólo la compañera ideal de viaje, sino también un ser capaz de ponerse en segundo y hasta en último término con una

naturalidad exquisita. Y no por educación, es que era así, una oyente excelente, no le gustaba llamar la atención ni convertirse en centro de una conversación.

Al regresar esa tarde a nuestra habitación, al entrar, volvimos a contemplar al gallo pacífico subido en la butaca, y vimos las manos de un anciano o anciana, muy viejas, con esa piel que es como papiro transparente que podría desmenuzarse en polvo en un instante dado. A través de la puerta entornada vimos unos segundos esas manos solas y extendidas hacia el gallo, que picoteaba en ellas residuos de maíz y de arroz. Nunca pudimos descubrir el rostro del solitario o solitaria que habitaba con su gallo, la puerta nunca se abrió lo suficiente, la soledad no se desabrigó ni un segundo para permitirnos una ojeada intrusa. Y nunca pudimos darle los buenos días al compañero o compañera del gallo apacible, como deseábamos, nunca vimos a nadie asomarse a la puerta, sino solamente las manos de papiro transparente y al gallo que picaba en ellas con suavidad, despacio. El animal daba la impresión de no querer desairar el gesto que lo alimentaba, y devolver con un picotazo suave el significado que buscaban las manos extendidas hacia él, con expectante paciencia bajo su pico. Por mucho que intentamos descubrir al anciano o anciana los días que fuimos vecinos en Atenas, nunca pudimos. Y fue el saludo que peor nos respondieron en nuestros viajes, porque era el que más deseábamos dar. Nos apropiamos, como quien roba un cuadro en una iglesia romana, de esa imagen preciosa de un gallo que cuestionaba la soledad de la vejez, y creo, todas las soledades.

Partimos desde el puerto del Pireo hacia las islas, que me dejaban sin hálito, como si siempre fuera mi primera visita. Grace me aseguró durante la travesía, que íbamos a acabar viviendo en una isla, que jamás iba a aspirar a menos que eso. Una isla americana nunca sería como una griega, claro. Las islas griegas, me susurró al final de la tarde que pasamos en Delos, han sido creadas para fundir el sentimiento de adoración que nuestra ignorancia ha fragmentado, ha debilitado. ¿Sí? Sí, en la adoración que inspira la belleza de estas islas, está implícita la adoración que deberíamos sentir por ese misterio que disminuimos con tantos nombres, que empañamos con tanta confusión y daño.

Tomadas de la mano habíamos corrido hacia las ruinas del templo de Isis, cuya vista pronunciaba la colina donde había sido construido. Sobre las ruinas del templo de adoración al amor conyugal, aún con la respiración agitada y sudadas, nos juramos amor sin fin con un abrazo. Contemplamos en silencio el paisaje lleno de mar, saturado de unos azules irrepetibles, a ratos interrumpidos con justificación por las colinas de las islas cercanas.

Y me doy cuenta, ahora, luego de infinitos años de felicidad y dolor, que el encanto de Delos, el cielo despejado de la tarde, habían sido capaces de poner en boca de mi amiga, por única vez que yo recuerde, la palabra misterio.

En octubre del año treinta y nueve, a un mes de la declaración de guerra, muchos en París éramos incapaces de prever la devastación que se nos encimaba. En sus cartas Grace me insistía en que regresara a Estados Unidos, que me decidiera a radicarme allá. Aunque era un país donde no se me habría ocurrido residir, pensaba en los proyectos que deseaba finalizar, en los que deseaba emprender. Para escribir, la incertidumbre que reinaba en Europa era lo menos aconsejable. Decidí probar fortuna.

Alquilamos un apartamento en Riverside Drive, en Nueva York, con una vista del río Hudson. Empecé a enseñar francés en el Barnard College, un colegio para jóvenes de clase media y alta, considerado liberal. Al cabo de unas semanas de trabajo me empecé a preguntar qué hubiera sido de mí en un colegio conservador de Estados Unidos. Una profesora francesa, soltera, cercana a los cuarenta, despertó una curiosidad mal disimulada entre los alumnos. Pronto aprendí a hacer a un lado las expresiones inquisitivas de los jóvenes, junto con el asombro que me causaba comprobar el reducido conocimiento que tenían de su cultura. Ya Grace me lo había advertido. En su país existían los medios para que el que quisiera aprender e investigar lo hiciera con un rigor y una calidad máximos. Pero me horrorizaba pensar que la cultura norteamericana acabara por imponer su homogeneidad de intereses pequeño burgueses, convertidos en la meca de la realización humana, allende a los mares. Para este joven país la

vida se reducía a una búsqueda infinita de gozos. Y ya se sabe que los gozos nunca vienen solos, y sobre todo, que exigen interminables gozos.

Si la conspiración entre los grandes intereses y las necesidades del hombre natural se cristalizaba como modelo en el planeta, la devastación psicológica del ser humano sería comparable a la de los recursos de la naturaleza. La imitación, la masificación de las actitudes, la mecanización en todos los órdenes de la vida aniquilarían la individualidad, el placer de aprender y experimentar, la relación inmediata, en consecuencia la íntima, y la espontaneidad, la aceptación y el ser simplemente como uno es, sin responder a los requerimientos de nadie, sin estar obligado a vender una imagen social ni personal. Moriría ese gozo no inducido desde el exterior sino experimentado como estado del ser, que nace de una vida sin condicionamientos y que es el maná cotidiano de los niños, o con el menor condicionamiento posible en este planeta que la historia humana ha estructurado para condicionar, es decir, aprisionar y destruir. Toda la riqueza implícita en ese movimiento extraordinario que constituye la vida, se ceñiría a unos gozos repetitivos, mecánicos y aniquiladores.

Me aterraba pensar que esa estructura psicológica de continuo rechazo al dolor y perpetua búsqueda de gozo, llegara a expandirse por los cuatro puntos cardinales con el nombre de libertad, de desarrollo, y que la sabiduría de culturas milenarias quedara sumergida por una interminable avalancha de lo mismo con máscaras nuevas. El conocimiento acumulado por espacio de siglos en beneficio de la humanidad, sería desechado, si esas máscaras se convirtieran en rostros, si el ego embrutecedor y cínico termina cristalizándose en masa y gana la batalla.

Los ideólogos del consumo proclaman que progresar es humano, con lo cual falsean el sentido del progreso y el destino del humano. Aseguran que la ciencia está supeditada primordialmente a generar placer, comodidad sin fin. Y que, claro, también crea tratamientos y medicinas para quienes puedan pagarlos. Esto, al igual que los viajes espaciales de los cuales estamos orgullosos, son en verdad subproductos útiles para mercadear como ejemplos del bienestar

humano alcanzado, que carece de fronteras, lo había probado con creces la sociedad norteamericana.

El «progreso humano», es de hecho incuestionable. Aunque nadie pregunta por qué el progreso, si es humano, no actúa en la humanidad, y por qué, si es progreso, genera atraso, o sea, ignorancia, barbarie. Los seres humanos acabaremos perdiendo hasta el menor contacto con una realidad que no se comporta así de «progresiva». Seremos siempre unos seres inmaduros que se ofuscan y deprimen cuando la realidad no se amolda a sus deseos. Nunca seremos libres. La vida va a ser muy poco interesante para las generaciones venideras, si esa estructura psicológica se cristaliza en las culturas. Pero como dijo el Antinoo veneciano, no podemos hacer nada. Nuestra nidad, que es real y el punto de partida obligado, es demasiado repulsiva para la mayoría.

Mis alumnos adoraban el progreso con la pasión que odiaban el comunismo. Su odio estaba, por supuesto, lleno de miedo, y sus argumentos eran endebles, ridículos y evidencia de la peor ignorancia. Odiaban que el estado se entrometiera en sus vidas, que definiera la forma en que debían pensar y vivir. Para ellos el estado tenía una connotación policial, era el oponente del progreso que siempre era individual. Mis alumnos no veían su condicionamiento, su verdadera prisión. No veían al policía, al estado que se les había colado dentro con los nombres de las marcas famosas, del estilo de vida que prescribían los medios de comunicación, de la imitación, de los gustos y disgustos ajenos. Eran carceleros y cautivos. Cautivos a gusto. Felices y orgullosos de su prisión.

Les enseñaba francés a mis estudiantes y aprendía de ellos. No cesaba de imaginarme, si el Barnard College era una institución liberal, cómo hubiera sido mi experiencia docente en un colegio conservador de norteamericano.

Nuestro primer verano en la cabaña de Somesville, en Mount Desert, fue, quizás, un poco menos mágico que el viaje a Grecia. Mi mundo con Grace se ensanchaba desde esta isla, amén de la seguridad que me había proporcionado para dedicarme a escribir. Jamás un ser confió en mi talento con tanta fe, con tanta ceguera, jamás nadie se había entregado a mí con esa carencia total de

fisuras. Me aseguraba que la habían deslumbrado mi obra, mis proyectos, mis ambiciones. Yo le repetía que ella, por el contrario, me deslumbraba continuamente y de una forma nueva, como si lo que descubriera fuera la punta de un iceberg infinito de calidez y humanidad.

La cabaña estaba situada a unos metros de la carretera, frente a la bifurcación de un riachuelo protegido por árboles, flores silvestres, juncos. El agua bajaba por el costado del pequeño camposanto de la localidad, donde un día elegimos y compramos un espacio de tierra para enterrar nuestras cenizas. La corriente fría del riachuelo no evitó que nos hundiéramos en ella varios mediodías de agosto. Visitábamos el parque Acadia, el Monte Cadillac, las playas. Los veranos en Somesville se nos volvieron irremplazables.

La herencia que una tía de Grace, recién fallecida, le había dejado, nos permitió comprar una casa en Mount Desert. Durante el verano de 1950, Grace aprovechó sus incansables cabalgatas por la isla, y hasta sus salidas en bicicleta, para buscar una casa en venta al alcance de nuestro presupuesto. Y al alcance de la oficina de correos. No íbamos a tener carro ni televisión. Una oficina postal cercana sí era una condición ineludible para la comunicación, un sucedáneo del teléfono. Ya había acabado Memorias de Adriano, que pronto saldría publicada. Tendría que viajar a Europa a promover el libro. No lo decía y no era necesario, pero Grace estaba agitada, ansiosa e incluso irritable. En ocasiones pensé que era la ansiedad por hallar una casa que nos conviniera. Pronto me convencí de que Grace no aceptaba ni la posibilidad de ese viaje. Creo que temía a mi reencuentro con Europa. Opté por darle tiempo para que entendiera la necesidad de volver, como al final ocurrió.

Con esa energía suya tan contagiante, aparecía cada tarde con una noticia diferente. No quería que fuera a ver ninguna de las casas que había considerado, hasta que hubiera hecho una selección. Voy a encontrar la casa ideal antes del viaje, parecía decirme, como si fuera perentorio que estableciéramos raíces antes de mi partida. Al fin, un domingo, cabalgamos hasta la que sería Petite Plaisance. Estaba enclavada en un terreno amplio, sin acceso al mar, aunque podía olerse, sentirse. Tenía habitaciones cómodas y

acogedoras, y estaba apartada del pueblo, lo cual acentuó en Francia mi fama de recluida. Cuatro dormitorios en el segundo piso, en la planta baja suficiente espacio para libros, amigos, una habitación para la música. Para trabajar, una habitación con baño. La cocina, cómoda. Tendríamos un patio y un jardín grandes que sembraríamos de helechos y de flores en la primavera. Era un encanto.

Como la casa necesitaba urgentes reparaciones generales, Grace contrató a un arréglalo-todo, Dick, que resultó ser un personaje. Cantaba himnos religiosos y maldecía a continuación con una fluidez extraordinaria. Como era un arréglalo-todo, podía escucharlo temprano en la mañana martillando en el techo o los pasamanos de la escalera de entrada. De súbito, interrumpía su himno religioso para maldecir a voz en cuello el serrucho que estaba mellado, el clavo que se había desviado de ruta o una magulladura que se había causado en un dedo. Decía dos o tres palabras soeces y continuaba su himno en el punto exacto donde lo había abandonado. Era increíble que se acordara de la palabra que el accidente había interrumpido. Uno de los días que nos instaló las conexiones nuevas de electricidad en los dormitorios, me extrañó no escuchar sus loas a Jesucristo, ni ninguna exclamación maldiciente en contra de la madera o de sus instrumentos de trabajo. Grace había ido al correo. Seguí trabajando. Agucé el oído, y lo escuché llorando. Subí de inmediato. El hombre me vio y me abrazó. Le pregunté qué le había pasado, y con esfuerzo logró responderme que su gato había amanecido muerto. El corazón lo mató, me decía, paraba de llorar y maldecía. Su corazón lo mató. Volvía a echarse a llorar como un chiquillo. Lo conminé a sentarse en una butaca, le dije que no siguiera trabajando y que iba a la cocina a prepararle una taza de té.

Luego se apareció con una cesta de frutas y vegetales de su patio. Grace quería informarle que no iba a seguir trabajando en Petite Plaisance, no podía reconocer cómo nos molestaban sus maldiciones y sus himnos. Estaba tan solo, que no se daba cuenta de nada. Tuve que refrenar a Grace, asegurarle que no me importaban las palabrotas seguidas de alabanzas a Jesús del arréglalo-todo. Discutimos a causa del hombre.

Estaba dedicada a escribir. Podía hacerlo sin preocupaciones por primera vez en mi vida, escribía siete, diez horas al día. La gente del pueblo me veía poco en esa época. Grace, por su parte, enseguida se incorporó a la comunidad. Hacía de voluntaria en la iglesia que estaba a unos pasos, traía a los niños a jugar a nuestro patio, colocaba en las puertas de los vecinos, de madrugada, cestas con el pan fresco que cocíamos. No bien había terminado de trabajar en las cuartillas de traducción que se había propuesto, se concentraba en las tareas de la casa, y además le sobraban energías para dar lecciones de civildad a diestra y siniestra.

A nuestro vecino del fondo, el esposo de Dee Dee, no se cansaba de repetirle las funestas consecuencias de la caza y la pesca; y estaba convencida de que su perro era tan ladrador porque el hombre, un médico, practicaba la vivisección. Nunca se le quitó esa idea de la cabeza. En la tienda que vendía enseres para cazar y pescar, había discutido con residentes ricos que venían a practicar esos deportes en el otoño.

Una de esas memorables discusiones tuvo lugar una tarde de compras, en la cual tomó unas copas extras del ponche de huevos que se vendía para celebrar Halloween. Cada copa que Grace se empinaba, la incitaba a protestar en contra de la caza, la pesca y las demás actividades depredadoras que realizamos los seres humanos. Se acomodó en la silla, detallando los abusos que cometíamos con cada reino de la naturaleza. Dos de los vacacionistas en la isla estaban de compras en el mostrador del pequeño departamento de municiones y armas. Grace alzó la voz y dijo que iba a recoger firmas para escribir al senado estatal, para que prohibieran la temporada de caza, que estábamos destruyendo nuestro hábitat por ese aburrimiento que teníamos y al que no le sabíamos dar una solución inteligente. Voy a visitar las casas de la isla los fines de semana, voy a recoger las firmas necesarias, que no haya dudas. Los dos hombres se miraron, recogieron las municiones que habían acabado de comprar y se largaron. Grace les gritó insultos.

El dueño de la tienda vino a quejarse. Temía que mi amiga alejara a sus clientes cazadores. Me senté a conversar con ella, no quiso entrar en razones. Me decía

que allí, en la tienda, era donde tenía que exponerse el asunto, que si el dueño quería, la acusara, que seguiría yendo allí cada otoño a aconsejarles a los ricos que buscaran otros entretenimientos para sus vidas monótonas. En este tema, Grace nunca cedió espacio para el contrario. No dejaba de asombrarme esa intransigencia en la mujer que creía conocer, no dejaba de enorgullecerme tampoco.

Grace acabó por echar al arréglalo-todo cuando terminó las instalaciones eléctricas de los dormitorios. Ese hombre no dejó de pasar por Petite Plaisance los veranos, para traernos frutas y vegetales que cosechaba en su patio. Nos preguntaba qué necesitábamos, que lo hacía sin remuneración. No es por dinero, repetía. Unos tres veranos después no apareció y preguntamos por él. Había amanecido muerto. Estaba enfermo del corazón, como su querido gato, y no lo sabía. Como vivía solo, porque había perdido a su mujer hacía años, su muerte pasó inadvertida varias semanas. Uno de sus vecinos fue a averiguar si pasaba algo y descubrió su cuerpo en el patio de la casa, junto a la pequeña tumba de su gato. Por unas semanas no le perdoné a Grace haberlo echado de casa.

Como sucede en períodos de crisis extrema, los acontecimientos que la causan se multiplican y combinan, y conforman un juego en el que la broma cósmica se convierte en mueca y no parece existir respuesta. La desesperación es la respuesta.

Al agotamiento, al desgaste absoluto que me provocaba asistir al fin infinito de mi compañera de cuatro décadas, se adicionaba mi éxito literario y una posibilidad nunca pedida para ocupar una silla en la Academia. ¿Cómo conciliar el pecho deforme de Grace, incinerado por las radiaciones, su dolor incesante, con la demanda de entrevistas, de preguntas capciosas y miradas que intentan penetrar más en el mundo de la mujer que en el de la escritora? La actitud de Grace, esos meses finales de su vida, confirmó la sin par interioridad de la persona que había tenido por compañera, el estado de gracia en el que yo había

vivido y del cual no había sido consciente, o no había estado atenta, buena parte del tiempo.

En una visita que nos hizo nuestra vecina Dee Dee, al ver lo difícil que se estaba volviendo la atención a la enferma, se ofreció para ayudar a Ruth, la enfermera de cabecera que habíamos contratado. La relación entre mi compañera y Dee Dee jamás había sido ni regular, por lo que le agradecí, si todavía eso era posible, su gesto de ayudarnos. Dee Dee había olvidado las acusaciones que le había hecho a su marido. Grace no. Al escuchar que Dee Dee la saludó y la llamó señorita Frick, le aclaró muy resueltamente que en su fe de bautizo el nombre que aparecía era Grace. Dee Dee, mirándome con una sonrisa contenida, le pidió disculpas y reformuló el saludo. La vivisección sigue siendo un acto atroz, el peor que pueda concebirse, dijo Grace en voz alta, ¿o acaso estoy equivocada? No estás equivocada, dije. Es verdad, afirmó Dee Dee y salió del cuarto a escuchar las recomendaciones de Ruth que ya se marchaba. Grace se insultó. Dice que es verdad, gritó, y no hace nada por evitarlo, que le advierta a su marido que voy a ir a denunciarlo. ¡Que se lo advierta! Corrí a pedirle disculpas a nuestra vecina, quien me detuvo con un gesto y una sonrisa amorosos.

Regresé junto a Grace, que había vuelto a caer en el sopor de la droga. Cuando, en intermitencias, mencionaba mi nombre y buscaba mi mano en los costados de la cama, moviendo lentamente su cabeza, con esa cálida mirada suya que abarcaba y acogía, latente a pesar de las drogas, entre una total inconsciencia y la siguiente, la voz de Grace sonaba distante pero todavía firme. Sonreía al contacto de mis dedos, o se le escapaba un quejido que no había logrado evitar. Estás demacrada, susurraba, ¿has desayunado? Sí, y comí hace bastante ya porque son las once de la noche. Sonreímos. Grace seguía mirando, abarcando, acogiendo. Buscaba a Dee Dee para agradecerle por ayudarnos a atenderla, sin recordar que un rato atrás había acusado a su marido, o me preguntaba por nuestra Zoé que la escuchaba echada en el piso. Entonces regresaba el quejido, o era uno diferente, demasiado pronunciado e insoportable para mis oídos, y volvía a caer en la inconsciencia. Mi compañera había asumido su enfermedad

con toda la fuerza que su naturaleza le permitía. Subía sola la escalera que conecta las plantas de nuestra casa, los escalones que la conducían del portal al jardín para respirar aire abierto; aprovechaba un resquicio en su dolor para moverse, hablar y hacer un chiste, y sumar a su mirada acogedora remanentes de esa picardía sureña, soleada, que había bendecido mi vida y drenado un poco del dolor con el que convivíamos en Petite Plaisance. Con esa expresión tan efímera, Grace se decía y nos decía que había vencido, que todavía estaba a cargo de su hogar, de atender el teléfono, de encargar los alimentos. Su victoria era pírrica, quién iba a saberlo mejor que ella, aunque daba la impresión de ser real y permanente. Conocer a Grace era dudar de su partida. Como había dicho uno de sus primeros médicos: Grace puede morir en una semana o en diez años, es muy probable que suceda esto último. Su determinación de vivir sobrepasaba el deterioro generalizado que le ocasionaba el cáncer linfático.

Había ido hasta Buffalo, manejando sola porque me negué a seguirla en esa locura, a probar un tratamiento experimental en una clínica, de donde regresó desesperada y agotada, como sabíamos que iba a suceder. Nunca me ha abandonado la imagen de una mujer endeble que sale del portal bajo una nevada espantosa, temblando, y abre la puerta del auto alquilado, se acomoda en el timón y se marcha sin un gesto de despedida, sin una mirada, con odio, por la desesperanza que representaba mi actitud de no acompañarla. En la discusión que habíamos sostenido a causa de ese viaje, su mirada me catalogaba de estúpida, como si yo no supiera que su esfuerzo estaba provocado por su incapacidad de dejarme sola, no por el egoísmo de continuar viva. No me abandonará jamás la imagen de esa noche horrible, de un auto que se pierde entre la nieve, manejado por una mujer que no aceptaba la derrota de la enfermedad y la muerte.

Una noche de noviembre, dejé a Grace dormida y bajé a responder las cartas pendientes que se amontonaban en mi escritorio. Sabíamos que Grace iba a partir en cualquier momento. En verdad hubiera podido partir en cualquier momento de los últimos nueve años. No obstante, había elegido estar viva, echar el sufrimiento en sus hombros, como si fuera uno de esos abrigos

horrorosos e ineludibles con los que hay que lidiar en invierno. Sólo que el invierno de Grace ya había perdido su antípoda.

Seguí contestando la correspondencia. Sentí a Dee Dee en la cocina, preparando la dosis de metadona para Grace antes de marcharse. La oí subir. Me sentía disociada. Al rato, escuché unos pasos que bajaban la escalera. Por un instante pensé que por un milagro Grace había podido volver a bajar del segundo piso y caminaba por la casa de nuevo con sus pasos que pretendían ser apurados. Sentí que Grace iba a volver a asomarse en la puerta para contemplarme en silencio, hasta que yo empujara unos milímetros la máquina de escribir, invitándola a sentarse en su acostumbrado puesto frente a mí. Esta vez empujé la máquina, quizás con demasiada vehemencia, y miré hacia la puerta. No era Grace, era Dee Dee. Y no se había detenido en la puerta sino que estaba junto a mi escritorio. Sus ojos estaban húmedos y aliviados.

Subimos al cuarto de Grace con las manos tomadas, sin hablar. Una vez allí, Dee Dee agarró el pequeño espejo que habíamos optado por dejar en la mesa de noche y volvió a acercarlo a los labios de Grace, como había tenido que hacer una docena de veces. ¿Ya?, susurré. Sí. ¿Seguro? Sí, ahora sí.

Corrí los pocos pies que me separaban de la ventana del cuarto, la abrí y me quedé mirando hacia fuera unos segundos. Cerré la ventana y me acerqué a abrazar a Dee Dee. Le expliqué que había sido un corto rito de despedida al alma que regresaba a su verdadera patria. En mi mirada, mejor que en mis palabras, Dee Dee entendió que tuviera ese gesto conmigo si le tocaba acompañarme en esa hora. Estoy convencida de que lo va a hacer.

Esos segundos en que estuve junto a la ventana del cuarto de Grace, abierta de par en par, recobré el regocijo que sentía en nuestros viajes y una paz igual de aplastante que los inviernos de esta región. Durante esos segundos no sentí frío, no entró aire helado en el cuarto ni noté que estuviera nevando. Como si la calidez de Grace hubiera fundido, camino de su liberación definitiva y con un instante de cielo despejado, los copos que cubrían los árboles de Mount Desert, el frío ártico de noviembre y su pesarosa cosecha de nieve en los caminos.

laura Chang

*ninguna comparación es posible
en ese estado sin causas ni relaciones.*

Sosan

Sigo tecleando en la computadora unas cuantas ideas relacionadas con el proyecto que había propiciado mi reencuentro con París. Ya había hecho un intento por dejar a un lado la investigación literaria, para centrarme en el aspecto psicológico, espiritual, de Marguerite Yourcenar, a sabiendas de que un trabajo de ese corte carecería de interés por su «falta de rigor académico». Esta frase es, en una gran mayoría de los casos, una etiqueta que colocamos los investigadores a lo que nos perturba o complica los horarios.

De hecho, inicié un proyecto con el que deseaba mostrar las similitudes y diferencias de Michael Tournier y la Yourcenar en lo referente al tratamiento de los mitos. Había material suficiente. Tournier menospreciaba la historia, ella la acogía, él trabajaba los mitos, la Yourcenar encarnaba en sus personajes los arquetipos de los mitos, su posible práctica humana. Además, me había enterado de que Tournier era editor de Plon por los años sesenta. Empecé a preguntarme cuál había sido su influencia en la publicación de las obras de la autora. ¿Qué postura había tomado en los problemas que enfrentaron la editorial y la Yourcenar? Intuía puntos de contacto, pero me faltó interés para llevar adelante la investigación. Ahora mis circunstancias eran distintas: había profundizado mi conocimiento de las filosofías orientales, tenía mayor madurez psicológica —no necesariamente debido a la edad— y me sentía preparado para desarrollar el proyecto sin la incorporación de Tournier.

Me proponía demostrar que la Yourcenar había pasado por esas fases de destrucción del ego que había descrito en su personaje Zenón. Quería mostrar paso a paso la correlación entre su obra y su vida, particularmente durante la creación de *Opus Nigrum*. Estaba en igual situación que la de sus biógrafos, imposibilitado de consultar sus documentos íntimos sellados hasta el 2037, con la diferencia de que no me interesaba escribir una biografía. Mi objetivo era probar cómo esta mujer había usado la vida, sus experiencias, su sufrimiento, para ampliar su consciencia. Deseaba probar cómo en varias etapas críticas de su vida, se había movido, por encima de la racionalización de los conflictos, hacia su digestión psicológica. Quería saber qué grado de disolución de esa entidad nombrada Yourcenar, había alcanzado esta mujer, hasta qué punto

había despertado, muerto y renacido para sí en términos psicológicos. Si había llegado a experimentar ese estado en que el ego —el famoso Oponente que menciona la Cábala— no ejerce el poder absoluto en el humano. Si había logrado encontrar esas fuerzas que permiten invertir el proceso, es decir, si la vida había dejado de influir en ella y algo desconocido había llegado a influir en su —y la— vida. Quería saber si se había vestido de espacio, como los ermitaños que había contemplado en la India junto a Jerry. ¿Qué significaba vestirse de espacio, en términos psicológicos? ¿Se podía establecer el límite entre lo objetivo y lo subjetivo, en una experiencia de disolución de sí? Si el experimentador no es permanente, como la vida, porque son idénticos, no es localizable y desde esa perspectiva no existe, ¿cómo iba a disolverse? ¿Podría un profesor de literatura, conocedor de las filosofías orientales y en menor grado de física cuántica, descubrir y ahondar en esa experiencia ajena, si es que en definitiva esta mujer la alcanzó? ¿Lograría mi trabajo credibilidad en un mundo fragmentado por campos de investigación falsamente antagónicos, en un medio académico dominado por la neurosis, la moda y los intereses comerciales? Entre ideas alquímicas y quiméricas, dudas y silencios, mis recuerdos personales reaparecían, insertados y sin aparente relación con al proyecto que había acometido.

El viaje a París no había querido darlo solo, ya lo estaba la mayor parte del tiempo. Había invitado a Larry, quien se había separado de Tracy. Aunque sé que es un adicto al trabajo, pensé que él y su joven mujer me acompañarían por una semana o algo así. Les expliqué que estaba en un año sabático y que planeaba permanecer un tiempo en Francia. Sarah es manager de una tienda, lo cual casi justifica no conocer ningún sitio fuera del país y quizás ni siquiera eso, pero se mostró interesada por escapar de la rutina.

Les avisé con meses de antelación para que prepararan el viaje. Harry puso docenas de excusas desde el principio. Sarah no insistió. Me di cuenta de que lo menos que deseaban era escapar de la rutina. ¿O era que ella constituía el escape? Es posible, porque la rutina de Larry, en la Bolsa, no es aburrida en lo absoluto. El sube y baja de las acciones, el comprar antes de que suban y el

vender antes de que bajen, inundan de emociones fuertes su carrera por el dinero. Emociones encontradas, cabría decir, porque las acciones pueden subir cuando se cree que bajarán y viceversa. Pasar de la exaltación a la depresión es, en realidad, lo que mejor sabemos hacer los seres humanos, como si fuera nuestro verdadero destino. Mi experiencia era vasta en el asunto.

Helen se deprimía por cuestiones tan trascendentes como la inaceptable tonalidad que adquiriría, la noche de su estreno, el vestido de tres cifras que había comprado. Era más comprensible la depresión de Larry, cuando la Bolsa no respondía a sus expectativas o las destruía por completo. Había una emoción para cada resultado de la Bolsa, lo cual convertía a mi amigo en co-dependiente bursátil, una marioneta movida por los extremos altibajos de su trabajo. Como al fin y al cabo hacía dinero, una emoción positiva obliteraba una negativa, la exaltación sublimaba por un tiempo la depresión. Hasta que el vicioso y mecánico ciclo volvía a repetirse. No creo que Larry se acordara de los tiempos en que viajó a la India e iba a retiros espirituales en California e Inglaterra. Después de todo, ¿qué dividendos le habían rendido?

Ray era una historia aparte. Tan diferente de sus padres que a menudo he pensado que no fuera hijo de ellos. Quizás de Tracy y eso porque lo parió, está comprobado, no de los dos. Ray fue concebido, según el cómputo de su madre, en un retiro espiritual localizado en Sierra Nevada, y nació y se crió en otro situado en Hampshire, Inglaterra. El muchacho jamás intentó perder su tenue acento británico, lo confundían con un bostoniano. A él le divertían las comparaciones y las averiguaciones de la gente. Despertaba curiosidad y no sólo por el acento. Nos divertimos con eso de comparar a la gente, decía sonriendo, incluyéndose en algo que no hacía. En esos tiempos su personalidad transmitía seguridad.

Ray colaboraba con un grupo judío que apoyaba la lucha de los palestinos por una patria. Repartía octavillas en la calle, iba a reuniones ecuménicas, componía canciones pacifistas y las cantaba en los mítines políticos, escribía poemas. Estos judíos lo adoraban. Ray se apasionaba con la actividad que realizaba, sin que se dejara arrastrar. Se mantenía imperturbable. Creo que era capaz de ver

matices que se nos escapan a los demás. Antes que lo atacara la terrible desilusión que lo enfermó, parecía un extranjero que, paradójicamente, daba la impresión de estar siempre en casa. A su lado me sentía ligero, renovado. Nos contagiaba de ligereza a todos por igual: judíos, cristianos y ateos descarriados. El muchacho era una especie de copia tardía de sus padres, con la curiosidad que los enfebreciera en la adolescencia y una variedad de gustos que nos confundía. Según su madrina, había heredado de ella su afinidad por la cultura francesa. La visión de Helen era muy incompleta. No incluía la atracción de Ray por la música de cualquier época y las culturas de cualquier latitud. Era difícil de entender que alguien pueda sentirse atraído de igual forma por una danza derviche que por una canción de Nina Simone. Había empezado a estudiar francés desde pequeño, a instancias de Helen, y aprendió español por su cuenta hablando con el jardinero, los camareros, con cuanto hispano se topara. Sin desearlo, deslumbró a mi hijo y a sus compañeros al empezar a tomar clases de francés superior conmigo. Cuando necesitaba usar sus habilidades, cambiaba de idioma con naturalidad o tocaba la guitarra con esa actitud, que es lo contrario de tener actitud, y sonreía agradeciendo las muestras de admiración a su talento.

Entonces, era inevitable que me acordara de Helen, quien en idéntica situación, al ser calificada de diseñadora magistral, respondía que sí con la cabeza, sin agradecer. Jamás oí a mi mujer dar las gracias por un elogio. Daba gracias por todo, sin que hubiera una razón suficientemente lógica para hacerlo. Bueno, eso es parte de nuestra cultura educada, de esa sonrisa permanente que exhibimos, copiada de los comerciales, que refleja nuestra endémica felicidad, así que no debería haberme extrañado.

La sonrisa de Helen, como la de Tracy en la pantalla del televisor, era agresivamente radiante. A mi mujer jamás la escuché dar gracias cuando alguien se refería a su conocimiento de la arquitectura parisina, o a su talento como renovadora de casas y diseñadora de interiores. Jamás. En cambio, la sonrisa de Tracy me parecer aceptable. ¿Cómo iba a poder desempeñar su papel de periodista objetiva, confiable, sin esa sonrisa que la separaba de la

matanza o el bombardeo que había acabado de comentar? La muerte siempre le ocurre al prójimo en definitiva, y con frecuencia en esos países extraños, llenos de fanáticos que se exterminan entre sí. Aquí estamos en un país seguro y gozoso, donde lo malo que pueda pasar queda perfumado por las sonrisas y los chistes.

El día que Ray me dijo que había empezado a pintar, lo mandé al demonio. Ya era demasiado. Me invitó a ver el conjunto de tres cuadros que había pintado. El muy condenado pintaba bien, trabajaba los colores de una forma cortante. Varias tonalidades de rojo parecían arrasar, barrer, con los órganos de percepción humana incluidos los sexuales. De un costado de cada cuadro, por el borde superior o inferior, saltaba una explosión de diferentes tonos de rojo, dirigida hacia el centro. La fuerza del rojo cortaba, quemaba o despedazaba lo que parecían ser orejas deformes, carcajadas y dedos contraídos, narices y órganos sexuales humanos y de animales. Por el extremo opuesto del cuadro por donde había irrumpido la explosión, con formas geométricas y fórmulas algebraicas, Ray expresaba el resultado del apocalipsis sensorial, en términos matemáticos. Como soy un tipo de letras, enseguida tuve que traducir en conceptos las emociones que me provocaba la contemplación de la obra. Ray, con esa sonrisa suya, única, escuchó mi letárgica explicación y me recordó lo que yo aconsejaba en mis clases, acerca de observar el arte en silencio. Me estaba advirtiendo que parara de hablar estupideces.

Los museos de París y las tertulias artísticas con nuestros amigos franceses, de nada habían servido para que Larry y Tracy se adentraran en la obra de su hijo. Larry repetía que los cuadros eran asombrosos, Tracy afirmaban que eran bonitos. Helen, que eran interesantes. En casa se limitó a calificarlos de aburridos. Nuestro hijo la llamó aburrida a ella. Yo le di la razón. Cualquier cosa que no se avenía con su concepto de diversión, era aburrida. Hay que llevar un descomunal aburrimiento adentro de sí como para estar buscando diversión en todo, le solté, ¿no serías más divertida para los demás y para ti, si ampliaras tus facultades neuronales? La discusión se tornó desagradable hasta que Helen nos recordó que vivíamos en una democracia y que tenía derecho a expresar su

opinión. Esa frase hecha y el concepto de democracia eran muy cuestionables. Interrumpí una pelea inútil y extenuante.

Jamás he conocido un cerebro más predecible que el de Helen. Sus tópicos, su superficialidad, su manipulación. ¿Cómo pude aguantarla tantos años? ¿Con qué demonios la había visto y escuchado en la época en que me enamoré de ella? Mis sentidos también eran cuestionables. La interpretación del apocalipsis sensorial que había visto en el cuadro de Ray, tal vez era reflejo de mis sentimientos apocalípticos hacia Helen.

Si bien nunca me lo insinuó, estoy convencido de que aburrí a mi ahijado con la seguidilla de argumentos justificativos del odio que empezaba a sentir por mi mujer. Años después hice una interpretación diferente de sus cuadros.

Creo que en este período en que se dedicó a pintar, ya Ray había comprobado que el apaciguamiento de los sentidos físicos conllevaba el despertar de órganos profundos e interesantes que los seres humanos poseemos y morimos sin llegar a conocer. Son como esas semillas extraviadas que no encontraron terreno fértil donde fructificar. Ray sólo era un crío de quince años en ese entonces, sin embargo, estoy convencido de que percibía la realidad con la agudeza de que carecíamos los adultos que lo rodeábamos. Su sensibilidad trascendía lo musical y lo artístico.

Herman Hesse acuñó un término para traducir la palabra oriental darshan al inglés: philosia. Philo significa una fuerte inclinación hacia algo, amarlo. La filosofía es amor a la sabiduría y su consecución a través de la disciplina intelectual y moral. El significado de philosia es, por el contrario, amor a descubrir, a ver. Ray veía. Nunca especulaba ni filosofaba. Simplemente veía, descubría y lo pintaba en sus cuadros o lo escribía en sus canciones. No deja de ser raro que su música alcanzara éxito comercial. Quizás la gente percibe más de lo que creemos los intelectuales. Estamos seguros de que sabemos, lo cual se reduce a creer que sabemos. La gente común quizás percibe, lo cual pudiera igualarse a saber de verdad.

Lo cierto era que entre mi “saber” y el percibir de mi ahijado, no se había levantado ninguna barrera. No existían limitaciones entre nosotros. Nunca en mi

vida me había sentido tan cómodo al hablar de mis problemas. Ray era el oyente ideal porque no interrumpía, y asimismo, porque nunca juzgaba. Ni siquiera cuando le conté mi enredo con una alumna, que estuvo a punto de costarme mi trabajo en la universidad.

En medio de una interminable crisis matrimonial que tratábamos de paliar por nuestro hijo, la piel, el desenfado, la personalidad franca y llena de deseos y no sé cuántos cientos de encantos encarnados en una preciosa criatura de ancestros orientales, habían desembarcado en mi clase junto con un grupo de estudiantes que comenzaba su nivel medio de francés. La comparación entre lo que me esperaba en casa y lo que veía en el aula dos mañanas a la semana, era abismal, telúrica, insoportable.

Piénsese en los sabores y la textura de un ponche de frutas tropicales acabadas de agarrar de los árboles, disfrutado al aire libre el peor mediodía de verano en pleno desierto de Nevada, y se entenderá lo que me conectó con Laura. Piénsese en una criatura de pasitos cortos, que juega a la vida sin interesarle los resultados ni las opiniones, que acepta las presiones sin creérselas, que no piensa en términos de futuro ni de pasado, ni en el más allá ni en el más acá, que se desplaza volátil y segura; piénsese en una risa que brota sin hacer diferencias, como si estuviéramos vivos sólo para reírnos, en una sonrisa serena que acoge sin distinción y ha perdido la capacidad humana de transformarse en mueca; escúchese una vocecilla que repite «buenos días» cada mañana, con una sinceridad diferente, piénsese en inteligencia que disuelve de inmediato las contradicciones y los chascos personales y ajenos. Júntese todo eso, y lo que alcancé a desvelar, y se tendrá una idea aproximada de la personalidad de Laura Chang. En ella había mucho, muchísimo, que se me quedó sin descubrir, sin tocar ni disfrutar.

Yo creo que mis ancestros irlandeses e italianos se conectaron de forma mágica con los ancestros vietnamitas y chinos de Laura, y eso es lo verdaderamente hermoso de haber nacido en mi país. El que lo desee, puede sentir que no hay barreras reales, sino las que creamos, que los seres humanos somos iguales y pasamos por una idéntica trituración sin importar donde hayamos nacido y

donde estemos. Estoy convencido de que en estos instantes Laura está menos triturada que el resto de los mortales.

En una de nuestras frecuentes conversaciones en los recesos o al final de mi clase, Laura me confesó su atracción por los hombres maduros, lo cual era un cumplido muy raro y halagador, además de un eufemismo, en una cultura que se consume a sí misma con tal voracidad que una persona de veinticinco años es colocada en los umbrales de la senectud. Lo dijo con el tono que me preguntaba si la sintaxis de una oración estaba clara o si un verbo era aplicable en el contexto de un ensayo que estuviera escribiendo. Me lo dijo como si en definitiva no hubiera nada que estuviera fuera de contexto. Me hizo perder de pronto ese sentido de los contextos y le solté, creo que gagueando, lo linda que la encontraba.

Laura nunca había estado con un hombre, no por completo como estuvo conmigo. Me lo confesó desembarazándose de su última prenda de vestir, al mostrarme sus senos ansiosos, como en la penumbra del cuarto me había mostrado su sexo. Me lo susurró como si me hubiera pedido un vaso de agua, y no pude o quizás no quise oírlo. Me lo tuvo que repetir, porque no le oía o no le creía. Se me ocurrió pedirle silencio para que me dejara contemplarla unos minutos, para que su textura entrara por mis ojos y yo entrara por primera vez en ella, le pedí un silencio budista, tantrista, total, infinito. No sé por qué se lo pedía, puesto que ella no había dicho una sola palabra después de hacer el anuncio. Repetí silencio, silencio, contemplando su piel que aún no me atrevía a palpar. Silencio, silencio. Hasta que a Laura se le escapó una risita hermosa, de niña a la que hubieran descubierto robándole un beso a su padre dormido. ¿Por qué no me daba cuenta de que había un silencio incógnito, de una cualidad tan diferente que no advertía, en esa habitación de hotel barato que se había transformado en un sitio encantado?

Laura nunca había estado con un hombre, lo comprobé esa tarde, pero sabía cómo hacer un ritual de la satisfacción. ¿Cómo lo aprendió? No sé, quizás era una tradición de boca a oído, de generaciones femeninas de su cultura. Las iniciativas de Laura no habían sido leídas en ningún manual para el amante, en

ningún curso de estupideces, ni siquiera de Kama Sutra ni de ninguna otra cama. Lo que había aprendido, si en realidad había aprendido algo, no era una acción que iba a reproducir. Laura creaba en la intimidad un mundo aparte y abierto, vulnerable e incluyente. Si respondía a una tradición enseñada por sus abuelas o su madre, no se trataba de imitar ni repetirse, sino de crear y recrear, disolverse, desaparecer y reaparecer. Nunca se me ocurrió preguntarle cómo lo había aprendido. Hubiera tenido que preguntarle qué era lo que había aprendido, pues no sabía cómo clasificar lo que me tenía deslumbrado. Yo sólo pensaba en hacer cosas diferentes. Y se sonreía al verme pensando, porque ella actuaba, simplemente, sin pensar. No había ningún pensamiento en esa niña, no había mente, sino una especie de acción que incitaba a la disolución de ambos. Laura me desvestía, me contemplaba, se subía a mi espalda, que sus senos disparados y disparatados hendían, con su sexo tórrido pegado a mí y musitaba unos sonidos vietnamitas, frases creo, que me hacían perder el tino. Quería voltearla, poseerla de inmediato, me lo impedía con un gesto suave, una invitación para que la dejara hacer a sus anchas. Y hacía demasiado, era un hacer inclasificable, extraño. La excitación inicial no conducía al pico esperado, al cansancio y al sueño. Se borraban los roles, las barreras, las iniciativas surgían solas, de la nada, como si el antiguo arte de la sexualidad se renovara en cada instante y por su cuenta, sin intervención de nuestras voluntades, sin la mediación de nuestros deseos, en verdad sin nuestra presencia. Quedábamos enlazados, en un profundo y largo orgasmo, en ocasiones sin eyaculación ni desgaste, desbordados de vitalidad y plenitud.

Cuando tenía que despedirme de Laura y la veía alejarse en su auto, el mundo me parecía tan ridículo, las gentes tan ignorantes, tan estúpidas las infinitas formas de placer que buscamos, sin saber que las tenemos a la mano, en las manos de nuestro amante. El mundo quedaba distorsionado, de patas arriba, en ausencia de esa mujer, que ni siquiera lo era todavía. Por esa época hasta incluí pasajes de sexualidad en mis clases de francés avanzado. Enseguida le hice estúpidas propuestas de matrimonio, promesas de amor eterno, de vivir con ella en cualquier parte del mundo, donde se sintiera bien: ¿Quieres volver a tus

ancestros? Ahora podemos vivir en China o Viet-Nam, tú tienes de los dos, yo puedo aprender chino o vietnamita, podemos enseñar inglés por allá, ¿qué quieres hacer?, ¿qué puedo hacer para que estés bien? Laura interrumpía mi parloteo con su dedito índice en mi boca: Estamos bien, susurraba, a ninguno de los dos nos falta nada, ¿por qué ir a otra parte? ¿No te sientes completo? Claro que me sentía completo, henchido, lleno, saturado, por eso quería seguir así, no aceptaba que hubiera ninguna otra forma de sentirse. Quería más, que no tuviera final. Que no acabara. Ssss, susurraba Laura poniéndose su dedito comible en sus labios también ingeribles, no te pierdas este minuto, es lo único que tenemos. Ssss. Su orden de silencio revolvía inclinaciones caníbales que desconocía tener, como si intuyera que debía incorporar a mi cuerpo un pedazo de la mujer que iba a dejar de ver pronto.

Nunca había realizado un sexo tan desquiciado y por otra parte tan lleno de ternura. Nunca me sentí tan trastornado y pleno. Había sido reducido a nada. Era nada, y a la vez, una suerte de emoción o de certeza, me hacía sentir que era todo, que estaba completo. Aquella especie de orgasmo —por nombrarlo así— continuaba conmigo, se sentía en las células de mi cuerpo, lo revitalizaba, en las emociones sin contrapartidas, en mi mente focalizada sin esfuerzo. Funcionaba con excelencia en un mundo al cual, desde cierta perspectiva, no volvería a pertenecer.

No suponía que la gente que me rodeaba fuera dulce. Mis neuróticos compañeros académicos, me parecían divertidos. El tráfico no me molestaba. Mis alumnos sonaban inteligentes, a pesar de que no acabaran de comprender la diferencia entre solidaridad y caridad. En esos meses hasta Helen me pareció hermosa, apetecible, como en nuestros períodos parisinos. Estaba encantada conmigo. Varias noches me esperó con uno de mis vinos favoritos, sentada en una banqueta del bar, langosta termidor que había comprado hecha, claro está, y vestida con unos batas transparentes y una ropa interior bastante desfasadas para su edad y su figura.

En el aeropuerto me di cuenta de que jamás volvería a ver a mi Laura — posesivo que le molestaba—, lo veía en su expresión. Estuve a punto de llorar.

La mirada sostenida de la adolescente que ya era una mujer entera, me mostró lo ridícula de mi actitud. Se había acabado la relación, y yo temblaba de ira, miedo e impotencia. Sentía como si me estuvieran negando un juguete ¿Para qué la conocí?, me repetía, ¿qué sentido tiene haberla encontrado? Laura no dejó de maravillarme hasta que tomó su vuelo hacia Boston, camino de Harvard, donde pensaba revisar los documentos disponibles para consulta de la Yourcenar y escribir un ensayo que ninguno de sus profesores de Administración de Negocios le pediría hacer. Prometió mandármelo y así lo hizo. Ese texto, escrito puramente por placer, encendió el proyecto mediante el cual traté de profundizar mi conocimiento de Marguerite Yourcenar, la mujer.

Laura me dejó con una condenada depresión que me obligó a regresar al terapeuta que nos había atendido a Helen y a mí, y que en esta ocasión me remitió a un psiquiatra. Olvidé en absoluto el orgasmo psicológico, la serenidad y todo lo demás. Tuve que seguir un tratamiento químico, cosa que odiaba. Primero Helen creyó que eran problemas de trabajo, y lo eran. Así que cuando dejé ese punto en el aire, no era una mentira total. Nuestra vida íntima y familiar volvió a convertirse en un desastre. El tono maternal de Helen se acentuó. Habíamos tenido un período matrimonial florecido, por causa de Laura, y había terminado con su ida definitiva. Esa época coincidió con frecuentes viajes de trabajo que Helen no podía eludir. Me explicaba que no podía dejar de responder a las necesidades de las filiales de su compañía, en dos estados. Pretendió sacarle partido a mi supuesta inadaptación a sus viajes. Ya había intentado usar su osteoporosis, su migraña crónica y una serie de males verdaderos e inventados, provocados más por su personalidad que por su edad, para imponernos su voluntad a su hijo y a mí, en los detalles y en las decisiones importantes que debía tomar la familia. Había ido muy lejos al pensar que había causado mi depresión. Era demasiado y no pude pasarlo por alto.

Exploté en una de las discusiones en que deseaba imponerle a Paul que estudiara arquitectura. No lo soporté. Ahora creo que fue un pretexto para largarme. No le di explicación, no dije nada. Fui al cuarto y empecé a sacar mi ropa de los armarios y a arreglar mis maletas. No creas que vas a humillarme,

Bryan de Vito, murmuró, no intentes humillarme porque no lo vas a lograr. Me intentas humillar, me repetía enfatizando mi supuesta intención, no lo intentes, no lo vas a lograr.

¿Cómo era posible que el marido de Helen Westerfield se atreviera a dejarla? ¿Cómo iba a existir un hombre capaz de abandonar a la creadora de la compañía Westerfield? ¿Cómo iba a irme a vivir a un apartamento después de haber tenido la dicha de estar rodeado por el glamour de sus diseños interiores? ¿Qué diría la gente? ¿De qué me había servido la cercanía de su buen gusto? Yo no había aprendido nada, en definitiva. Eso decían sus gestos, sus vueltas de cabeza, sus tirones de puerta. Y me gritó unas veinte veces: ¿No ves lo que me estás haciendo? ¿Cómo es posible que te hayas vuelto tan desconsiderado? ¿Cómo es posible que puedas hacerme esto a mí? La vieja historia. Se trataba de ella. Siempre se había tratado de ella. Y yo, ¿cómo demonios no había reconocido el lodazal donde vivía? Helen estaba absolutamente fuera de sus cabales. Hasta mi hijo tuvo que admitir que estaba enferma.

Acabé de preparar mis maletas acosado por sus gritos. Paul nos miraba desconcertado. Me ayudó a trasladar mis maletas al auto. Tranqué la puerta de la calle para no escucharla, la muy arrebatada la abrió y caminó hacia mi auto: Mañana estás aquí de regreso, ya lo verás, gritaba con una sonrisa cínica que me daba deseos de vomitar. Ni le contesté. No hablé. Ni le dije adiós a mi hijo. Me fui, me alejé, me perdí. Desaparecí. Que se quedara con casa, hijo y glamour, con todo. No quería sentir ni su sombra. No quería saber que había existido Helen Westerfield.

Esa crisis final contribuyó a que rebasara la lejanía de Laura. Se toca fondo, se cree haber aprendido una lección, y se siente paz. Empecé a ver lo dichoso que había sido por haberla encontrado. Era lo más breve y lo mejor que había pasado en mi vida, y había terminado. Comprendí. Aunque sin dejar de añorar que reapareciera una suerte de Laura Chang en una de mis clases, lo cual no es comprender, lo sé. Pero me sentía tranquilo, libre, y eso es uno de los rostros de la felicidad.

Ese primer año de soltería lo que extrañé de Helen fue su sentido de organización, de secuencia, su seguridad y desenvoltura para las cuestiones cotidianas, la ama de casa. Aun con sus comidas congeladas. Me di cuenta, en un par de meses, que eso era lo único que extrañaba de Helen. No dejaba de ser raro que luego de treinta años juntos, lo que echara de menos de mi mujer fuera su rigor organizativo. En ese período de introspección, busqué el sentimiento de afecto, de cariño, que debe nacer con los años. No lo encontré en ningún rincón de mis emociones. Me empeñé en hallarlo, pensando en lo injusto que era. Me sentía culpable, egoísta. Enseguida me preguntaba por qué. Nunca fui un tipo mujeriego. Aparte de unos affaires sin importancia, en esos años la vida metódica que me facilitaba Helen me había permitido dedicarme a la investigación literaria. ¿No era eso lo que había querido?

Laura Chang había trastornado una secuencia que creía lógica, inmutable. La falta de lógica de Laura me había mostrado en corto tiempo el intenso sabor que puede adquirir la vida fuera de la seguridad, de los hábitos y el compromiso muerto. Laura no estaba junto a mí ni iba estarlo, aunque la remembranza de los ratos que habíamos pasado juntos me devolvía sus sabores intensos. La soledad me hacía la vida difícil, no un desdichado. La realidad es que soy un tipo de sesenta años no muy atraído por el éxito, el dinero, ni siquiera por el sexo, me decía. Ese sentido de felicidad y de libertad duraba un rato. En esa tormenta interior que tenemos todos, volvía a ocupar su lugar el miedo. ¿Cómo iba a estar solo, si mis amigos divorciados se habían vuelto a casar? No todos, claro está. Siempre hay quienes prefieren vivir solos y disfrutar de una compañía esporádica. Es sano, al menos entre los profesores universitarios.

El medio académico es neurótico. Los egos académicos son peores que los corporativos, si se viene a ver, porque compiten por la trascendencia intelectual. El ego intelectual está convencido de que va a marcar una huella en la humanidad. Va a auto trascenderse. Halló la vida eterna en el juego de las ideas. El ego corporativo es sencillo, si viene a verse, puesto que lo que desea es ganar dinero para vivir bien y asegurar su retiro. Su trascendencia es el dinero, es instantánea. A no ser que se fundan deseo de poder y de dinero. Eso

pasa también en la academia. No creo que en el mundo corporativo haya tanta incidencia de neurosis, de intentos suicidas y de suicidios consumados como en los medios universitarios. ¿O sí? Las compañías tienen sus viernes sociales. ¿Y de qué se conversa en ellos? De negocios. Es igual, entonces.

Me imagino que uno de esos viernes de socialización propició el acercamiento entre Helen y uno de sus diseñadores, creo que a los pocos meses de haberla dejado yo. Mi hijo me lo contó, y yo me alegré de que ella tuviera a quien atormentar. Lo cierto era que la luna de miel ya había pasado, y Helen parecía propiciar un reencuentro conmigo. Ese era uno de los temas que esperaba que trajera mi hijo a la cena de Navidad.

Una pareja con tres niños entra al café. Al pasar al lado mío el mayor de los muchachos, tropieza con la mesa y me pide disculpas. Son norteamericanos. Se acomodan al frente de donde estoy. A mi izquierda, separados de mí por el cristal, está la pareja de jóvenes. Ahora, frente a mí, tengo al matrimonio y a sus tres hijos pequeños. La madre sienta a dos de ellos en las sillas, y el padre coloca en sus piernas al pequeño.

Lo que me desconcierta es la ausencia de alegría que percibo en esta familia; en los niños, sobre todo en los rostros inexpresivos de la pareja. En ese hombre y en esa mujer no hay rastro de la alegría que se siente al estar de vacaciones. No hay nada, ni siquiera tristeza. Tampoco parecen estar en una de las crisis cíclicas que atacan a los matrimonios. Dan la impresión de estar cumpliendo resignadamente con una obligación. Lo sentí por los tres niños, que sin duda estaban recibiendo las consecuencias de la sombría relación de sus padres. Estaban creciendo en un territorio árido. Es infinita la capacidad humana para generar infelicidad, propagarla, hacerla hereditaria, consolidarla. Me imagino que el menor haya sido el resultado de un intento final por salvar la relación. Ya se conocen los disfraces infinitos de la manipulación. Ni siquiera ese niño, que crecería en un ambiente de peor aridez que sus hermanos, iba a prolongar el matrimonio de sus padres. Lo sentí, lo vi.

La madre explicó lo que había en el menú. Contestó las preguntas de sus dos hijos mayores. Les describió los equivalentes norteamericanos de la comida y les aconsejó un par de platos. Los muchachos querían comer hamburguesas. El mayor insistió en que había visto de lejos el letrero de un McDonald's parisino. A regañadientes, la madre logró convencerlos de que las hamburguesas francesas eran iguales que las norteamericanas. El padre les juró que si no les gustaban irían de inmediato a buscar el McDonald's. Parecieron aceptar la oferta, pues se callaron.

El camarero los había dejado unos minutos para que decidieran lo que iban a ordenar, y se había ido a recibir a otra pareja —unos franceses quizás en sus setenta años— que había acabado de entrar. Los acomodó en la mesa contigua a la del matrimonio con sus tres hijos y regresó a tomarles el pedido: hamburguesas francesas para los cinco. Mi vista pasaba de la pareja de jóvenes sentada afuera, a la pareja con sus hijos. Yo había sido el joven orgulloso de las caricias —en mi caso tan esporádicas— prodigadas por la novia que fue Helen. Claro, con Helen todo era seguro y estaba bajo control, su control. Era quien tenía la última palabra no sólo en arquitectura, sino en lo referente a la casa, nuestro hijo, al funcionamiento de la familia. ¿No se suponía que fuera así? ¿No estaba la mujer mejor capacitada para ello? Había sido cómodo, me había facilitado mi trabajo.

A medida que mi hijo crecía, mi relación con Helen empeoraba. Y no era eso, sino que ya la veía como era. Imponía sus criterios ahora a su hijo, a quien docilitaba con sonrisas y besos, para al final del día salirse con la suya. Se creía la hermosa joven de los años setenta, que lograba sus deseos porque quienes la rodeaban reconocían que eran decisiones ventajosas. Su poder de manipulación era gigantesco, impresionante. Y siempre quedaban los recursos finales, la voz cuarteada, herida por la incompreensión, con los que implantaba su voluntad. Mi hijo era noble, no le daba envergadura a las estratagemas de su madre.

Ray empezó a cuestionar a su madre desde que la vio en el noticiero donde inició su carrera de periodista. Le insultaba la manipulación burda de los medios, especialmente que su madre formara parte de ese entramado de intereses que

pugnan por acaparar la atención, y por consiguiente el bolsillo, de los televidentes. Ray acusaba a Tracy de vivir a costa de la manipulación y la mentira, cuestionaba los debates que moderaba, donde no se puede cruzar la línea, ni ser incorrecto. Lo irritaban las expresiones calcadas de entrevistados y entrevistadores, sus sonrisas intercaladas en el debate y las carcajadas generales con las cuales se despedían. No entendía el estilo de la prensa libre y confiable. La ignorancia que genera nuestra sociedad, con su maquinaria voraz que acaba por devorar al individuo, la fragmentación social, que debilita y vuelve imposible cualquier cambio real, la homogeneidad que mide a la cultura, a la medicina y a la educación con el patrón de oferta-demanda de un par de zapatos, las mentiras tan bien vendidas como aceptadas, la hipocresía de las manifestaciones religiosas, eran temas recurrentes en las conversaciones que sosteníamos Ray y yo.

Le desconcertaba la idea de que su país fuera el más libre del mundo. Se reía de esa frase tan hecha como socorrida, que aseguraba que vivíamos en un país libre, y podíamos hacer lo que nos viniera en gana. ¿Cómo iba a ser libre una sociedad que vive del condicionamiento de sus gentes? ¿Cómo podía ser libre una sociedad condicionada al extremo? ¿Es que nos creíamos ese cuento? Ray me ayudó a confirmar cosas que sabía y me hizo ver otras que habían pasado inadvertidas. Lo escuchaba y sólo atinaba a aconsejarle que no hablara así ni con sus padres. ¿Somos libres o no?, me decía. Nuestras pláticas sabían a lo prohibido, hermosamente íntimo, que inspira una confianza ilimitada en el interlocutor.

Ray vio demasiado. Y ha perdido de ver, porque el circo no ha desmontado su carpa ni lo va a hacer. Mi ahijado no verá un país en el que lo conceptual y lo virtual desplazarán lo real. Entre las vociferaciones y exclusiones «religiosas», las obsesiones sexuales y las consumistas, y la preponderancia de la tecnología, la ignorancia arrasará con el planeta. La clonoglobalización será irrefrenable. Tendré la desgracia de comprobarlo. Ray se perdió de ver a su madre entrevistando a una niña evangelista que sostenía los idénticos argumentos excluyentes de un niño árabe que iría a reventarse en una parada de ómnibus

israelí. Se perdió de ver el debate posterior, donde árabes, israelíes, evangelistas y ateos expusieron sus ideas libremente, acompañadas de chistes y de buena educación. Por desgracia no nos queda tiempo, cerró Tracy, con su sonrisa habitual para dar paso a un anuncio de la Ford, que cada uno de nuestros televidentes saque sus conclusiones. La conclusión individual era la defensa del status quo, que parcelaba el pensamiento para que se cristalizara en hábitos de compra y de acumulación, y no existiera fuerza para unirse y actuar. La atención bajo fuego constante. ¿Quién iba a ocuparse de pensar como no sea en los planes de financiamiento que aseguran lo que nuestro credo soñador ha definido como buena vida?

En el fondo me alegra que Ray no tenga que seguirse preguntando por qué hay tanto sufrimiento dondequiera. ¿Por qué no se puede hacer nada? ¿Qué diablos hacemos en este planeta enloquecido?, susurraba.

dans mon village

*el recuerdo de sí
siempre, en cualquier ocasión.*
George Gurdjieff

*el tema favorito de la máquina
es ella misma.*
Robert Earl Burton
Self-Remembering

Los hermosos pies de Jerry se mueven pisando el césped que ha comenzado a renacer con fuerza en los alrededores de Petite Plaisance, como ocurre en estos inicios de la primavera. La piel blanca de mi joven amigo trastoca el verde renacido, aunque intente evitarlo.

Hay que sembrar el patio lo antes posible, me dice como disculpándose por pisar la hierba, hay que aprovechar la lluvia para que las flores se abran en seguida. Jerry no tiene que disculparse, de hecho es como si las venas que irrigan sus pies se extendieran hasta la tierra para proporcionarles vida con esas pisadas cuidadosas, casi se cae, cuidado, Jerry, no vaya a ser que esta siembra termine mal. Yo me he conformado con alcanzarle los retoños, hoy no tengo suficiente fuerza para sembrar, o no la tendría para levantarme una vez que lograra plantar uno de ellos.

No me canso de mirar los hermosos pies de mi compañero de viaje, que se mueven inquietos. Sus dedos se abren a cada paso para que sobresalgan entre ellos las hojas débiles, recién nacidas, que en realidad se confunden, se entrelazan por unos segundos con esos pies que evitan dañarlas. No me canso de contemplar a Jerry.

El templo quedará florecido hoy, dice, no habrá un milímetro de tierra sin hermohear en este patio suyo. Dígame usted, Madame, ¿por qué no se marcha a trabajar? Ya me ha ayudado bastante. Es hora de que los dioses regresen al Olimpo, es hora de que vuelvan a emprender sus labores, de lo contrario el mundo puede encantarlos y tal vez decidan quedarse para siempre. Fuera, fuera de aquí, regrese al Olimpo, vocea expulsándome desde el aire con uno de sus largos y atractivos brazos.

Nos reímos. El día está luminoso, inigualable. Lo que más deseo es permanecer afuera. Con una mañana así, y acompañada de Jerry, ¿qué importancia tiene lo que estoy escribiendo? Lo observo de nuevo y regreso a mi escritorio. Ha regresado a la siembra. Está enfrascado con una pequeña hilera de lilas que crecerán lozanas como su sembrador. No sabe que he vuelto a mirarlo. Está de espalda a mí, arrodillado, colocando las lilas en los huecos. Apisona con

delicadeza la tierra que ha colocado alrededor de las plantas, silbando uno de esos spirituals que adora.

Jerry es una sorpresa sureña que la vida me tenía guardada, cuando ya estaba acostumbrándome a la soledad. Después de nueve años sin abandonar Petite Plaisance, ¿qué mejor regalo que otro sureño como compañero de viaje? Retornar a unos países y visitar los que iba a quedarme sin ver, ¿qué mayor alegría me hubiera podido dar la vida en el epílogo?

Maurice Dumay apareció en la puerta de Petite Plaisance seguido de Jerry, su amigo y fotógrafo, y del resto de su equipo de la televisión francesa. Grace y yo no reconocimos que Jerry era americano hasta que habló inglés, su francés era excelente. Mi amiga y yo nos miramos como siempre que preveíamos la entrada de renovación en nuestras vidas. Había pasado con el Antinoo veneciano que Grace había tratado de poner en apuros inútilmente, con cada una de las mascotas, con la gente que nos ayudaba en las tareas de la casa, con ciertos vecinos. Ambas intuíamos que el ser que había llegado a nosotras tendría un significado, no mayor sino diferente al de los demás. Cada persona nos nutría con su incuestionable diferencia, contribuía a que comprobáramos la vinculación que yace debajo de las singularidades humanas.

La simpatía que Jerry generaba es una prerrogativa del sur norteamericano, de su sol abundante. Grace, que había tenido una de sus horribles crisis la noche anterior, experimentó una sorprendente mejoría en presencia del joven. Estando él presente no había en Grace huellas de ese esfuerzo suyo por sonreír, aparentar agilidad o hacer una broma incluso a costa de sí; en suma, no fingía para que quienes la rodeábamos nos sintiéramos cómodos. Estaba tan a gusto que se le escapaban gemidos ahogados o se hacía evidente su falta de aire, que hubiera reprimido con ese envidiable coraje afín a su naturaleza. En la medida que la vida era capaz de provocar en Jerry una embriaguez duradera, asimismo él nos embriagaba a nosotras. Fue una bendición para los meses finales de Grace, por decirlo de la única manera posible, como lo fue para mí después que ella partió.

Habían pasado nueve años de consunción, luchas, olores a medicinas, a enfermedad, un período de falsas esperanzas, jamás fútiles. Terminaba la ordalía que Grace soportó desde los años cincuenta. Había muerto el dolor. Yo tenía que seguir adelante, habíamos acordado que Jerry era un buen compañero para una nueva arrancada. No dejó de asombrarme su entusiasmo al invitarle a viajar conmigo. Una anciana de compañera de viaje de un joven norteamericano. En una sociedad tan marcada por las fragmentaciones, en especial la generacional, era increíble que un joven se dispusiera a viajar con una mujer que pudiera ser su abuela. Era una de las consecuencias del sol sureño que lo inundaba.

Cuánto había esperado yo por regresar a la trashumancia que había heredado de Michel, a saborear las diferencias culturales y contemplar la belleza de este planeta que estamos aniquilando. Cuánto había esperado por pisar la aventura, sentirme entre lo inesperado y convertirme en una partícula que se mueve en el torbellino, en medio del torbellino y, en ocasiones inolvidables, por encima del torbellino. Y qué mejor compañía para una nómada renacida —que había resultado ser escritora—, que un joven hermoso, la mayoría de las veces sonriente, extremadamente curioso, como si estuviera habituado a descubrir secretos en las rutinas. Por momentos, ávido y descontrolado. Jerry era, en algún sentido, como había sido yo, con la adición del sol sureño que le había transmitido su resplandor en igual grado que su fuego. Y no vacilaba en quemarse, en poner sus sentidos al rojo vivo, en entregarse a lo que hiciera o expresara, por insignificante que fuera. Para él nada era insignificante, en realidad. Qué precio devastador cobra la vida a estos seres, en quienes se ceba sin ninguna contemplación.

Nuestro primer viaje fue a la Florida, para embarcarnos en un crucero por el Caribe. Hacía tiempo se debatía la posibilidad de mi candidatura a la Academia. En el viaje por auto hacia el sur, comentamos el asunto. En Francia se hablaba de mi estilo pomposo, de que me creía la semilla de un movimiento literario, de mi supuesto antisemitismo y antifeminismo, de mi posición derechista, de mis nobles libras de peso y de mi rostro, que conspiraban para menoscabar la

calidad de mi obra e invalidaban mi aspiración a una silla en la Academia. Jerry, con quien compartí brevemente estos fuertes argumentos en contra de una candidatura que nunca pedí, me confesó que había oído esos comentarios en París. Se quedaron a mitad de camino, Madame, en especial al hablar de sus libras, porque no saben que su sonrisa y sus ojos la convierten a usted en un ente que levita al estilo de un eremita. Gracias, Jerry, por recordarme esas cualidades volátiles que pesan más que mis libras en definitiva. Madame, vivo convencido de que usted va a ocupar una de esas sillas, de que ya está allí, vivo seguro del contrapeso que su figura literaria y aun física provocará entre esos señores. Ignoremos, entonces la volatilidad academicista y su ignorancia en materia de pesos. De acuerdo, Madame, de acuerdo.

Desde ese viaje empecé a querer a Jerry, a entenderlo como he podido entenderme a mí. Si uno está atento, puede ver en un ser cercano el propio reflejo. Comprendí sus idas y venidas, su conexión con eso que no pertenece a la vida tal como la conocemos, aun estando en la vida; entendí cómo la vida lo arrastraba de nuevo, porque olvidaba lo que había percibido, que está aquí sin ser de aquí. La permanente remembranza de lo que somos es un arma potente, mas dificultosa de usar. Es la perla que echamos a los puercos.

El ser humano está en una situación terrible, me dijo apretando el timón con sus enormes manos, en los segundos que recuerda lo experimentado, sabe que tiene que lanzarse, saltar al vacío, pero carece de las fuerzas suficientes para hacerlo porque la vida lo ha drenado. Sí, la vida drena. Jerry lo sabe, y no pueda hacer nada al respecto. En definitiva, ¿quién puede hacer algo? Todo ocurre de la única forma posible. Nadie hace nada, nos dijo aquel inolvidable Antinoo, seminarista y filósofo, en el café de Dorsoduro, provocando la ira silenciosa de Grace. Jerry se dejaba tragar conscientemente por el torbellino, eso ya era importante.

Para acentuar esos contrastes que lo hacían tan hermoso como demoledor, tan estoico como delirante, mi joven compañero también compartía mi gusto por ese silencio que no puede ser convocado ni esperado, que surge cuando el tráfico

mental y emocional colapsa por una crisis o por una contemplación hermosa, o quizás común, que nos confronta.

El Mar Caribe exhibía unos azules refulgentes comparables a los del Egeo, de manera que optamos por interrumpir la sobremesa, y salimos del restaurante del barco para caminar por la borda y contemplar el imponente atardecer. Un hombre joven, probablemente de la edad de Jerry, sentado en su silla de ruedas, se nos había adelantado. La mayoría de los viajeros continuaba comiendo o bailando en el restaurante. Aparte de un grupo de jóvenes y niños que no parecían advertir la belleza de la tarde y bromeaban o caminaban por la cubierta, estábamos los tres solos. Saludamos al hombre. Conversamos unos minutos con él.

A una seña de Jerry que enseguida capté, nos despedimos y nos dirigimos hacia un extremo de la cubierta. Con su brazo pasado por mis hombros, me susurró: ¿Qué pensaría usted, Madame, si le digo que siento envidia por este hombre? No duraría ni un segundo en creer que te has salido de tus cabales. Sí, es posible, me respondió, déjeme confesarle un secreto: ¿podría calcular usted cuánto silencio se ha acumulado en este señor? ¿Se imagina usted en posesión de la décima parte de ese tesoro?

Lo observé. Jerry refulgía como los azules que nos rodeaban. No le respondí, o sí, respondió el silencio, mi silencio, que se unió al suyo y al del hombre que acabábamos de dejar.

A finales de marzo estábamos de regreso en Petite Plaisance. Le mostré a Jerry la habitación de Grace y le pedí que la considerara suya. Me lo agradeció con un abrazo.

Fui a abrir la correspondencia. Encontré decenas de telegramas, postales y cartas de felicitación por haberme convertido en postulante a la Academia. Una de las cartas que recibí, de la Asociación para la Esterilidad Voluntaria, disgustó sobremanera a mi joven compañero. No me perdonaba que tuviera contacto con ellos. Me había confiado que estaba en posesión de su amor, que no era Maurice. Encontraría una persona que quisiera adoptar niños de diferentes países, como hiciera Josephine Baker, a quien idolatraba. Jerry me cantaba la canción que la

Baker había compuesto para celebrar la unidad de la raza humana en una familia. Me confesó que eso deseaba: crear una familia para el resto de su vida. Esta era una nueva cara de Jerry que ni me imaginaba. Sus contradicciones eran mastodónticas y no las advertía. Traté de no recordarle las ideas que habíamos compartido en el viaje, para evitar herirlo o molestarlo. Era ingenuo cambiar de molde, trasladar un estilo de vida a otro, y renunciar al mínimo de libertad que hay en este planeta cautivo de la imitación y del condicionamiento, no extenderla a la vejez, donde podríamos reencarnar en ese niño curioso y vivo que fuimos.

Hay algo sublime en la presencia de una familia reunida, y sin ninguna duda, añadiría que algo terrible. Porque, ¿cómo va a suscitarse la presencia, cómo va uno a sentir y verlo todo, si se está lleno de problemas y responsabilidades por esos seres indefensos traídos a un mundo en constante integración y desintegración? ¿Cómo va uno a reconocer la actividad de esas fuerzas ciegas de la naturaleza, diseñadas para mantenernos dormidos, si les damos cabida? ¿Cómo va uno a liberarse de la cadena de causas y efectos que hace funcionar este planeta, en un juego que no termina nunca? ¿Para qué nos habían entregado la escalera de Jacob?

Jerry no daba señal de advertir que su deseo de silencio era irreconciliable con su búsqueda de compañía familiar, de trascendencia en la piel de un hijo. Las fuerzas ciegas de la naturaleza estaban atrayéndolo hacia su vórtice de consunción, desde el cual no hay retroceso. Y quizás, si lo hay, no es muy aprovechable. Esas fuerzas actúan en su beneficio, haciéndonos creer que en el nuestro, para mantener un proceso que se repite despiadadamente. Una generación sustituye a la anterior, con peores necesidades artificiales, porque nos estamos volviendo más mecánicos, o sea, ciegos y diabólicos. Una mayor camada de seres humanos sustituye a la previa, para sostener el espectáculo del dolor con las cortinas corridas. El espectáculo semeja ser divertido en vez de doloroso, igual que la paternidad y la maternidad aparentan ser los escalones superiores de la especie humana. Detrás del escenario, la escalera de Jacob permanece con sus puertas abiertas, esperando por quienes se atrevan a subir

un escalón. El que pise el primero de ellos, no va a querer volver el rostro. No va a regresar al sueño. ¿Y quién está dispuesto a dar el paso? ¿Quién desea despertar? Es demasiado cómodo responder a los retos nuevos con las respuestas mecánicas usuales. Arrastramos con el pasado, en el presente, y creamos un futuro igual de enfermizo y frustrante.

Jerry estaba insultado. Yo había cuestionado su arraigado concepto del clan, su ansia de seguridad. Lo dejé hablar. No tener descendencia es una mutilación, no dejar huella es una desgracia, me repetía. Recuerde, Madame, que usted deja su obra. Quizás yo estaba equivocada, y era posible tener una familia y acceder al silencio y al conocimiento que hay en él. Todavía me pregunto cómo. Abandoné el tema y le comenté los planes del próximo viaje.

Me sentía feliz, como en las aventuras que emprendía con Grace. Me había jurado no volver a pasar un invierno en Petite Plaisance mientras tuviera fuerzas para viajar.

Fuimos a Inglaterra, un país que significaba tanto para mi padre, y donde Maurice Dumay se nos juntó. En ese encuentro empecé a reconocer la madeja de emociones en la que me había involucrado. Maurice estaba celoso. Yo era una de las causas de sus celos. Me empezó a molestar la presencia de Maurice, con su efecto desastroso en Jerry. Yo hacía un gran esfuerzo por entender por qué continuaba con una relación que según él nada significaba.

Tuve que presenciar discusiones, incluso en lugares públicos. La gente pensaría que era una suerte de abuela, una mecenas de la pareja. Nunca me ha interesado la opinión de los demás y no iba a empezar a interesarme en mi ancianidad. Lo que me atormentaba era el porqué. ¿Por qué Jerry soportaba desplantes, malas palabras y una actitud ilimitada de prepotencia? ¿Por qué Jerry aguantaba? Maurice se perdía y aparecía. Se nos juntaba en un lugar, y nos echaba a perder el viaje. Jamás había, en presencia de Maurice, esa armonía y ese gusto por conversar, en ocasiones sólo de exquisitas trivialidades, que compartíamos Jerry y yo. Por mucho esfuerzo que hice, e hizo Jerry, los tres no congeniábamos. En cada reaparición de Maurice su aspecto físico era peor. Y peor las discusiones.

En medio de esto, deseaba crearme el epicentro de los problemas. Siempre es bueno salpicar la vejez con tintes ilusorios, para que resurjan las pretensiones de la juventud. Salpicarla de fantasía, no vivirla. No voy a negar que me sorprendió una sonrisa maliciosa que dejé escapar con gusto. Cuando decidí preguntarle a Jerry por qué alargaba una relación que a ojos vistas no funcionaba, me confesó que Maurice padecía de un cáncer inoperable. Que jamás sumaría dolor al que ya padecía. No supe qué decirle. Le pedí disculpas por haberle hecho la pregunta. Él me abrazó. Me sentía tan avergonzada. Me sentía tan orgullosa de Jerry. Estuve arropada por sus brazos unos minutos, colocó su dedo índice en mis labios para acallar mi torrentera de disculpas.

Después de la muerte de Maurice, volvimos a disfrutar de los viajes. Hasta que apareció Daniel y volvió a enturbiarse nuestra relación. Estaba probado que no podíamos ser tres. La vida con su nuevo amigo fue peor de inestable. No soy quien para juzgar si se tuvieron amor o no, en cualquier caso era una relación abierta. Aparte de eso, Daniel no tenía el menor gusto, ni un ápice de cultura. Nunca entendí qué deslumbró a Jerry, puedo pensar que la intimidad era satisfactoria, cuando eran dos, y cuando eran más. No tengo nada que opinar al respecto.

Entonces llegó lo que temía. Jerry enfermó de sida. En la India aparecieron los primeros síntomas que achacamos al agua, a la alimentación. Le confirmaron la extraña enfermedad que padecía y desapareció unas meses. Me telefoneaba de Nueva York, de la casa de su familia en Alkansas, de París. Estaba aterrorizado. Me repetía que iba a suicidarse, que no esperaba a verse en el estado terrible que transitaban sus amigos. Jamás le mencionaba mi aguda ansia de verlo, que intentaba sortear de mil modos distintos e irremediabilmente inútiles. En septiembre de 1985, tuve una crisis cardíaca.

Jerry nunca cesó de sorprenderme. Fue a visitarme al hospital, en peor estado de salud que el mío, convencido de que su fin había llegado; doblemente enfermo por las horas de vuelo desde París, de donde había venido sólo para verme, demacrado, débil. Se había arriesgado a suspender por unos días su

tratamiento, para venir a atenderme en mi convalecencia Apareció en mi cama del hospital, y apretó una de mis manos con esa calidez sureña que podía reconocer, aun adormecida. Sentí mi mano apretada y su voz firme a pesar de una apariencia tan menguada: Madame. Abrí los ojos e intenté sentarme en la cama, él se inclinó a besarme. Probé, con éxito efímero, estar alerta, atenta a lo que iba a decir y a cómo iba a hacerlo, no podía traslucir la fuerte impresión que me hizo su aspecto, tampoco había ninguna razón para sonreír. Él también estaba haciendo un esfuerzo enorme por no transmitir sus emociones. Al final, en unos segundos, estábamos llorando los dos. ¿Por qué teníamos que ser diferentes o aparentar que lo éramos? ¿Por qué suscitar falsedad unos minutos que pudieran ser los últimos que compartiríamos? Lloramos y reímos, ¿por qué debía haber sido diferente?

Nadie como Jerry, entre los extraordinarios seres que interceptaron mi vida, tuvo una percepción tan penetrante, es decir, tan bien anclada en el ahora. Jerry estaba consciente de los dos abismos que tiraban de él con igual ímpetu, a los que cedía y entre los que se movía con sus poros despiertos. Aunque no veía sus contradicciones, y esto es quizás su mayor contradicción, sí era consciente de las fuerzas que luchaban por mantenerlo dormido o las que deseaban despertarlo. Nadie como él llevaba a la práctica, minuto a minuto, la filosofía de mi padre, resumida en la frase de que estábamos de paso, que era muy sano recordar que no éramos de aquí, que nos podríamos ir en cualquier momento. Ni siquiera cuando conoció a Daniel, a quien él llamaba en tono confuso «el amor de su vida».

Jerry, a su manera, poseía esa actitud práctica de Michel, que no reconoceríamos como sabia. De haber tenido tiempo, me hubiera repetido las palabras de Michel en su cama, consumido por el cáncer, y que fueron, además, como un silencioso legado de ambos, que descendían con sus poros abiertos hacia uno y otro abismo. Michel me tomó la mano, me miró con esa expresión suya que evocaba nuestros mejores ratos de intimidad, y me dijo que nunca magnificara la necesidad de unos espasmos. Me insistió, con esa sonrisa tan suya, débil ahora, aún pícara, en que no valorara en demasía lo que era eso:

espasmos. No les des el lugar que no tienen, que no deben tener, que no les debes dar. Michel sabía que yo no iba a seguir su consejo de forma consistente, que era imposible ser joven sin magnificar el sexo. Cuando menos, sus palabras, en esas circunstancias postreras, constituirían un alerta que mi memoria suscitaría en horas difíciles.

De manera que yo no era la persona apta para decirle a Jerry qué debía o no hacer. En las pocas ocasiones en que le pedí que se cuidara, me respondía, sí, Madame, claro, con esa expresión de complicidad con la belleza, la sensualidad y el placer del contacto físico que compartíamos. Y nos echábamos a reír. Jerry y yo reíamos con frecuencia, sin grandes razones para ello, no las necesitábamos.

El médico no quiso volver a escuchar mi pedido de ir a París a acompañar a mi compañero, a despedirlo. No me perdono mi cobardía de obedecerlo.

Ese día, en París, el frío de febrero no tuvo la suficiente fuerza para cerrar de nubes el cielo. Hubo un sol casi sureño, que él pidió que dejaran entrar y quedarse en su cuarto cuanto fuera posible. Junto a su cama, los tres tulipanes que le envié. Habían llegado a tiempo para decirle adiós con su presencia. Con esfuerzo, Jerry los había colocado en uno de los jarros rústicos, de arcilla, que habíamos adquirido en la India. En el diminuto clóset del hospital, escasa ropa. Sus pantalones y camisas gastados, sus medias y tenis viejos, desteñidos, apostararía que sucios, con los que había caminado y descubierto tanto, disfrutado tanto. Sus estatuillas, sus piedras y sus libros en la mesa de noche.

Se terminó, me repetí, como cuando corrí a abrir la ventana para que Grace escapara definitivamente una noche congelada de noviembre, cuyo frío no pudo tocarme. Se acabó, me dije, aliviada. La partida de Jerry había comenzado antes. Cuando se apareció a verme en el hospital, sentí como si el peso de su dolor ya hubiera sido descargado, filtrado, desechado. No creo que Jerry sintiera autocompasión. Lloramos porque estábamos seguros de que ese era nuestro último encuentro, no por lo que se nos avecinaba, a mí por vejez, a él por enfermedad. Detrás del llanto, sentí a un Jerry liviano, que no es decir consolado o no, resignado o no, sino entregado por entero a lo que estaba viviendo,

receptivo, abierto, que me recordó la liviandad de Michel. En mi padre, esa levedad ya había aflorado al ser su hija. Ya, entonces, Michel era leve, que es decir todo lo feliz que se puede ser en este planeta. Muchos hombres tienen esa levedad que da el vivir sin registrar la vida, la suprema intensidad que trae al presente la permanente muerte del pasado y la indiferencia por el futuro. En nosotras, esa tarea es bastante difícil. Somos permeables a las fuerzas de la naturaleza, terminan por dominarnos.

Como esos ermitaños que nos conmovían en la India, Jerry había aprendido a desnudarse de sí, lo que implicaba vestirse de infinitud, y por supuesto, de verdadera vida. Se había empezado a despojar de lo que tomamos por vida, de sus máscaras, comparando los sabores de la desnudez absoluta, diferentes en textura e intensidad, con los rutinarios pesos enmascarados de placer de lo consuetudinario.

el amante desconocido

*este movimiento sin centro, además de poner a prueba
y cambiar cada aspecto de nuestras vida, es el sitio de
encuentro de energía y materia, consciencia y realidad,
es la llamada del amante desconocido.*

Steve Harrison

Doing Nothing

Continúo tecleando ideas que quiero desarrollar. Cuando acabe de tomarme este café creo que voy a pedir una de esas cervezas belgas, caras pero insuperables, que vi en el menú. Los belgas tienen cien tipos de cervezas diferentes. Los alemanes, una en cada pueblo.

Tomarse una cerveza detrás de un café no es una opción, hubiera dicho Helen, y sin esperar mi contesta hubiera llamado al camarero para hacerle el pedido apropiado. Helen sabía lo que era idóneo para ella, su familia y el universo. No obstante, debería reconocer que en ocasiones mi mujer daba en el blanco. Voy a tomarme la cerveza detrás del café, aunque exista el peligro de un inapropiado dolor de estómago e incluso de diarrea. No importa, Helen, voy a celebrar tu ausencia con un dolor de estómago. Continúo tecleando.

Surgen cientos de interrogantes por cada pregunta que en apariencia puedo responder acerca del sujeto de mi investigación. Las escribo. Si Marguerite Yourcenar, en su vejez, ya había llegado a poseer un conocimiento vasto de sí y de la manera en que opera la inconmensurable maquinaria de la vida, dominada por fuerzas que disuelven al individuo en favor de la especie, ¿cómo había sido posible que se volviera dependiente de la compañía de un joven inestable y sin escrúpulos? ¿Por qué aceptó el maltrato de Jerry, si supuestamente estaba liberada del deseo, de la identificación? ¿Se habría sentido atraída por su compañero de viaje? ¿Se daba cuenta de que con frecuencia era manipulada por él? ¿Hasta qué grado Marguerite Yourcenar había incorporado en su ser el conocimiento psicológico que sin dudas tenía?

Intento armonizar en la pantalla de la computadora estas contradicciones de la escritora. Mi vista vuelve a recorrer el recinto, y se desliza, desde la pareja de jóvenes sonrientes sentada en una de las mesas de la acera, al matrimonio con sus tres hijos que me acompañan adentro del café. Las ideas que he escrito para ayudarme a descifrar la historia espiritual de la Yourcenar palidecen ante la realidad que absorbo en este instante. Tecleo una frase, levanto la vista y voy y vengo de una imagen a la siguiente como si estuvieran dispuestas en exacta continuación. Mis ojos se deslizan hacia la derecha del matrimonio con los niños,

donde está sentada la tercera pareja, la de los viejos que se han estado peleando.

El camarero los había conducido a la mesa con extrema cordialidad, deben ser clientes habituales. Tal vez viven aquí en el barrio. Los dos viejos se sentaron, pidieron sendas copas de vino y empezaron a discutir. Bueno, pensé con alivio, no he llegado aún a esta tercera etapa. Ya llegaré, con una mujer u otra. Detrás de mi sonrisa interna empezaron a delinearse unas preguntas ajenas al proyecto desquiciado que había emprendido. ¿Por qué aceptaba que tendría que llegar a la etapa de regreso a la infancia, con una segunda madre que era mi esposa? ¿Por qué tenía que ser así? ¿Quién me estaba obligando a aceptar esa imagen, a corporeizarla? Miré ese pensamiento, si fue eso lo que hice, y me di cuenta de que no era mío sino inducido. Si uno logra ver algo, está separado de eso. Uno no es lo que ve. El pensamiento y la emoción están sujetos a procesos mecánicos, sólo hay que esperar que pasen y vuelvan a aparecer para comprobarlo. No hay que identificarse con ellos, no dejarlos apoderarse de uno. Es raro que un profesor de literatura se diga que el pensamiento es un proceso mecánico.

Entre idea e idea detuve mi mirada de nuevo en la segunda pareja, la de mis coetáneos y compatriotas con los tres niños. Me acordé, con cierta envidia, de cuando trajimos a Paul a París, de sus asombros, de su disfrute. Se había matriculado para estudiar arquitectura, a instancias de su madre. No sirvieron de nada mis objeciones para que lo dejara escoger lo que quisiera. O quizás ella acabó por convencerlo de que eso era lo que él quería. En definitiva se salió con la suya. Me imagino que entre sus cálculos está que trabaje en su compañía, y pagarle un salario miserable, como hace con sus empleados. Por eso se les van, ha perdido excelentes arquitectos y diseñadores. Ella lo dice, y repite que nunca ha sabido por qué, después de lo que ha hecho por ellos. Ojalá reconozca a tiempo lo que le espera si acepta trabajar para su madre.

Paul y yo nos veíamos el Día de Acción de Gracias o en Navidad, como es habitual en nuestro agitado país. Cada año cambiaba las fechas en que se reunía con su madre o conmigo, para lograr una suerte de equilibrio familiar.

Este año me tocaba a mí la Navidad. Íbamos a ser tres porque traería a su novia. Helen la había conocido y aprobado. Estudiaba arquitectura también. Pronto vendrían a París, a sugerencia de Helen. Me los imaginé como los jóvenes sentados afuera del café. A mi hijo, con esa sonrisa segura que le nace a uno de la mujer que sabe acariciar con incredulidad. Me descubrí escribiendo estas preguntas: ¿por qué esa incredulidad no puede prolongarse en la vejez, si deciden seguir juntos? ¿Por qué adoptamos esos roles enfermizos, esas dependencias que asfixian? ¿Por qué estamos tan condenadamente enfermos? Y sobre todo, ¿cómo demonios no nos damos cuenta de que lo estamos sino que preferimos prolongar los conflictos y el sufrimiento hasta la última hora? ¿Qué demonios hay de delirante en este planeta? Ray lo vio, parece, y no supo cómo protegerse, no pudo soportarlo.

Llamé al camarero y le pedí una cerveza belga negra. Moví mi computadora un poco hacia el centro de la mesa, abandonando a la Yourcenar unos minutos. Observé que la pareja de ancianos ya no discutía. Ella se inclinó hacia él a retocarle el cuello de la camisa, desarreglado por uno de sus gestos enfáticos en la discusión que habían sostenido. Él había contribuido al gesto de ella echándose hacia delante. Sin dudas, ella lo regañaba por no seguir las reglas de indumentaria establecidas. Quizás esa no era la camisa que ella le había dicho que escogiera para usar esta tarde calurosa. Le habría propuesto una prenda de vestir clara y fresca, en armonía con el verano parisino que se estaba haciendo sentir. Él la habría contradicho con una expresión de travesura en sus ojos, riéndose por lo bajo. Ella habría peleado en el trayecto hasta el café. Y había continuado peleando en la mesa. Él, al fin, le habría dado la razón. ¿No se suponía que fuera así? Ahora ella lo premiaba con una caricia larga que deslizaba por el brazo. El viejo sonreía con orgullo. Era el orgullo que reflejaba el joven sentado afuera acompañado de su novia, y era la misma caricia. Ambos, caricia y orgullo, deslustrados por los años de la piel que acariciaba y de la piel acariciada.

Seguí rumiando ideas y empinando el codo, lejos de la Yourcenar. Volver con Helen sería agregarle a mi vejez necesidades que no me molestan. Sería una

compañera llena de angustia, mi vejez estaría contaminada por una angustia que no siento. Los rasgos de su carácter se estaban pronunciando con el paso de los años. La última vez que nos vimos, en la estúpida fiesta sorpresa que le organizó a Ray, vi a una mujer aterrorizada por la vejez, terminada. Aún mantenía esa mirada de complacencia, esa expresión de que ha acabado por convencer a la gente de la verdad de lo que dice, de lo inadecuado, cuando no inexacto o falso de un criterio que no haya congeniado con el suyo. Admití que no la iba a poder soportar nunca. Y volvía a repetirme: ¿cómo demonios la había podido aguantar cuatro décadas? Era incomprensible.

Mi hijo no quiere que siga solo. Eso es lo que hay detrás de este encuentro navideño que ha planeado con la posible añadidura de Helen. No se lo pregunté, no iba a hablarle así de su madre: ¿pero cómo sería mi vejez junto a ella? Por las noches, o durante los fines de semana, cuando no tuviera otro remedio que soportarla, me obligaría a sentarme a ver televisión, trabajaría o leería de madrugada en mi despacho. Buscaría qué hacer para evitarla a toda costa. Y ella iría a verme, a comentarme sus compras, donde había logrado rebajas y donde no, a hablarme de sus clientes, de sus proyectos actuales y futuros, del estado de sus acciones a cargo de Harry, y de cientos de cuestiones tuyas que no podían interesarme menos. Era evidente que el mundo desde su creación no había parado de girar alrededor de Helen Westerfield.

Es la historia que veo enfrente de mí, condensada y con ciertas variaciones. De los jóvenes ilusionados que tomaban vino en la mesa de la acera del café, pasando por el matrimonio que había intentado quebrar la aridez de su relación con un hijo —como si los niños se hubieran vuelto calmantes para la desesperanza—, a la pareja de abuelos que se entretiene intercambiando roles paternas. ¿Eso era todo? ¿A esto conducía la vida?

Hablar con Paul es inútil, no va a entenderme. Ray me hubiera oído a su manera callada, que comprendía el significado y la importancia de saber escuchar. Paul ve en mí a un hombre solo. El miedo a la soledad está demasiado metido en la psiquis humana, es nuestra psiquis. Mi hijo va a querer protegerme, no va a intentar ponerse en mi lugar. Nunca pude hablarle igual que

a Ray. Ni cuando me separé de su madre, le pude hablar de mí. Estaba convencido de que Helen y yo íbamos a reconciliarnos. Paul sólo me pregunta qué necesito. Nunca se ha mostrado dispuesto a escucharme.

Mi hijo no va a entender cómo Laura Chang vino a mostrarme, muy tarde, que las relaciones sanas pueden ser realidades. Es posible una relación de dos seres que no se necesiten ni se usen, que no tengan nada que probarse uno al otro ni a nadie, que no se complementen porque ya están completos. Que estén en el presente, con sus sentidos aguzados. Estoy convencido de que Laura Chang halló ese compañero que no deseaba ni buscaba. Y ese amante desconocido encontró en su mujer un vacío en el que todo cabe, donde la familia es lo cercano, no lo imprescindible, y jamás puede volverse prisión. La seguridad de esta familia que criarán —crearán me atrevería a afirmar— no dependerá de ninguna industria que venda papeles llenos de idioteces, ni de los regalos, ni de las flores o ese estúpido «te quiero», que reiteramos en vano. La felicidad de esta familia no la determinará ningún intermediario, llámese cosa o idea que es igual, sino ese vacío en el que todo cabe; y los preciosos ojos asiáticos de los hijos de Laura y de ese desconocido, nunca brillarán con el deseo de posesión al que persigue inevitablemente el sentimiento de hastío. Los hijos de Laura Chang usarán lo que sea hasta donde lo pidan las circunstancias, y se desprenderán de lo que sea sin dudar un segundo al exigirlo las circunstancias. La dicha de esa familia va a renovarse en ese vacío y esa vulnerabilidad donde no hay barreras que aíslen ni miedos que sobrevivan. Los hijos de Laura y de ese elegido de la felicidad serán una amenaza permanente a los ojos de los demás, unos verdaderos y peligrosos revolucionarios, porque contribuirán a cambiar el mundo sin proponérselo.

Mi hijo nunca podrá entenderme. ¿Cómo podría entender que entre la utopía de Laura y la vida calcada que llevaría con Helen, prefería la soledad? ¿Es que hay algo peor que la soledad?, me preguntaría Paul. Sí, Helen.

el bien infinito

tu "mirada" es el problema.

Osho

Querido Ray:

Ante todo deseo pedirte disculpas por mi demora en contestar tu atenta e inteligente carta. Había estado de viaje y luego ocupada atendiendo asuntos que no podían postergarse. No acostumbro a contestar mi correspondencia hasta disponer de condiciones para pensarla. Al fin he podido leer tu carta con el detenimiento que buscaba, y me he sentado a contestarte con tiempo.

Creo que posees una delicada sensibilidad poco común en jóvenes de tu edad. No conozco la música que prefiere la juventud. Tu padrino y profesor de francés me ha asegurado que las letras de tus canciones son verdaderos poemas, y que eres, más que un maestro, un innovador en los teclados y la guitarra. Te felicito. Espero poder escuchar tu disco en cuanto salga a la venta. Nunca es tarde para ampliar el horizonte de los gustos.

He leído tu misiva varias veces. Tu gramática es impecable. La facilidad que tienes para expresar tus ideas de manera clara y sintética, en tu segundo idioma, me ha fascinado. Sobre todo, dada la profundidad de los temas que tocas. Créeme que no te estoy elogiando, sino manifestándote mi grato asombro.

Primero debo decirte que entiendo cómo te sientes y la desesperanza que has descubierto en el mundo que te rodea. Comprendo que tus padres no presten demasiada atención a tus ideas, y menos tus amigos, ni siquiera los que comparten tu gusto por la música y que quizás no hayan alcanzado tu madurez. Sé de ese sufrimiento interno que sientes, para el cual Erick From creó una palabra, separatidad, y me asombra que lo hayas padecido a tu edad.

Cuando se es joven la vida promete demasiado y uno responde a esas promesas de acuerdo con su entorno. Eso lo sabes. En cambio, tú parece haber saltado pasos. Tu respuesta ha sido diferente. Has optado por observar y observarte con objetividad, si cabe decirlo así, y lo que has visto no te ha gustado nada. Eso, si ocurre, es cuando se calman las hormonas, las emociones no nos arrastran con sus bríos y la repetición de los patrones de pensamiento acaban por aburrirnos.

Créeme si te digo que he sentido ese sabor rancio que la vida adquiere. Ese extraordinario peso sin forma, que mencionas, es síntoma de que has visto la vida como es. Entiendo al igual que tú, ese pasar por el mismo camino y tocar a la misma puerta, esa insistencia en llegar a un lugar que sabemos inexistente. Créeme, sé de lo que hablas. Y no es que lo digas, lo has visto, y ahí es donde radica tu victoria. No has necesitado de ningún libro, sacralizado o no, de ninguna filosofía, calificada o no, ni de ningún predicador o líder para observar y descubrir. Lo has hecho tú solo, desde tu soledad precoz que es un bien infinito. ¿Cómo hubieras podido descubrir ese extraordinario peso sin forma, sin haber tenido la fuerza de permanecer con (y en contra) de esa persistencia en llegar a un lugar que sabes que no existe? Creo que podrás notar esta paradoja: tu soledad ha sido un bien infinito, pero las conclusiones a que te ha llevado son abrumadoras. Hasta este punto estamos de acuerdo, y no ceso de admirarte por esta visión consciente que has adquirido y que nadie podrá quitarte. Te has adelantado, te repito, eso sucede después y casi nadie lo admite de dientes para afuera.

En vez de cambiar la manera en que tomamos la vida, cuando van muriendo uno a uno sus significados, nos volvemos cínicos, frustrados, amargados. La inteligencia muere y con ella la compasión. Así que eres doblemente valiente: has visto y has hablado. Quieres comprender. No cesas de asombrarme, créeme. A continuación, discreparemos. Voy a darte una cuantas ideas ahora, no las ponderes, no las rechaces ni las aceptes, simplemente vuélvete receptivo sin reaccionar a ellas. Vuélvete pasivo. Ya sabemos lo difícil que es, inténtalo, podría resultar interesante.

Lo primero que te pido es que no escapes. Observa las innumerables formas de escape que hemos ideado para evitar sentir la vida como es; observa cómo ella conspira para que no comprendamos. La imaginación mecánica y exaltada (no la que te capacita para crear tus canciones), la vanidad, el orgullo, observa lo vulgar que resulta siempre ese personaje múltiple que llamamos ego, que erige un centro y una barrera imaginarios, donde se atrinchera y combate hasta el final de sus días. Observa las mentiras que dice de sí y de los demás, cómo juzga lo

que ve desde ese centro fortificado, y cómo, por el contrario, se le hace imposible y repugnante verse. ¿Podría concebirse un dechado de virtudes así que le horrorice contemplarse? ¿Cómo puede existir este contrasentido fundamental que nos pasamos la vida sin resolver? No, me equivoco. Nos pasamos la vida intentando resolverlo de la peor manera posible: escapando.

Observa la incontable variedad de escapes a nuestra disposición, no conducen a ningún sitio. Y observa las rutas que quieren apartarte de la vida. Tu vida no va a cambiar si te apartas de ella. Esa actitud es otro tipo de droga, tolerada. Probablemente ese personaje que llamamos Ray empeore al rodearse de una atmósfera beatífica y desee convencer a la gente de su particular forma de redención. Ese personaje convocará seguidores con la imposición de un ejecutivo que exige a sus subordinados mayores ventas. El patrón mental es idéntico. No te quepan dudas.

No escapes de ese sufrimiento que has descubierto en ti. Abrázalo, digiérello, vuélvete uno con él, que en esa actitud está la posibilidad de su disolución. El reto está en continuar inmerso en la vida, sin pertenecer a ella. Contempla su movimiento inmenso, compréndelo sin juzgarlo. El acto de comprensión te puede liberar y así podrás aproximarte a la verdad. El trabajo es aquí, no en una celda de retiro donde no vas a estar solo. El ego estará contigo, y esa es la barrera. Dicen los maestros que cuando se disuelve la barrera y el sufrimiento es sacrificado, no evitado, la visión de la vida se transforma. Al transformarte, habrás transformado tu existencia.

Desecha esa idea de romper con la vida. Observa quién dentro de ti habla de esa forma. Porque es una de la tantas voces del personaje llamado Ray, que desde su centro pretende resolver el problema rápidamente, con un escape más: el escape supremo. Tú no eres ni esos pensamientos, ni esas emociones. No sabes lo que eres ni te lo preguntes. Sólo trabaja en el sacrificio definitivo del dolor y del miedo que han acompañado al hombre durante siglos. Con dolor y miedo no puede haber conocimiento, vivencia, amor.

Observa cómo la gente se siente ofendida cuando se les habla de sacrificar el dolor. Así es la vida, dicen, y escapan con lo que tengan a la mano. Observa esa

indignación con la que reaccionan ante una idea que les cuestione esa lucha constante en la que viven, con instantes de lo que llaman felicidad; observa cómo han hallado su identidad en los conflictos, y cómo esa actitud de apego al sufrimiento acaba con las capacidades de la mente y los vuelve cínicos e indiferentes, es decir, muertos.

No puedes irte Ray, ni para un monasterio, ni para siempre, porque hacen falta jóvenes como tú en este planeta arrasado, que empiecen a comprenderse y a comprender. Esa es la única vía para transformar este mundo, reflejo de lo que hay en nosotros: que uno a uno empecemos a vernos como somos. Porque, si no sabemos lo que somos, cómo vamos a saber lo que debemos cambiar o destruir. No puedes irte.

El cuerpo de este planeta está enfermo, y si puedes soportar lo que ves, empezarás a curarte y actuarás en la cura que el mundo necesita. No escapes jamás, sólo mira sin emitir juicio, que en ese acto radica tu transformación. Y tenemos que transformarnos, si queremos crear el mundo que es nuestro derecho de nacimiento. Un derecho que han ganado para nosotros, con sus enseñanzas y su entrega, aquellos que han aparecido en todas las culturas, a lo largo de la espantosa historia humana.

Tenemos derecho a un mundo diferente y vamos a lograrlo al transformarnos uno a uno. Tenemos derecho a un planeta sin guerras ni maltratos, sin ruidos artificiales ni objetos inútiles y sin el sometimiento de masas ocupadas en fabricarlos o embotadas por consumirlos. Un mundo sin manipulaciones, que eleve al máximo la idea de renovación y desprece la noción de rapidez, y en el cual la sexualidad, en todas sus manifestaciones, se considere cercana a lo sagrado. Un planeta donde sea vergonzoso tener más de tres hijos, en el que la vida animal y vegetal sólo se destruiría por necesidad y siempre con aflicción, un mundo sin idolatría y lleno de respeto, en el cual la muerte formaría parte de la extraordinaria aventura en que habríamos convertido la vida.

Recuérdalo cada instante, ese mundo es nuestro derecho de nacimiento. Nuestros predecesores lo han conquistado con sufrimiento para que cada uno de nosotros lo encuentre a través de su mapa, es decir, su historia personal, su

potencial espiritual, su disposición a luchar y eventualmente pagar por ese conocimiento que debe convertirse en un encuentro definitivo, en una transformación personal y del mundo.

Finalmente, Ray, te doy las gracias por tu amable opinión acerca de Memorias de Adriano. Tu interpretación de la obra es muy acertada. Has descubierto al reformador, al unificador, a un excepcional hombre de estado. Creo que la mayoría de mis lectores, al sobrevalorar la vida íntima del emperador sin analizar su rica personalidad, han recorrido sólo una tercera parte de la historia. Gracias por tus inteligentes apreciaciones.

A tu pregunta respondo que sí, que estoy enfrascada en varios proyectos. Te prometo que sabrás de ellos en cuanto vayan saliendo impresos. Es una promesa que te hago a cambio de la tuya, de que me avises de la salida al mercado del disco. Quiero estar entre las primeras en disfrutar de tu música. Sé que va a ser un éxito tremendo. Por lo que me han contado, el proceso de creación al que sometes tus canciones, tanto en las letras como en sus melodías y arreglos, ya te ha convertido de hecho en un exitoso creador.

Recibe mis felicitaciones anticipadas y un abrazo prolongado de la admiradora que tienes en Mount Dessert,

Marguerite Yourcenar.

caminos

*uno encuentra su destino en el camino
que tomó para evitarlo.*

Antigua cita sufí

No sé por qué nunca fui a Mount Desert cuando era profesor y Petite Plaisance ya se había convertido en museo. Algunos de mis alumnos fueron, y repitieron sus visitas para disfrutar del esplendor de esa isla que ni siquiera lo es. Tal vez no fui por una de esas razones con las que justificamos, al final, que no hicimos lo que hubiéramos querido sino que la vida hizo de nosotros lo que quiso. O fui postergando esa visita porque Mount Desert es un sitio cercano en comparación con Europa, donde podía hallar nuevas claves para entender a esta mujer. La juventud de Marguerite me intrigaba, la inconmensurable libertad con que vivió en una Europa tan vehemente como traumatizada. O quizás aplacé mi visita a Petite Plaisance por la inesperada partida de mi hijo, debida a un cáncer que lo mató en un mes, o por la demencia de Helen, causada más por su infinito miedo a la vejez y a la muerte que por la desaparición de Paul. Lo importante es que he consumado mi viaje a Mount Desert, y he regresado rejuvenecido por su belleza, por el recuperado contacto con la escritora y con mis recuerdos.

Cincuenta años es un largo tramo de tiempo. No obstante, parece que ha adquirido una connotación diferente. Es como si los eventos significativos de la existencia estuvieran vívidos en este minuto. Es difícil de creer y explicar. ¿Y a quién? ¿A quién puede importarle y a quién explicárselo? Es sencillo, al menos para mí: ayer enterramos a Paul, esta mañana he recibido el ensayo que Laura Chang me envió desde Harvard, por el gratuito hecho de escribirlo y que yo lo leyera, acabo de regresar del funeral de Ray, donde Harry y yo todavía no hemos podido convencer a Tracy de que su hijo quería ser cremado. Helen está espantada, le repito que deberíamos respetar la voluntad de nuestro ahijado aunque no la haya plasmado en un documento legal. Les reitero que tienen que creerme, Paul me apoya, los tres habíamos hablamos de eso. No sé si se acuerda. Me apoya. Lorenzo, mi amigo cura, también. Es imperdonable, no supe ayudar a Ray, me repite con derrotismo. Terminó por convencer a Tracy para que permitan la cremación de su hijo.

Mi amigo cura aparta de mí su hombro cada vez que pongo en él mi mano, asegurándole en silencio que hizo lo que estaba en su poder para evitar que Ray viajara hasta una ribera del Mississippi para perderse en sus aguas. En uno de

esos gestos, mi amigo sacerdote no sacude el hombro, su expresión frustrada da lugar a esa sonrisa suya perenne e intangible que nos es familiar. De sus pláticas con Ray ha inferido que conoció a Marguerite Yourcenar en una visita que hiciera con Grace a una iglesia de Dorsoduro, el barrio veneciano en el cual creció y empezó a formarse como cura. ¿Sabes que Ray sentía una empatía particular y apasionada por esa mujer? No, no lo sabía, le dije para proteger la intimidad que tenía con mi ahijado, sabía que había comprado y leído dos o tres novelas suyas, y que la admiraba. ¿Tampoco te dijo que había ido hasta Mount Desert, a verla, y no se atrevió a tocar a la puerta de la casa? No, no me contó nada. Es raro, a lo mejor quería darte la sorpresa después de conocerla. Seguro, sí, le respondo.

Lorenzo va a reunirse con Tracy. Yo me sitúo por un rato entre la sorpresa y un agudo aumento del dolor que siento por la muerte de mi ahijado. Que haya ido hasta Mount Desert, sin comunicármelo, demuestra que yo no significaba para Ray tanto como había pensado, como deseaba que fuera. Parece que la intimidad que compartíamos no tuvo una igual equivalencia para los dos. Me muevo entre el dolor y la confusión. Intento olvidar la anécdota.

Las cenizas de Ray se van a mantener en un ánfora seleccionada y comprada por Helen, quien ha convencido a Tracy para que la guarde en el sótano. La posesión enfermiza de Helen no ha dejado que echemos las cenizas de Ray en el mar. Un día me lo pidió, lo tomé a broma. Lo conté y Helen se horrorizó. Se sintió insultada, es lo que acostumbra decir cuando los demás no cumplimos con su voluntad. No insistí. A Tracy le complació mantener las cenizas de su hijo cerca. La posesión es un virus muy contagioso.

La casa está llena de gente. Hay varios periodistas famosos, colegas de Tracy. Están haciendo un reportaje, Helen no los suelta. Es su primera entrevista por televisión, ha llorado sin consuelo ante las cámaras. Lo ha hecho bien, la muy ignorante no sabe que las palabras de una madrina llorosa no tienen impacto en el noticiero estelar donde Tracy es la figura. Una madrina desconsolada no va a atraer audiencia entre dos comerciales. Van a editar y cortar esos minutos que le grabaron. Helen esperará en vano la emisión nocturna del noticiero en la sala de

casa. La observaré desde el comedor, donde he ido a servirme una copa de vino. Se parará frente a la pantalla del televisor. Ni siquiera podrá esperar sentada. Sacarán una foto de Ray, citarán las ventas de su único disco y Tracy agradecerá el apoyo recibido por sus compañeros y los correos electrónicos enviados por los televidentes. El disco de Ray volverá a lanzarse al mercado, gritará Helen sin despegar la vista de la pantalla del televisor, disimulando su turbación, tuvieron la delicadeza de no mencionar el suicidio, puedo respirar tranquila, susurrará apagando el receptor. Aclara que eso esperaba, que no mencionaran el suicidio de Ray, para irse a dormir. Yo optaré por no contestarle. Helen llama la atención con su voz nerviosa. Ha estallado en risas. Su demencia ha emergido con la expectativa de salir por televisión o quizás por la presencia de la muerte. La muerte, casi inexistente, ha decidido aproximarse a ella. Su miedo infinito escapa envuelto en risas histéricas en el funeral de su ahijado. Tracy no se mueve del sofá, su mirada está perdida, apenas responde gracias a los que van llegando y le dan el pésame. Le susurro a Helen que baje un poco la voz. Me mira con esa expresión de condescendencia que acostumbra. Sigue igual, y yo tendré que aguantarla hasta que la demencia nos obligue a internarla. Su capital se irá en eso y en los extravagantes antojos que nos exigirá. Nunca llegaré a sentir compasión por ella. Es extraño sentir compasión por gente que no conozco y no poder sentirla por mi mujer. No sentiré compasión ni odio. Ni me los inventaré. No sentiré nada, será muy extraño.

Traen las cenizas de mi ahijado, Tracy se echa a llorar. Mi hijo Paul y su novia están junto a ella. Paul no sabe qué hacer para responder al dolor de los demás. Está callado, observando a su madre que ya no ríe, habla a gritos. En unos años Paul va a conocer la enfermedad y la muerte. Sufrirá poco. El dolor que sentiré por la muerte de mi hijo acabará por quemar las raíces de mi sufrimiento personal. A partir de entonces estaré medio muerto. Si termina el sufrimiento y los deseos se convierten en aceptación plena de lo que nos rodea, es porque uno está muerto. Los demás no me verán muerto, van a ver a un conformista cuya salud le permite seguir enseñando francés a media jornada. Verán a un solitario, a un viudo aburrido. ¿Quién podría entender, fuera de mí, esa

sensación de vitalidad, de alegría, que me sobreviene en ciertos minutos imprevisibles?

Harry me pide que coloque el ánfora en el sótano, donde reposan los instrumentos de la banda de Ray. Bajo la escalera, entro y no sé qué me hace abrir la vasija y verter la mitad de las cenizas en uno de los bolsillos de mi pantalón. Coloco el ánfora en una repisa que mi ahijado llenó de casetes de música. Le echo una ojeada a la habitación donde pasamos tantos buenos ratos. En una esquina, recostados, los cuadros que nunca quiso vender. Los reviso imaginando cómo hubiera podido ser un encuentro entre Marguerite Yourcenar y Ray. Creo que ella lo hubiera recibido aun sin conocerlo. La sonrisa de mi ahijado allanaba el camino que se le ocurriera tomar. Tal vez ella hubiera abierto la puerta. Él la hubiera saludado en francés, con lo cual habría ganado el derecho a una conversación. Marguerite lo hubiera hecho pasar al recibidor situado al lado de la habitación donde escribe. Hubieran hablado horas. Y él hubiera recuperado su sonrisa, su serenidad, la paz que transmitía.

Ray ha estado rondando por Petite Plaisance, animándose para atravesar el sendero de entrada, subir los dos escalones que lo separan del estrecho portal y tocar a la puerta. Ha llegado hasta ahí, no se ha atrevido a levantar la mano y tocar el timbre. Vuelve a salir a la calle. Se dirige a buscar su auto, que ha estacionado en el pueblo para no llamar la atención. Camina y mira hacia atrás varias veces, en dirección a Petite Plaisance. Hay una luz encendida en el ala izquierda, donde la escritora escribe hasta tarde. La cocina se ha iluminado, se imagina a Marguerite haciendo un poco de té. Y se ve allí, junto a ella, esperando los segundos exactos para que la infusión no quede ni amarga ni desabrida. Ella sabe cómo preparar un buen té. Dice Gurdjieff que es un placer charlar con quien sepa hacer un buen café. Ray sabía que con esta mujer se podía charlar. Unos grados de osadía en su personalidad le hubieran permitido atreverse a tocar la puerta que deseaba ver abierta, y hubiera ocurrido uno de esos inadvertidos milagros que nos visitan a diario. Una conversación con esta mujer lo hubiera renovado. Mucho de lo que habíamos hablado, él lo habría visto vivo en la escritora. Por eso no pude ayudarlo, porque no vio en mí una vivencia.

Una noche Ray se apareció tarde en casa. Lo había hecho otras veces, sin llamarme, no me asombró oír su voz por el intercomunicador. Lo recibí en el umbral. Escuché sus pasos apurados subiendo los escalones y presentí que algo no andaba bien. Se me abrazó llorando y me preguntó si podía quedarse a dormir. Claro que sí, le dije, por qué lo preguntas. Supuse que había tenido una de esas discusiones terribles con su madre. Entramos abrazados a la sala. Le susurré que iba a traerle el ponche de frutas que le gusta y que compraba por él. Le traje el vaso. Nos sentamos a charlar. A decir verdad, hablé yo. Le repetí la andanada de consejos que le daba al verlo en una de estas crisis. A pesar de sentirme alarmado, no tuve en cuenta que su estado era peor en esta ocasión. Sólo preguntaba por qué, por qué. Vi que era inútil hablarle, me senté a su lado en silencio. Paró de llorar y me pidió disculpas mirándome con unos ojos descaminados que me asustaron. Se iba a acostar en el sofá de la sala. Le propuse que durmiera en mi cama, con comodidad. Le tendí uno de mis pijamas y fue a ponérselo al baño. Regresó en silencio, parecía calmado. Se tendió al lado mío con los brazos cruzados bajo su cabeza, mirando al vacío. Como estaba leyendo, con la lámpara de noche encendida, le pasé la mano por los cabellos que le caían en la frente y le pregunté si deseaba conversar o dormir. Me respondió que iba a tratar de dormirse. Iba a volver a acariciarlo, me detuve. Si quería dormir, era mejor dejarlo tranquilo. Apagué la luz.

Lamento no haber seguido acariciándolo, hasta que se durmiera. De haberse dormido en mis brazos, Ray hubiera sentido cuánto lo amaba, si bien nunca tuve el coraje suficiente de aceptarlo ni decírselo. En esas circunstancias, mi confesión lo hubiera ayudado. El amor está presente como el costado escondido de la desgracia, para hacer uso de él. El amor real, el que no atormenta, no ciega ni aprisiona, es sanador. De haberlo seguido acariciando, él lo hubiera comprobado.

Ray no se quedó dormido en mis brazos por las secuelas de mis caricias, sino por el efecto de un tranquilizante que ni siquiera me había pedido y que le di mezclado con el ponche de frutas que le gustaba. Esa noche fue la única vez que dormimos juntos y la última que lo vi con vida.

las visitas

*sigue cortando leña
y transportando agua*
Koan

Sabía que ibas a volver. Sabía que sí, no cuándo. Tu rasgo definible es sólo la imprevisión. Podías hacerme señales en circunstancias extraordinarias, a mitad de una taza de té o de una copa de vino. Eran señales, no eras tú. Hasta que volviste en uno de esos inviernos intolerables, pero infinitamente blancos y silenciosos, que nos obligan sin remedio a permanecer dentro de nosotros la mayor parte del tiempo. ¿Podría haber una época más propiciatoria para nuestro reencuentro? No lo creo.

Regresaste acompañado de ese susurro blanqueado que cae sobre Petite Plaisance, la rodea y casi entierra como un simulacro de muerte, para que aprendamos a valorar y a disfrutar de las señales de la resurrección primaveral que irán apareciendo en las semanas próximas. Para que aprendamos a gozar con vehemencia de la belleza de la primavera y del esplendor del verano que le sigue. ¿Cómo íbamos a saber gozar a fondo de esas dos estaciones sin haber pasado por un invierno abrumador?

Regresaste. Llegas para que conozcamos a fondo nuestro silencio, todo el silencio. Es en él donde desfallecen el pensamiento y la palabra unos segundos que pueden ser inolvidables. La realidad construida, es decir, adulterada, da paso a la Realidad. Entonces, hablan las cosas. Habla el pan que horneo en la cocina, después de haberlo preparado y amasado. Habla el chirrido de una puerta cuyas bisagras piden a gritos unas gotas de aceite, ya me lo ha advertido el carpintero como a la espera de una orden que se me olvida darle. Habla ese libro que Grace acaba de tumbar del estante, con el paso apurado que intenta recuperar al ir del recibidor a la cocina, o al responder a una llamada mía que le parece perentoria. Grace responde a mi egoísmo con pasos rápidos que se vuelven torpes de cara al hecho irreversible de su marchitamiento. Por un segundo hemos creído que la vida no ha cambiado, que puede sentarse frente a mí a continuar con la traducción que había emprendido, tras regresar de la oficina de correos o haberse levantado para encargarse de alimentos por teléfono. Quizás hemos pensado en planear un regreso a Grecia, a España, para los meses venideros. El silencio, la voz de las cosas, que no tiene respuesta sino dentro de cada uno de nosotros, nos recuerda que todo ha cambiado. Nos

reímos. Yo le pido perdón por haberla llamado con tono de urgencia, y ella desecha mi disculpa con su sonrisa y uno de sus gestos cálidos.

Y tú, en tanto, regresabas. A tu paso fortuito. Tenías que regresar antes de que Grace partiera, para intentar hacerme entender, de nuevo, que somos seres delirantes, incapaces de reconocer esa dimensión de la belleza que no puede acotarse a un cuerpo o a una cara, ni siquiera a una mirada piadosa o a la risa libre de un niño. Tenías que regresar para que una mujer vieja como yo, que ha amado infinitas expresiones de la belleza, descubriera al final de su vida más belleza. O con exactitud, para que una mujer de piel gastada y rostro seco, se convirtiera en la belleza. Tenías que visitarme en medio de la agonía de mi compañera, para que yo entienda mejor la vida e intente vivir mejor mi muerte.

Sé que estás ahí, cercano, nunca palpable. Si acaso, eras imaginable. Al percibir tu presencia vívida, he comprobado que ni eso. La pródiga imaginación no puede ni siquiera esbozarte, porque cómo podría describirse lo que no deviene, lo que es. Describirte siempre sería tu anulación, porque la palabra encubre. Y el mundo que hemos creado vive sostenido por la palabra, es decir, por el encubrimiento. El mundo está muerto, lo hemos destruido con la palabra, por eso nunca voy a describirte.

Decir que has hecho hermosa a una mujer vieja y ajada, ¿qué sentido tiene fuera de ti y de mí? ¿Cómo alguien va a pensar que me he vuelto hermosa a los setenta y seis años? O decir, pongamos por caso, que me has hecho feliz, que es hasta donde puede llegar la palabra. Decir que algo indescifrable en mí, me ha hecho hermosa y feliz. Que me ha despertado. Que es eterno. Abominable término que ha puesto a dormir este planeta desde los púlpitos que estaban destinados a despertarnos. ¿Cómo es que una mujer de letras, académica, no encuentra la metáfora para delinearte? Porque no existe. Ni la poesía puede acercarse a lo que está completo, no deviene y es realmente libre. Pensar en ti ya es suficiente abominación.

Jamás has dejado de estar aquí. Estás ahora conmigo, y sin embargo, no puedo sentirte con la intensidad que deseo. Ese deseo es la barrera, ya lo sé. Pero conservo un sabor tuyo, menos fuerte, de mis subidas al Monte Cadillac y de mis

caminatas por los litorales de esta isla, de la contemplación de sus lagos, en los veranos memorables de esta región. Conservo cierto sabor tuyo de mis estancias en Atenas y en las islas griegas. En Grecia me daba cuenta de lo atada que estaba a este planeta, y a la vez, de lo libre que esa atadura me hacía. ¿Dónde estaban entonces mis pensamientos y emociones, mis proyectos y anhelos de éxito, mis ansiedades, ese mundillo denominado Marguerite Yourcenar? En un café de Atenas, cerca de la Acrópolis, a un costado de la Piedra Sagrada o caminando por ella, sentada a unos metros del Partenón, bajo ese cielo griego incomparablemente despejado, en los farallones de Santorini, en la sagrada Delos, podía sentir el sabor interno e indescriptible de tu belleza. En Grecia siempre estabas presente, a pesar de mí. Es que eres igual y diferente. Eso es lo que se supone que deba ser el amor, una renovación permanente de los dos que se aman, fundada en la certeza de que han dejado de ser dos, de que no puede haber dos y amor. Esa certeza sólo la puede propiciar el silencio.

Hay noches en que de tanto silencio, no sé si Grace ha partido sin que lo hayamos notado o sigue aquí. No me pide un vaso de agua ni me grita para que salga de su habitación, a la que de súbito me ha prohibido entrar. No vuelve a preguntarme, todavía con dudas, si ya ha llegado su fin. No me pregunta cómo me siento ni si me voy a acostar ya. Pobre Grace, no sé cómo le quedan fuerzas para preocuparse por mí.

El silencio me sobresalta y subo a asomarme a su cuarto. Doy unos pasos y me acerco a su cama: respira tenuemente. Sigue aquí, de milagro, una noche que podría ser la final. Y mientras, tú regresabas, a tu indefinible paso.

Llegabas en medio del olor a medicinas, a enfermedad terminal, como si la muerte fuera una prolongación de tu belleza. Llegabas a través de los caminos congelados de Mount Desert, entre la densa blancura que cae sin tregua; en un silencio tan intenso como la inexistencia de las cosas, o como su existencia, porque han adquirido su verdadera voz al dejar de estar separadas, o sea, moribundas o definitivamente muertas. Estás aquí cuando siento la presencia de Grace asomada a la puerta, levanto mis ojos de la hoja escrita y empujo unos

milímetros la máquina de escribir. Es nuestro código, Grace sabe que la estoy invitando a conversar. Lo siento, murmura, ¿necesitas algo? Voy a acostarme. Respondo con una sonrisa, y ella desaparece, se disuelve en el silencio con que emergió.

Espero, atenta, unos minutos, hasta estar segura de que ha podido subir sola la escalera empinada que conduce a los altos, como ha hecho desde que está enferma y hará mientras se lo permitan sus dos piernas, según aclara a viva voz a quien le desee ayudar. Sigo escuchando sin levantarme. Dejo de sentir sus pisadas susurrantes entre un escalón y el próximo. No he estado ayudándola a subir, pero estoy al lado suyo sintiendo su respiración agitada, su temblor en los brazos aferrados al pasamanos de la escalera.

No la escucho, ya ha subido. Ya debe haberse detenido en el pasillo a tomar un respiro para continuar hacia su cuarto. Seguro que se está acomodando en la cama, muy despacio, y se le escapan unos quejidos. Está en su habitación, a puerta cerrada, y los deja aflorar con alivio. Vuelvo a mirar la cuartilla escrita a medias. Me repito que no he sido merecedora de vivir con un ser provisto de una humanidad tan poco común.

Tú has estado presente a través de Grace, en sus frases gastadas, no obstante frescas, en sus cuidados. En ocasiones eras Grace, el mar Egeo o el olor de Grecia, la sabiduría de Michel, su libertad y en menor grado su melancolía. Estabas presente en la espontaneidad, en los ojos curiosos y en los rayos de sol sureño que destellaba Jerry, en los silencios de nuestro jardinero.

Pero en ninguno de ellos estabas en plenitud. Para que tu presencia me desbordara no bastaba recordarte, tenía que replegarme, rendirme. No preocuparme por el futuro ni por la enfermedad de mi compañera, ni por los horrores que nos causamos los seres humanos e infundimos a este planeta. Para que estuvieras plenamente presente, tendría que diluirme en un acto de egoísmo absoluto, lo único que despierta esta indescriptible emoción sin sombra que siento, a la cual llamaría felicidad. Es una alegría tan irracional, tan libre de causa e incomprensible, que pudiera enloquecerme. Desde fuera me verían así: enloquecida de felicidad irracional. De felicidad real, diría, término vago, porque

¿cómo puede haber una felicidad imaginada? Diría que sí, que existe la felicidad imaginada. Y que puede satisfacernos bastante, una vida.

Pronto tu intensidad empieza a menguar y desaparecer para que yo siga viva, o lo que llamamos estar vivo. No me has matado, recuerdo que he estado muriendo desde que nací. Después de cada visita tuya muero con más ansias, es decir, vivo cada segundo con verdadera vida. Te has ido, pero ese sabor a felicidad sin sombra que sólo tú puedes dejar, persiste como el recuerdo de una buena cena.

Entonces, vuelvo mi mirada hacia la cuartilla inacabada y me dispongo a teclear hasta el amanecer.

colofón

Mi relación con Margerite Yourcenar comenzó a finales de la década del ochenta, cuando una amiga me prestó una edición de *Memorias de Adriano* maltratada por lectores cubanos ávidos y apurados. Luego de leerla, creo que en un día de playa, indagué por otras novelas suyas y con premura pude terminar *Opus Nigrum*.

Intuí que detrás de estas dos obras había un ser humano excepcional. Se hablaba de su juventud desprejuiciada y bohemia, de la vehemencia con que había vivido, de *Fuegos*, que al fin pude leer en Estados Unidos, del prolongado padecimiento de su amiga. Y llegó a mis manos *Con los ojos abiertos*, la compilación de entrevistas que le hizo Mathieu Galey, que considero como una suerte de testamento público de Marguerite Yourcenar.

En medio de una arrasadora desesperanza, había tenido la suerte de hallar el ideario de una mujer, que bien podía ser el mío, y que no sólo había vivido la vida más intensa y probablemente más libre que pueda vivirse, sino que además había estado rodeada de seres tan fuera de lo común como ella. Me debatía entre la curiosidad por seguir conociéndola, y una envidia casi feroz, porque jamás iba a poder amar con esa intensidad suya a hombres y mujeres, animales y cosas, a la naturaleza, a las gentes simples, al planeta y a las culturas que lo compartimos, y a la cotidianidad, que convirtió en un sabroso ritual, algo incomprensible para la mayoría de nosotros.

La Yourcenar supo acoger el placer con igual presencia que el dolor, al cual aprendió a usar y transformar. Actitudes mal interpretadas, o en el mejor de los casos ignoradas, por ser contradictorias y confusas como ella quiso que fueran. No obstante, dejó claves para el que se empeñe en descifrarlas.

Ya en Estados Unidos, mientras seguía mi proceso de adaptación, mencioné a la autora en la biblioteca de la Universidad Internacional de la Florida, en Miami, donde trabajé seis meses. Una inolvidable compañera de trabajo me sorprendió con la biografía que Josyane Savigneau había escrito, *Inventing a Life*, que había hallado en los fondos bibliotecarios. Era la primera vez que me enfrentaba

a un texto largo en inglés, y lo confronté apoyado más por las emociones que por mi conocimiento de ese idioma. En el viaje que hice a Chicago para arreglar mi traslado, con el libro de Josyane Savigneau en las manos, concluí que un día iba a reinventar la vida de la escritora. Era 1997.

Este texto, que puede interpretarse en términos de bibliografía o panfleto espiritual, pretende ser otro recordatorio inútil de los seres que a través de la historia humana nos han demostrado que puede vivirse de forma diferente. Y además, enfatizar, como dice esta margarita reinventada por mí, que la vida tiene que ser vivida, o sea digerida tanto como disfrutada, y al final y sobre todo, conscientemente dejada atrás, superada.